F2235.3
.U37

F2235.3
C37
- Wem 08
0.
10-68 HSS

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

F2235.3
.C37

DEVOCION DE PATRIA

F2235.3
.C37

POR

R. CAYAMA MARTINEZ

Ex-Secretario General de los Estados Falcón y Carabobo;
Diputado al Congreso de Plenipotenciarios en 1914; Diputado al Congreso
Nacional y Presidente de la Cámara en dos ocasiones;
Condecorado, por ascenso, con la Orden del Libertador en la Segunda clase,
y Correspondiente de la Real Academia Hispano-Americana
de Ciencias y Artes de Cádiz

Tip. Americana
Caracas - 1922

Al Señor General Juan Vicente Gómez, Fundador de la Paz en Venezuela y Propulsor del Culto Boliviano.

Señor General:

¿A quién sino a usted debe ir, palpitante de justicia y gratitud, la dedicatoria de un libro que dice de Patria, que habla de devoción intensa a la memoria divina del Padre Libertador? A quién sino a usted que ha puesto a ondear en alturas fulgurantes la Bandera, llenado de músicas consagratorias hasta el más recóndito espacio de nuestros portentosos anales e iluminado siempre, con esplendores de Olimpo, todas las avenidas del culto boliviano? A quién sino a usted que ha hecho florecer el bronce y el mármol para la inmortalidad resplandeciente de nuestros Héroes y plantado en cada sitio consagrado por el heroísmo libertador el laurel opulento para que trinen de continuo en su ramaje los pájaros divinos del amor nacional? A quién sino a usted, que no satisfecho con la adoración al héroe fabuloso de la Gran Colombia dentro de los propios templos de la gratitud nacional, hace que su efigie se levante en majestuoso bronce, más allá de los patrios horizontes, en las tierras del Norte, a la admiracion y veneración de todos los pueblos de la tierra?

Si Ud. no tuviera en el libro de cuentas de la Patria ese inmenso Haber de beneficios con que la ha engrandecido hasta hacerle un sitial de honor en lo más alto de la admiración continental; si Ud. no hubiera conquistado, como lo ha hecho con su tenaz labor de patriota invulnerable, los hermosos títulos de Fundador de la Paz, de Protector del trabajo y de Autor de la unión de la

familia venezolana, bastaríale para inmortalizarse en la conciencia nacional, para esclavizar la gratitud de los póstetos, ese culto fervoroso y siempre creciente por la gloria imponderable del Padre de la Patria y por la de todos aquellos invencibles legionarios que con él ganaron las más altas cimas del heroísmo libertador hasta fijar en el dombo azul del Continente colombino las cinco estrellas que apagaron para siempre, en los viejos virreinatos, el sol de Covadonga.

Las grandes almas, los seres superiores, los nobles del heroísmo, son los que saben cómo se hace el incienso para adorar la memoria de los Héroes que han dejado a los pueblos la herencia de la libertad; cuál el temple del acero cortador de palmas en la selva sagrada para la adoración augustal; cuál el bronce para forjar las campanas que repiquen la gloria de nuestros días triunfales; con qué músicas deben repetirse los nombres consagrados por la Epopeya; qué esencias debe quemar la gratitud nacional en los turíbulos de oro del recuerdo glorioso.

Por eso a Ud. se le ha visto siempre, desde su feliz elevación al Poder Público, y aún desde antes, haciendo vibrar su bolivianismo con toda la intensidad de una devoción fuerte y sincera y con ella el alma nacional en cada hora de nuestras patrias consagraciones, entre las cuales resplandecen como soles la grandiosa celebración de dos magnos centenarios: el de la génesis portentosa de nuestra Independencia y el de la ciclópea batalla que la sellara en esta primera cumbre de la Gran Colombia. Y habrá Ud. de presidir, para fortuna de la República, el de la batalla de Ayacucho, la «cumbre de la gloria americana», la última palabra de los cañones libertadores para silenciar, de una vez para siempre, los de la Conquista en los espacios de América. Ese día volverán a juntar sus épicas, sonoras vibraciones las campanas de Lima, las campanas de Bogotá, las campanas de Quito, las campanas de La Paz, las campanas de Caracas como otro día se juntáran para celebrar la Máxima Victoria y aclamar a toda pompa al Caudillo de América, crugientes los hombros por el peso de los laureles, luminosa la frente por el beso de los cielos.

Caudillo triunfador Ud. en 1899, duele profundamente a su patriotismo, tan pronto como se apercibe

de ello, el vacío del sitio testigo de la inmolación de Ricaurte, la soledad del campo leyendario de Carabobo, la tristeza del samán milenario a cuya sombra acampara un día el Ejército Libertador, y la miseria del cují sagrado bajo el cual redactara el Libertador su famosa Proclama de 1816 en su desembarco de Ocumare. Y no bien llega la ocasión cuando ya la estatua del glorioso suicida de San Mateo se levanta en el propio lugar de su incomparable sacrificio; el monumento de Carabobo yérguese soberbio de grandeza evocatriz, adelantándose al no menos augusto que acaba Ud. de levantar en el histórico campo al celebrar el centenario de la gran batalla; un magnífico entrejado con los colores de la Bandera, encerrando en su centro antiguos trofeos, guarda solemnemente la reliquia del árbol venerable, vencido por el tiempo pero reverdecido por el recuerdo; y en torno al tronco carcomido pero glorioso del Cují de Ocumare, rica región doblemente unida por Ud. al centro de la República por medio de una costosa carretera y de un magnífico puerto dotado de sólidos muelles, levántase, bajo rotonda artística y en lápida de rico mármol consagratorio, la Proclama inmortal, fulgurante como todas las que brotaban de aquella «lengua de maravillas».

¿A quién, pues, debe ir, palpitante de justicia y gratitud, la dedicatoria de un libro que dice de Patria, que habla de devoción intensa a la memoria divina del Padre Libertador?

Soy su muy adicto amigo y compatriota,

R. Cayama Martínez.

Caracas: Abril de 1922.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/devocindepatria00caya

Qué falta para que en la conciencia universal aparezca, como aparece clara en la nuestra, esa magnitud de su gloria? Nada que revele de él cosas no sabidas ni que depure o interprete de nuevo las que se saben. El es ya del bronce frío y perenne, que ni crece, ni mengua, ni se muda. Falta sólo que se realce el pedestal. Falta que subamos nosotros y que con nuestros hombros encumbrados a la altura condigna, para pedestal de estatua semejante, hagamos que sobre nuestros hombros descuelle, junto a aquellas figuras universales y primeras, que parecen más altas sólo porque están más altos que los nuestros los hombros de los pueblos que las levantan al espacio abierto y luminoso. Pero la plenitud de nuestros destinos se acerca, y con ella la hora en que toda la verdad de Bolívar rebose sobre el mundo.

José Enrique Rodó.

Sí: todos los hombres y todas las mujeres de América, los hombres y las mujeres de hoy y de mañana y de siempre, están en el deber, ineludible por sagrado, de colocar sus hombros, fijos el corazón y el cerebro en la grandeza del Héroe, bajo la inconmensurable estatua para que, cuando hayan pasado unas generaciones más, sea la más alta que se levante frente a los siglos y sobre la historia de todos los pueblos.

Ya lo gritó Montalvo: «¿Qué será Bolívar cuando sus hazañas, pasando de gente en gente, autorizadas con el prestigio de los siglos, lleguen a los que han de vivir de aquí a mil años? Podrá Europa injusta y egoísta, apocarnos cuanto quiera ahora

que estamos dando nuestros primeros pasos en el mundo ; pero si de ella es el pasado, el porvenir es de América, y las ruinas no tienen sonrisas de desdén para la gloria».

No importa que el esfuerzo resulte nulo a fuerza de ser pequeño : cualquiera que él sea será noble y bendito. No hay impulsos pequeños si ellos emanan de un sentimiento hermoso y grande.

Este pobre haz de páginas que yo tengo la pretensión de llamar libro, serán un algo a cuenta de mi debida contribución de ciudadano de América, de hijo de esta tierra egregia y altiva que tiene la gloria incomparable de ser la cuna del «más grande de los libertadores de pueblos», en torno de la estatua gigantesca levantada «al espacio abierto y luminoso» según la maravillosa frase del insigne homérida del Plata.

Son pobres páginas de Devoción de Patria, de la Patria de ayer y de la Patria de hoy, que, como hijas espirituales bien amadas, he querido juntar bajo la diestra mano de un editor para que las presente al público con esa sutil apariencia que dan la tinta nueva y el calor de la plancha sobre las pobres telas descoloridas y burdas.

El Autor.

Descubrimiento y Redención

I

Dos auroras que surgen en el infinito de un mismo horizonte, pero que no alumbran los senos de la Historia con una misma luz.

La primera anuncia el despertar de un día nuevo en los vastos confines de la tierra americana, hollada de súbito por la planta profana del hombre blanco que traía en la una mano la cristiana enseña vencedora de la media luna, y en la otra las cadenas que habían de ceñir las manos y los pies de la virgen indiana; la segunda anuncia el amanecer de la libertad sobre las tumbas de los Incas, los hijos del sol, y las tumbas de los Caciques, los hijos de la selva.

La una asoma como tímida irradiación de luna pálida y quiebra sus rayos, indiscreta, sobre la frente inmaculada de América dormida; la otra como el reflejo de un incendio que todo lo tiñe de rojo violento y quiebra sus rayos, redentora, sobre la frente sudorosa de América doliente.

Entre esas dos auroras, hecha la una por la visión larga y profunda del buzo genovés que le roba a los nuevos mares sus perlas más luminosas y opulentas para engarzarlas a la corona todavía deslumbrante de la vieja España, y hecha la otra por el genio fulgurante del Máximo Americano que se las arranca para formar con ellas un «collar maravilloso de cinco hermosas Repúblicas», se extiende una noche de trescientos años cuyo silencio es sólo interrumpido por el chasquido inclemente del látigo de fuego de los dominadores sobre las vírgenes espaldas de la hija de Colón.

Pobre América! Aquella luna pálida de luz indiscreta la había encontrado dormida a la sombra hipnotizante

de sus bosques centenarios, arrullada por los himnos sibilinos de la naturaleza y por las armonías salvajes del caracol indiano, y se despertaba al eco del clarín que le anunciaba la civilización del viejo mundo.

Había dejado de ser salvaje para ser esclava. La que había nacido reina iba a ser súbdita. La que había tenido por cuna una cesta de perlas y de corales forjada por los dioses marinos en las noches del trópico, iba a ser una odalisca del serrallo de Fernando, con la diferencia de que si los sultanes orientales recaman de perlas y diamantes el cuerpo de sus favoritas, era aquí la favorita la que iba a llenar de perlas y de oro las manos del sultán.

Pobre América!—No, mentira; tú no eres pobre ni te llamas América. Tu nombre de pila es Colombia porque eres la hija legítima de Colón en cuya imaginación te encarnaste como el verbo santo de nuestra hermosa religión, y naciste,—nueva Venus oceánica,—al soplo generoso de una reina magnánima.

Y Colombia te llamaste en una gran extensión de tus dominios merced al grande espíritu de reivindicación y de justicia que vibraba en el verbo y en la espada de Simón el Grande, el Redentor, que se dió todo entero por tu libertad, todo entero sin restarle un solo músculo a su cuerpo ni una sola palpitación a su alma, cuando huérfana y cargada de cadenas en el recinto de tu propio imperio elevabas tus gritos hasta el cielo pidiendo redención.

Fué entonces cuando el Eterno te oyó. Fué entonces cuando, tras aquella capa de niebla que trescientos años habían congelado, apareció, allá sobre una cumbre platicadora con el cielo, la vaga silueta de una forma humana que reclamaba la divinidad en aquella hora solemne de la génesis de otro mundo. Un nuevo Moisés acaso sobre la cumbre divina? Un nuevo Jesús tal vez sobre las aguas del Tiberiades? No, Bolívar, el más grande entre los grandes libertadores de pueblos en la historia de todos los tiempos, jurando tu libertad sobre la cima vetusta de una cumbre romana.

El Sinaí y el Aventino, Moisés y Bolívar, tienen una misma y única significación ante la conciencia moral e histórica: LIBERTAD!

Para el uno está la solitaria cumbre del Neva, saludando en el horizonte la Canaan prometida; para el otro la tristísima alcoba de San Pedro Alejandrino, pavorosa y sombría con los sollozos de Colombia.

II

Y rugió la tempestad de fuego; y tras las crepitantes llamaradas de aquel incendio gigantesco que sin piedad azotaba la torva faz del déspota opresor, tornó a aparecer, envuelta en los resplandores de una aurora inmortal, la misma figura libertadora aparecida en la hora solemne de la génesis de otro mundo.

Era la misma figura del Aventino.

Era Bolívar, que febril todavía por la divina visión de Casacoima, ennegrecido todavía por el humo de Carabobo, aparecía como un dios sobre las ruinas augustas del Templo del Sol, envuelto en las gasas del firmamento, agitando en sus manos el estandarte de Pizarro en acción vengadora sobre las tumbas de los Incas, y haciendo estremecer con su palabra tempestuosa el trono cesáreo de la vetusta Iberia.

Las cortes del viejo mundo se conmueven ante el ruido de triunfales trompetas que acompañan los pasos del Vencedor Americano, España siente que la corona del hermoso y rico imperio conquistado se le escapa de las manos; y tras las volcánicas humaredas de Boyacá, Pichincha y Ayacucho, que atrás dejaron a Marengos y Jenas, surge la América en brazos de Bolívar como una reina olímpica disputada por los dioses.

El juramento del Aventino estaba cumplido, la visión de Casacoima estaba realizada y el sublime orador del Chimborazo escalaba el infinito de la inmortalidad en alas de la gloria.

La hija de Colón, la virgen indiana que el hombre de la tez blanca había encontrado dormida a la sombra hipnotizante de sus bosques inviolados, la opulenta esclava que había nacido reina, era ya libre y tenía un padre: BOLIVAR!

Sobre el bautismo de fuego del descubrimiento había caído el bautismo de sangre de la redención.

Coro.

Adoración y Ofrenda

—

Oh Bolívar!

Una vez más venimos los adoradores de tu oriente, tus hijos en el culto de la Independencia y la Libertad, tus hermanos en la religión de la Fraternidad y la Justicia, a traerte, iluminados por la estrella prodigiosa con que guiaras un día los destinos de tu raza, el oro de nuestra gratitud, la mirra de nuestro cariño, el incienso de nuestra veneración.

Cada una de estas fechas que los concilios de la Epopeya han divinizado y que las generaciones agradecidas coronan de flores inmortales, como los viajeros fervorosos a esas cruces solitarias que se levantan, venerables y venerandas, a la vera de los caminos, representa un altar de excelso rito donde se alzan de continuo los salmos de la patria y brilla la hostia del recuerdo con el vino sagrado de la gratitud.

Y en cada uno de esos altares, suspendi los como otras tantas piedras miliarias en los caminos del culto, nuestra fé hace avío de fuerzas milagrosas, nuestras creencias se avivan como las plantas al contacto del agua bienhechora, nuestras conciencias se iluminan como las flores al beso del divino padre Sol, nuestros espíritus despiertan como a la voz omnisciente de un glorioso taumaturgo, y seguimos nuestra ruta de creyentes cantando el hosamna de nuestra gratitud en el ritmo sonoro del recuerdo

Así como celebramos tu pascua ¡oh Padre Libertador! debiéramos rememorar también tu pasión.

Nos arrodillamos ante tu cuna, adoramos el sol que iluminó los destinos grandiosos de tu obra inmortal, be-

samos el polvo que van dejando los tiempos en torno de tu nombre; pero no tenemos fulgores tenebrarios, cantos dolorosos en la semana de tu pasión.

Besamos tu establo, pero no tu gólgota.

A Santa Marta, que es la Jerusalén de la América libre, debiéramos ir siempre tus hijos, los hijos que engendraste en el seno de tu amada Colombia, a fortalecernos en la religión augusta que fundaste y a jurar de continuo ante aquella tierra sacra, que no olvidaremos nunca tus últimas santas palabras de moribundo, y que nuestros brazos fraternos serán la cadena que nos úna siempre a tu nombre y a tu gloria, a tu obra y a tu afecto, al trevés de los Andes que son tu peana, al través de los tiempos que son tu corona.

Así no habría apóstoles propicios siempre a ejercer la negación del Maestro, ni Iscariotes que hicieran sonar continuamente en los oídos de la moral y del deber las eternamente maldecidas monedas del discípulo traidor; ni fariseos sedientos de sangre redentora que pidieran a gritos cabezas divinas; ni Pilatos cobardes que condenaran al justo y se lavaran después las manos llamándose inocentes.

Sí, Libertador: debiéramos besar tu gólgota como besamos tu establo.

5 DE JULIO DE 1911!

Del vientre luminoso de tu aurora, hecho fecundo por el verbo relampagueante del derecho, del derecho que habían hecho divino los dolores de una raza, partieron los rayos que habían de romper aquella espesa noche de trescientos años que se llamó el coloniaje, para producir las esplendorosas mañanas de la Libertad y los crepúsculos interminables de la Independencia americana.

Cada vez que asomas, oh efemérides magna! tras la cortina del tiempo con tu áureo séquito de recuerdos inmortales, arrastrando, como una reina esplendente y milagrosa, tu cauda infinita de glorias generatrices, los pueblos corren a arrodillarse ante tu lumbre para adorar en ella al sol sacrosanto que hiciera brotar flores de epopeya en la llanura de Carabobo; que prendiera en las manos libertarias de Ricaurte la mecha empapada en recina de Thabor de San Mateo; que incendiara las

entrañas del Pichincha bajo la planta volcánica de Sucre, y abriera un cráter en la cima de Ayacucho para iluminar de continuo los contornos de los siglos y poner espanto en el espíritu acechante y agresivo de las razas conquistadoras y rapaces.

Sí, fecha gloriosa de mi patria libre y soberana: la raza que iluminaste con tu sol tiranicida te canta, en cada vuelta tuya alrededor del astro de la República, una salve fervorosa en que te dice, parodiando la salve apostólica: «y bendito sea el fruto de tu vientre, Libertad!»

Coro: 5 de julio, 1906.

Patria!

—

Ante la grandeza augusta de esta Gran Madre, ante la excelsitud de esta Gran Soberana, los espíritus más superficiales, aún los más contaminados con el convencionalismo bursátil y egotista, es de rigor que asuman la actitud que demanda la veneración por todo lo que esplende con fulguraciones de santuario, por todo lo que es intocable como la Hostia, por todo lo que habla a la conciencia de cosas eminentemente sagradas, por todo lo que habla a la dignidad humana de honor y de virtud, por todo lo que habla al sentimiento de orgullo y altivez.

Porque la Patria es la Gran Madre, el Gran Culto, la Gran Fuerza engendradora de apóstoles, de héroes, de mártires y santos. Ante ella el odio es pecado irredimible cualquiera que sea la forma en que se agite; la anarquía es sacrilegio; la traición es matricidio; la indiferencia es cobardía; el egoísmo es vileza.

El cosmopolitismo político es el único que niega el dogma de la Patria. Hay quienes lo aceptan y lo proclaman en alto, con oropelesco alarde, pero es para traficar con él en el mercado de sus personales ambiciones.

Y qué es la Patria? La Patria es el Inca sonriendo en lecho de llamas que atiza, cobarde y cruel, la mano del conquistador; es el aborígen de cabello hirsuto disputando palmo a palmo la selva inviolada; es Tell tendiendo impasible la flecha vengadora; es aquel obscuro soldado de Atenas que da con su vida la noticia de Maratón; es Leónidas cumpliendo en el implacable desfiladero la soberbia ley de Esparta; es Esparta cuyas madres envían sus hijos al combate, sin que sea motivo de duelo para ellas la muerte gloriosa; es Rouget d'Lisle escribiendo la

grandiosa Marsellesa sobre la reducida esfera de un tonel y dándola, como canto de batalla, en medio del estruendo y del oleaje de sangre de la Gran Revolución; es el Transwal abriéndose las venas para disputar con sangre de inenarrables heroísmos la tierra de sus mayores; es Cuba con José Martí trocando cada palmo de la manigua irreductible en una tumba sagrada. Y por sobre todos estos paradigmas famosos, y por sobre todos los que encierra la historia de la libertad, está la América, nuestra América, con Simón Bolívar, el sublime visionario que a escape de los cataclismos de la naturaleza y de los cataclismos de la tiranía, monta el potro indómito en 1812 y no lo desensilla sino cuando no queda un solo español armado del Avila al Potosí.

Cuando vienen a nuestros labios estas como reverberaciones luminosas del alma de los pueblos redimidos con la sangre de sus héroes y sus mártires, mi espíritu de patriota, de patriota que tiene el orgullo muy alto del gentilicio porque cree sinceramente que el pueblo que dió a Bolívar es el más grande de todos los pueblos de la tierra, prostérnase reverente y entona a todo triunfo el canto épico de la Patria redimida y grande.

Coro: 1907.

La Bandera

—

En la religión augusta y radiosa de la Patria nada hay que vibre más intensamente en las almas que saben del culto a la nacionalidad como el culto a la Bandera; por eso debiera guardarse y venerarse en cada hogar, desde el palacio hasta el tugurio, con la misma veneración con que se glorifican y santifican las reliquias benditas y queridas.

Y con el culto a ese símbolo, hecho con el alma de tradiciones y de leyendas que son nuestra vida gloriosa y fuerte, debiera también alzarse a diario la oblación al Himno, el canto divino en cuyas notas vibra, fulgurante y grande, el alma de la Patria; y las madres, junto con enseñar a sus hijos esas dulces y sencillas oraciones cristianas que el hombre no llega a olvidar nunca, aún cuando lo asalten todos los excepticismos y lo abrumen todas las negaciones, debieran enseñarles a tararear el canto patrio, la marsellesa nacional, el Ave María del honor.

Así las generaciones que se levantan irían familiarizándose con el culto fuerte e inquebrantable a la Patria y llenando sus almas con el aliento cangloroso de la tradición que dice de todos los portentosos pugilatos por la libertad, de todos los grandes sacrificios por el derecho, de todos los grandiosos milagros por la redención.

Porque la Bandera es el espíritu de la nacionalidad diluido en colores simbólicos que tienen la alegría triunfal del Iris, que es la sonrisa de los cielos; el agente misterioso que dice al soldado los secretos del valor; la musa divina que pone la inspiración de todos los portentos en el alma de los héroes; la fuerza todopoderosa que pone en el hierro de los músculos el imán de la victoria; la vi-

sión que acerca los horizontes para llegar más pronto a los brazos de la gloria.

Cuando Bolívar trepa al Chimborazo para dialogar con el Tiempo y el Destino y contemplar a sus piés la «obra de su genio y de su espada», va envuelto—él lo dice—en la Bandera, el manto de Iris de Colombia la Grande.

La llamarada encendida por Sucre sobre la cumbre del Pichincha para robarse a la Victoria de los brazos de Ayacucho, es la Bandera. Y la Bandera es Ricaurte envolviéndose en la humareda de San Mateo para ir a robarle a los dioses el secreto de la inmortalidad. Y las luminarias de Bárbula son la Bandera, en cuyos pliegues va envuelto Girardot para enseñar a las gentes de todos los tiempos cómo hacían los titanes para escalar el Olimpo. Porque la Bandera no es el símbolo de una religión sino la religión de un símbolo. Todas las religiones le han pagado tributo y todas las epopeyas le han labrado un pedestal. El cristianismo, cuando quiso dar más luz de verdad a su hermoso y glorioso simbolismo, lo unió a la cruz y surgió entonces el *lábarum* como la expresión más bella de la divinidad y el heroísmo.

Y si dentro de los lindes nacionales la Bandera es la Patria, es decir, la historia, la tradición, la raza, el honor, la dignidad, fuera de ellos es la Nación con todas sus preeminencias y distinciones de componente de la gran familia de naciones con quienes se vive en cordial relación diplomática y comercial. Entonces es cuando adquiere mayor grandeza para el que vive bajo su amparo. Entonces, viéndola ondear bajo extraño cielo, nos parece más bella y nos aferramos más al amor de la Patria lejana cuyos horizontes nos parece contemplar cada vez que un soplo de brisa pone en ondas sus franjas.

Seamos, pues, siempre más y más fervorosos en el culto a la Bandera, mantengámosla siempre en toda su grandeza de símbolo intangible, retraigámosla siempre de todo homenaje que no sea digno de la República, enseñemos siempre a nuestros hijos a arrodillarse ante ella; y cada vez que en el calendario nacional toquen a fiesta las fechas divinizadas, tendamos a los aires la alegría triunfal de la Bandera, y pensando que en sus esplendentes colores abre su opulenta floración el espíritu de la libertad y que entre sus pliegues milagrosos se agita el alma heroica de nuestros padres redentores, santifiquemos con ella las puertas de nuestros hogares y hagamos así propicios nuestros manes venerandos.

Coro: 1907.

La visión de Ayacucho (1)

—

A Andrés Eloy de la Rosa.

Merece un César que la describa. Es la cumbre de la gloria americana y la obra del General Sucre.

BOLIVAR.

—

Sólo conozco dos proclamas inmortales en los fastos militares del mundo: la proclama de Nelson en Trafalgar y la de Sucre en Ayacucho.

Aníbal Galindo.

¿Cómo debe delinearse hoy ese grandioso monumento de gloria rutilante que se llama la batalla de *Ayacucho*, sobre cuya cima relampagueante, punto de atracción de todos los astros y faro inmortal de toda la América, se han hartado de lumbre las auroras de casi veinte lustros? ¿Debe ser con la pluma del narrador histórico, a lo Plutarco, formando y rompiendo cuadros en un campo de batalla y haciendo héroes portentosos de sus hombres bravíos, o con la del narrador leyendario, cual la de Homero, trazando párabolas míticas en cada faz de las espadas encendidas y formando dioses vivos de sus héroes muertos?

Pues ni con la una ni con la otra, aún cuando el escritor posea la majestad narrativa del célebre maestro de Trajano o la incomparable fantasía épica del ciego de Quío, porque la grandeza deslumbrante de Ayacucho inmortalizada está en los lienzos de la Historia con todos los co-

(1) Conferencia. 9 de octubre de 1908.

lores de la más hermosa epopeya; sus contornos se dilatan en toda la extensión de la tierra americana con el relampagueo de las cumbres incendiadas por el resoplar de los volcanes; su gloria la repican todos los bronces forjados en las fraguas bolivianas, desde los que anunciaron el alba del 19 de Abril hasta los que cantaron el *de profundis* al viejo sol de España; y en cada uno de los recodos y en cada una de las laderas de aquella cima inmortal ha penetrado la musa lapidaria de los heroísmos inenarrables para hacer de cada piedra un monumento grandioso. Y menos aún con la pluma de César, que es la invocada por BOLÍVAR, porque la pluma del vencedor de las Galias no puede ser nunca la misma del vencedor de España; aquella es hierro de conquista y ésta es hierro de libertad; la alondra gala no canta sino que gime bajo las águilas romanas, y el águila americana no hace sino arrancarse de las garras ibéricas en sangriento pugilato de divina independencia. No hay más pluma para *Ayacucho* que la pluma de BOLÍVAR.

¿En dónde empieza la batalla de *Ayacucho*? ¿Es después de la llamarada volcánica de Pichincha o después del chasquido trepidante de Junín? ¿Es en las riberas del Apurimac, sobre las cúpulas del sol, o en el espartano desfiladero de Corpahuaico?

Pues *Ayacucho* es una visión homérica que va convirtiéndose en luminaria de epopeya a proporción que se cumplen las profecías libertarias y que el juramento del Aventino va haciéndose divina realidad bajo la espada redentora del Héroe Americano. *Ayacucho* nace, puede decirse, de la visión de Casacoima y palpita y se condensa en su seno como los astros en el misterio de las nebulosas. Como la América en la sublime videncia de Colón, como Colombia en la divina videncia de BOLÍVAR, así ha viajado *Ayacucho* en el diario ideal de campaña del Libertador de todo un mundo, porque para éste la libertad de la América no podía existir mientras la planta del conquistador hollara el suelo de la América.

Y esa visión no había dejado de fulgurar un solo momento en el cerebro del Libertador; pruébanlo sino sus palabras a Anzoátegui al volver a Angostura después de Boyacá: «Redoble usted, General, sus esfuerzos para aumentar y disciplinar el cuerpo que usted manda. Sea usted sobre todo muy vigilante. Cuide usted mucho de *La Guardia*, recuerde usted que en ella tengo puesta toda mi confianza. Con ella, después que hayamos cumplido nuestros deberes con la Patria, marcharemos a libertar a Quito; y quien sabe si el Cuzco reciba también el beneficio de

nuestras armas, y si el argentino Potosí sea el término de nuestras conquistas».

Y, no bien es vencida España en todo el territorio de la Gran Colombia, no bien se ha disipado la humareda de Carabobo, cuando ya el Gran Libertador cabalga hacia la tierra de los volcanes, que va a ser como la atalaya desde la cual va a buscar con su mirada de águila las huellas de Pizarro ahora ocultas un tanto por el aparato guerrero de San Martín, cuya gloria bambolea entre el amago del realismo no vencido y el pugilato implacable de las facciones internas. Ya Maipú y Chacabuco habían perdido su fascinación épica en el miraje popular y el sol de los Incas dilatábase ardientemente fijo sobre los mares de Colombia y sobre la espada de Bolívar. La mula de cordillera del Héroe argentino había presentido el galopar del caballo impetuoso del Héroe colombiano y sobre sus cabos traseros había buscado la vuelta hacia las riberas del Plata.

Bolívar lo ha visto todo desde su atalaya del Ecuador, última parte de Colombia que aún sentía el casco de los caballos de Fernando, ahora mútilos por la llamarada de Pichincha; y después de su célebre entrevista con San Martín, dice al Gobierno del Perú por órgano de su Secretario General: «Aunque S. E. el Protector del Perú en su entrevista en Guayaquil con el Libertador, no hubiese manifestado temor de peligro por la suerte del Perú, el Libertador no obstante se ha entregado desde entonces a la más detenida y constante meditación, aventurando muchas congeturas que quizás no son enteramente fundadas, pero que mantienen en la mayor inquietud el ánimo de S. E.—S. E. el Libertador ha pensado que es de su deber comunicar esta inquietud a los Gobiernos del Perú y Chile, y aún al del Río de la Plata, y ofrecer desde luego todos los servicios de Colombia en favor del Perú. S. E. se propone, en primer lugar, mandar al Perú 4.000 hombres más de los que se han remitido ya». Y pensando siempre en una gran batalla decisiva que libertase por completo a la América Meridional, como Pichincha había completado la libertad de Colombia, agrega: «En el caso de remitirse al Perú esta fuerza, el Libertador desearía que la campaña del Péru se dirigiese de un modo que no fuese decisivo y se esperase la llegada de nuevos cuerpos de Colombia para obrar inmediatamente y con la actividad más completa, luégo que estuviesen incorporados al ejército aliado. S. E. no se atreve a insistir mucho sobre esta medida, porque no conoce la situación del momento; pero desea ardientemente que la vida del Perú no sea comprometida sino con una plena y absoluta confianza en el suceso».

Y suponiendo que tal oferta no podría ser rechazada por la Junta Gubernativa y el Congreso del Perú, activó sus providencias para aprontar el ofrecido contingente colombiano.

El Gobierno peruano habíase negado a aceptar los auxilios del Libertador, pero el espantoso desastre de Moquegua puso en zozobras a las Provincias libres del Imperio, y todas las miradas y todas las manos volviéronse hacia la espada deslumbrante de Colombia, hacia el Genio de la América, quien al contestar el discurso del Comisionado de Lima, dícele: «Sí, Colombia hará su deber en el Perú: llevará sus soldados hasta el Potosí, y estos bravos volverán a sus hogares con la sola recompensa de haber contribuido a destruir los últimos tiranos del Nuevo Mundo. Responda U. S. al Gobierno del Perú, que los soldados de Colombia ya están volando en los bajeles de la República, para ir a disipar las nubes que turban el sol del Perú».

En estas magníficas frases colúmbrase ya la llanura de Junín, que es la antesala de *Ayacucho*.

Y no era lírica hipérbole el dicho del Grande Hombre, de que los soldados de Colombia estaban ya volando sobre los bajeles de la República, porque en el momento mismo en que contestaba el discurso del Comisionado peruano, tres mil hombres se embarcaban en la ría de Guayaquil con rumbo a las tierras del sol. Tras ellos irá a poco el Genio de Colombia a hacer verdad grandiosamente épica la visión de Casacoima.

Oigamos sino estas proféticas palabras de su primer discurso de Lima en la sala del Congreso el 13 de agosto de 1823: «Los soldados libertadores que han venido desde el Plata, el Maule, el Magdalena y el Orinoco no volverán a su Patria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales, llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán y dejarán libre al Perú o todos morirán: señor, yo lo prometo. Yo ofrezco la victoria, confiado en el valor del Ejército Unido y en la buena fé del Congreso, Poder Ejecutivo y pueblo peruano; así, el Perú quedará independiente y soberano por todos los siglos de existencia que la Providencia divina le señale».

Y viene entonces la lucha ruda y cruel con los partidos y los hombres, las grandes defecciones, las grandes cobardías, los grandes desalientos; pero el espíritu del Grande Hombre estaba formado para las tormentas, y, como las olas ante el choque de los vientos enfurecidos, se agigantaba en la lucha y era entonces el águila desafiando la borrasca, la roca desafiando al mar bravío, Júpiter riéndose del rayo de los Cíclopes.

Con la mirada fija en el horizonte infinito donde el sol parecía que había muerto para siempre, el Libertador no pensaba sino en el grande acto final, en la victoria decisiva, en la completa libertad del Continente. Casi moribundo en Pativilca, cuando el General Mosquera le pregunta: ¿Y qué piensa usted hacer, General? «Vencer», le contesta el Héroe. Vencer! Cuánta grandeza de espíritu, cuánta visión de gloria encerrada en una sola palabra.

Y en qué momentos la decía! Cuando el espíritu de las facciones se había apoderado por completo de todos los ánimos, cuando los realistas ocupaban casi todo el territorio peruano, con excepción del Departamento de Trujillo y parte de Huánuco con un ejército de 18.000 hombres, y cuando el Ejército unido solo tenía por base, podía decirse, la voluntad de hierro del Libertador y el alma grande e invulnerable de SUCRE.

En medio de este caos él dice a los peruanos que le acusan de ambición: «El campo de batalla que sea testigo del valor de nuestros soldados, del triunfo de nuestra libertad, ese campo afortunado me verá arrojar lejos de mí la palma de la dictadura; y de allí me volveré a Colombia con mis hermanos de armas, sin tomar un grano de arena del Perú y dejándole la libertad».

Pero el gran día de la victoria se acerca. La gloria del Genio de Colombia va a flotar una vez más sobre la furia de la tempestad. «Un mes antes,—dice O'Leary—todo se necesitaba, ahora todo estaba listo. Parecía como si se hubiese empleado una vara mágica, o como si de la cabeza de un nuevo Júpiter hubiese salido no una nueva Palas armada de pies a cabeza, sino ocho mil guerreros aprestados al combate».

Son los ocho mil guerreros de Junín, que es la peana de *Ayacucho*. A ellos se dirige desde Pasto el Libertador: «Soldados! Vais a completar la obra más grande que el cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar a un mundo entero de la esclavitud. Soldados! Los enemigos que vais a destruir se jactan de catorce años de triunfos; ellos pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates. Soldados! El Perú y la América aguardan de vosotros la paz, hija de la Victoria y aún la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo».

¿No palpita ya en esta arenga la certidumbre radiante en la gran victoria final? ¿No vibra en ella el mismo verbo quimérico de 1817 en el histórico estero; el mismo verbo predictivo de 1819; el mismo verbo convincente de

Guayaquil en 1823; el mismo verbo relampageante de Lima al presentarse ante el Congreso; el mismo verbo sibilino de Pativilca?

Y fué Junín!! Y Junín habría sido *Ayacucho* si la infantería patriota, distante dos leguas del campo de batalla cuando ésta empezó, hubiera podido tomar parte en ella. «Ayer debió ser completamente destruido el ejército español,—dice el General Santa Cruz al dar cuenta de la batalla—, si una larga como penosa jornada no hubiera privado a nuestra infantería de llegar a tiempo para completar la más brillante victoria».

Al dar a sus tropas cuarteles en Reyes, dice el Libertador a los peruanos: «Bien pronto visitaremos la cuna del Imperio peruano y el templo del Sol. El Cuzco tendrá en el primer día de su libertad más placer y más gloria que bajo el dorado reino de los Incas.»

A SUCRE confía entonces el Libertador el mando absoluto del ejército porque atenciones de altísima importancia reclamaban su presencia en la capital. Nadie más grande, después de BOLÍVAR, que el héroe de Pichincha para continuar aquella brillante campaña cuyo primer deslumbramiento ha sido Junín; nadie más digno que élpara llevar hasta el Cuzco las flamígeras huestes del ejército unido; nadie más hábil que él para darle alma y fuerza a aquellos inmensos y grandiosos planes militares del Libertador.

Y el tricolor de Colombia va,—BOLÍVAR ya lo ha dicho—, «hasta la cuna del Imperio peruano, hasta el Templo del Sol», y empieza entonces aquella imponderable retirada de cien leguas desde las orillas del Apurimac, bordadas de episodios portentosos y de bravuras estupendas en que la pluma de los historiadores ha vertido la lumbre de su admiración leyendaria, todo el oro de su «narrativa deslumbrante».

Aquellas dos inmensas serpientes de hierro y acero que han distendido sus anillos gigantescos para el pugilato definitivo, han gastado muchos largos días enarcándose o replegándose a un tiempo mismo, ya en la sima de los precipicios o en la cima de los vestiqueros, ya desafiando la sutil atracción de los abismos infinitos, ya la trágica interrogación de los torrentes desbordados.

La serpiente roja, mucho más larga, ha tratado más de una vez de envolver en sus escamas de bronce a la serpiente americana, pero ésta, más ligera y más hábil, se ha zafado del abrazo en la hondonada y a la vez la ha retado en las alturas.

En la proyección de aquellas dos inmensas masas férreas que se han desprendido de las cumbres incaicas, tra-

yendo, la una el torvo casco ancestral símbolo caduco del derecho divino, y la otra el noble gorro frigio símbolo grandioso de la libertad humana, no han cesado de brillar, profundamente luminosas, dos pupilas de dios joven: son las pupilas de SUCRE, dilatadas como un horizonte, con la visión de BOLÍVAR, el dios padre en cuyos labios vibra y palpita la creación de Colombia, que es la beldad de sus amores.

El español ha columbrado gozozo a Corpahuaico y hacia allá ha lanzado, seguro ya del triunfo, gran parte de sus mesnadas, pero no contaba conque allí estaban los viejos vencedores, los que habían aterrado en cien combates al férreo león ibero, los que se habían ennegrecido la faz con el humo de la pólvora y emblanquecido los cabellos con las nieves de los Andes.

El viejo LARA, héroe de bronce forjado en el molde de los héroes de Plutarco, burla la emboscada de los húsares rojos de Fernando y abierta queda la vía del Cundurcunca.

Y llega por fin la mañana triunfal de *Ayacucho*, «la cumbre soberbia de la gloria americana», cuyo epílogo grandioso es aquella Proclama que solo tiene por semejante la de Trafalgar, según la deslumbrante frase de Aníbal Galindo.

La divina visión de Casacoima estaba realizada; la atrevida palabra de Pativilca estaba cumplida; las viejas profecías de nuestra nueva redención eran santo evangelio de Libertad; y BOLÍVAR sellaba para siempre la Independencia de la América sobre las tierras de los Incas, los hijos del Sol.

Discurso

de orden en la inauguración de la estatua del Padre de la Patria, en la Plaza Bolívar de Coro, el 5 de Julio de 1911

—

Señor Presidente del Estado:

Señores:

Después del canto épico y altitonante el desconsolado responsorio de mi palabra sin luz; después del aleteo formidable y triunfal de tantas águilas en marcha por el infinito de la idea, el rastrear de mi verbo asombrado y tembloroso; después de las músicas arrebatadoras y dulces del buen decir castellano, el tartamudeo de mis labios refractarios al ritmo.

Perdonadme, pues, que venga a quitaros de los labios el dulzor que había dejado en ellos el último sorbo de exquisito añejo con que os ha brindado el patriotismo en copa de Benvenuto, y tomad en cuenta que yo sólo cumplo aquí un riguroso deber oficial, que no vengo sino a hacer oficio de lampadario, más no para encender las antorchas sino para apagarlas, para anunciaros que las magníficas fiestas van a terminar y para daros las gracias por vuestra complacencia al venir a este sitio a escuchar los responsorios de mi palabra sin luz.

Señores :

La montaña sagrada de nuestra fulgurante historia nacional está en plena florescencia de recuerdos grandiosos y de evocaciones excelsas. El sagrado sándalo centenario llena con su perfume iconolátrico toda el alma de la Patria a cada golpe del hacha adoratriz; el laurel de Olimpia le-

vanta su copa donde el último dios libó el vino de la inmortalidad en pleno delirio de epopeya; el mirto de Esparta balancea su aristocracia simbólica en torno de los íconos votivos consagrados milagrosos por la fé del patriotismo; y la palma opulenta levanta a los cielos, desde las cumbres sinaicas del Avila bravío, su ramazón de glorias como diciendo al Continente que ella sirvió de lampróforo soberbio a la llanura inmortal en donde el caballo indómito de nuestra heráldica quedó piafando sobre las huellas del Valencey; que se hizo escala bajo la planta del Semi-dios para subir al Chimborazo; que fué bosque sagrado en la tierra de los Incas, y que cansada de dar sombra al inmenso lagar donde los dioses de la nueva leyenda habían exprimido las uvas de todos los milagros, fué a posarse sobre la cumbre del Cundurcunca para borrar la última puesta de sol en el hemisferio de España.

¡Cuánta reverberación de apoteosis en estos cielos que fueron rojos un día por la proyección siniestra de la sangre americana, y que tiñéronse luego de color de olimpo desde que nuestros Héroes se hicieron astros, desde que Atanasio Girardot y Antonio Ricaurte trazaron en ellos las rúbricas de fuego de Bárbula y San Mateo!

De la cumbre relampagueante donde la majestad de Colombia la Grande diviniza con su recuerdo todo el campo de la historia americana, parte una franja de púrpura que se enrosca, como un áspid, al cuello nervudo de la vieja Iberia: es la sangre de José María España, aquel magnífico visionario que de la densa negrura de la Colonia extrajera el primer fulgor de aurora de la República, y cuya cabeza fué como la primera pila bautismal a donde irían a sacramentarse los nuevos apóstoles de la libertad para fundamentar gloriosamente el santo culto de la Patria. De aquella sangre, condensada en nube sombría sobre las frentes purpuradas, fué surgiendo lentamente, por la proyección providente del astro libertario, el iris mesiánico, el iris soberbio que sobre las playas reverberantes de la Coro monárquica, de la Coro bravía que nació ilustre, y fué Principado, y fué Sede de preclara nombradía, agitara Miranda, aquel ilustre y admirable bohemio de la Libertad que paseó por las Cortes su altivo continente de rebelde a la antigua, y que después de amamantar su espíritu en los pechos opulentos de la Francia revolucionaria a los fragorosos acentos de la Marsellesa y bajo el verbo iconoclasta de la Gironda, viniera a romper en nuestros horizontes, con el clarín de los libres, el pesado sueño de parias que mortalizaba los párpados del agreste aborigen, aplastados luengos siglos por la mano de hierro de la reyecía absolutista.

Se acercaba ya la hora del alba en la noche de la América.

De 1806 a 1810, el tricolor de Miranda ha revivido sus colores por una más intensa proyección del astro redentor en la nueva lluvia de sangre que ha enrojecido el suelo de Puerto Cabello, hasta que hace irrupción, como una aurora boreal en la noche de los polos, aquella hermosa y magnífica mañana de Abril, a cuyo beso santísimo se estremecen de gloria las almas supliciadas, agita sus alas el blanco pájaro simbólico que cortó con su pico divino de la montaña victoriosa la rama anunciatriz, y resuena en todos los ámbitcs y en todos los espíritus el primer hosamna de Patria y Libertad,

En el ímpetu noble y resuelto de Salias está la ruda e incontenible rebeldía ancestral, la resonancia de aquel golpe de volante descargado por Bolívar adolescente sobre la icónica cabeza del Príncipe de Asturias; y en el gesto nervioso e imperativo de Madariaga el reflejo de la sangre incaica pugnando por romper las venas y convertir en púrpura de aurora la amarillez sombría de la coyunda. Impetu y gesto que a poco habían de convertirse en cifra relampagueante como los fulgores del alba se convierten en sol, como las evaporaciones de la tierra se condensan en rayo.

Aquel sol era el *5 de Julio;* aquel rayo era *Bolívar!*

Y como si la Providencia hubiera tomado a empeño el destacar aquella fecha y aquel nombre en una misma graduación de gloria, en una radiosa dualidad redentora, en una grandiosa sinonimia épica, hizo de la primera fulgurante Zodíaco, cuyos doce signos serían las doce letras del nombre esclarecido. Y la tierra americana tuvo tantas constelaciones como su cielo, y la Gran Colombia fué un nuevo sistema planetario desde la «Atenas gentil del Coloniaje» hasta las tierras de los Incas.

Y quedó fundado el nuevo culto de una familia de naciones en el que es Bolívar Uno y Sumo «con la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas.»

Bajo el plafón que recogió las arengas de aquella sesión famosa, que más que cita de hombres fué cita de titanes para realizar el mito, cónclave de dioses para formar nuevo Olimpo, conjunción de astros para formar nueva esfera, el alma de las generaciones bolivianas ha estado de rodillas durante cien años, y lo estará por los siglos de los siglos recogiendo, como de los labios delirantes de una pitonisa, el espíritu mosaico que brotó de aquellos labios, la mirada jesucrística que salió de aquellos ojos, la acción redentora que surgió de aquellas manos. Delante de aquellos

labios y de aquellos ojos y de aquellas manos, están trescientos años de tinieblas y de sangre, tres inmensos siglos de pesadumbre infinita, cuyo silencio de cripta apenas si han logrado interrumpir por un momento los gritos levantinos de los negros de Coro, el ruido del cadalso de José María España y los cañones de Miranda sobre el Fortín S. Pedro.

Es una sombría mole colosal cuya magnitud puede apenas abarcar el pensamiento, amasada con la sangre de toda una raza, con el sudor y el llanto de mil generaciones lapidadas, sobre la cual proyecta toda su grandeza milenaria, toda su majestad de soberana deificada, toda su opulencia de conquistadora, toda su gloria deslumbrante, toda su historia tempestuosa, aquella España leyendaria «cuyo sistema territorial es una isla por el Océano, una isla por el Mediterráneo y una isla por los Pirineos» según la hermosa figura de Monteil. Sí, aquella España aventurera y vencedora siempre cuyo manto de púrpura está tejido con los hilos de fuego de ocho siglos de victorias y en cuyos dominios el sol se cansaba antes de hallar el ocaso. Aquella España deslumbradora y bravía que ha dado su sangre a todos los pueblos de la tierra, reflejado su gloria sobre todos los mares, tendido su manto sobre todas las cimas, sembrado laureles bajo todos los cielos. Aquella España que se abrió el vientre para dar a Covadonga, a Sagunto y a Numancia, y que poniendo al fin un pié sobre el imperio de la media luna, y el otro sobre el mundo colombino, hizo trepidar los tiempos con su gloria; fué entonces cuando «los pueblos creyeron que Dios era su aliado y que el sol se había detenido en su carrera para dar tiempo a que ganase una victoria.»

Tal era la grandeza coronada, tal la montaña volcánica contra la cual se alzaban ahora las manos de cuarentidos descendientes de Leonidas que habían jurado grabar en vivientes palimpsestos la tragedia esparciata antes que soportar por más tiempo la hegemonía de Iberia.

En la faz de cada uno de aquellos hombres hay un reflejo de Thabor y a cada una de sus palabras siéntense rondar las ánimas de Guaicaipuro y Terepaima y percíbese el sacro olor de una montaña de sándalos que se incendia.

El espíritu tempestuoso del 93 va y viene por aquella sala de antiguos helenos poniendo una flecha de Alcides en cada mano, una coraza de Aquiles en cada pecho, un relámpago de Ilíada en cada mirada. Y junto a aquella cima, por sobre aquella cima relampagueante, está el volcán más soberbio, proyectando su silueta arcangélica sobre el presente y el futuro, como está la cima de Ayacucho proyec-

tando su disco de astro magno sobre el mar de los tiempos y bajo el cielo de la Historia: está la «Sociedad Patriótica», corte de epónimos en gestación, en cuyos hombros adivínase ya el ala de los redentores y en los pies la escala de Jacob el visionario. Allí está Mirabeau, allí está Dantón, allí está Vergniaud, allí está Barnave, allí está Camilo Desmoulins, es decir, allí están Miranda, Uztáriz, Briceño, Miguel Peña, Coto Paúl, Francisco Javier Yánez; y por sobre todas a quellas cabezas fulgurantes está toda la Francia revolucionaria en espíritu y en verdad, todos los Derechos del Hombre en verbo irresistible de evangelio, todos los acentos de la libertad en música de marsellesas: *Está Bolívar !*

Cuando se pronuncia este nombre, señores, al compás de las notas gloriosas que surgen, como un infinito canglor de victorias espartanas, del cordaje maravilloso de esta fecha resonante y sacratísima, no basta doblar las rodillas como cualquier creyente ante un ícono adorativo, sino levantar el alma toda, en actitud radiante, como ante una dulce excelsitud milagrosa; no juntar las manos contra el pecho para la devoción silenciosa, sino alzarlas hacia el cielo para la adoración intensa; porque *Bolívar* es único e incomparable, «porque él tiene un reino aparte entre los hombres y Dios.»

Y tirados los dados sobre el tapete del destino por los hombres admirables de nuestro 93, el alma de la Patria recogióse toda entera, como en el alero de un templo una bandada de águilas perseguidas, sobre el acero de aquel hombre formidable que venía de la Ciudad Eterna, de la Corte de San Pedro, y a cuyos ojos de vidente pareciéronle más altas las cimas del Monte Sacro que las cumbres de los Alpes trajeadas de fiesta jupiteriana para la coronación de Bonaparte, y que envuelto en el cataclismo de la Patria retaba a los cataclismos de la naturaleza con verbo de iluminado.

Y empezó la lid homérica. Y el sol colombino arrojó toda la opulencia de su púrpura sobre el Avila arrogante, consagrándolo con óleo de Sinaí, y los Andes soberbios achatáronse bajo los cascos relampagueantes del corcel libertador a cuyos resoplidos esfumábanse avergonzados los ventisqueros y huían las águilas milenarias sorprendidas de aquel chisporroteo de incendio en los desfiladeros bravíos.

Y el Héroe fué Anteo y Júpiter a un tiempo mismo; Aníbal y Napoleón en un solo gesto imperial; el alma de la antigua Roma en la síntesis grandiosa de un paladín incomparable.

Y con las cinco letras del nombre famoso, los dedos de oro de la Gloria forjaron el pentagrama en cuyos espacios

maravillosos hallaría resonancia la épica inimitable del ciego de Jonia para una nueva Ilíada portentosa y real, que habrían de repetir, en un solo y único ritmo, las aguas del Orinoco y del Magdalena, del Apurimac y el Juanambú, al rumor de los vientos que corretearon por la llanura de Carabobo para ir luego a herir el cordaje ciclópeo de Bomboná, el teclado relampagueante del Pichincha, los parches semi-sacros de Ayacucho.

Al reflejo de ese nombre el continente colombino fue colombiano, el mundo antiguo tuvo al fin, hecha verdad preciosa, el contrapeso soñado por el buzo genovés, las denominaciones geográficas de la América hispana fundiéronse en una sola en el mapa boliviano; y una sola fué la vibración de los bronces de los antiguos virreinatos para decir la hora de la libertad bajo los cielos del mundo nuevo. Y fué la Gran Colombia. Y la América fué libre. Y de las cumbres majestuosas del Avila triunfal a las frígidas mesetas del Potosí un solo nombre recogieron las montañas seculares, los mares tempestuosos y los ríos gigantescos: ¡¡Bolívar!! para trasmitirlo a los siglos como un mensaje de gloria.

Oh Padre Libertador! Tu inmortalidad es el máximo monumento de la América redimida y Santa Marta es «otra Jerusalén venerada a donde irán tus hijos, los hijos que engendraste en el seno de tu Colombia amada», a besar tu santo sepulcro y a llevarte las flores de su culto deífico.

Y Venezuela, la madre augusta que ocupa el sitial de las excelsitudes magnas desde el día de oro en que se rasgara las entrañas para darte a las grandezas de una nueva redención, ilumina hoy todos sus templos, enguirnalda todos sus altares, enjóyase con todas sus glorias, da cita a todos sus dioses, para glorificarte en la apoteosis soberana de esta fecha sacratísima, y presentarte, como ofrenda de su culto, de su amor y de su fé, por las manos de un altísimo patriota que ha dignificado el gentilicio y formado de sus propios brazos astas formidables a la Bandera, la canéfora de frutas divinas de una paz próvida y bienhechora, y la confraternidad de todos los venezolanos hecha un solo haz de bolivianos en torno de aquellas tus últimas, sapientísimas palabras cuando la visión de Colombia se esfumaba con tu vida.

Y pensando ese patriota altísimo, a quien los pueblos con justicia nombran por antonomasia el «*Patriota de Diciembre*», que al par con esa ofrenda nada sería más grato a tus manes gloriosísimos que la reviviscencia de aquella Gran Patria de tus ensueños, volviendo a hacer de las hi-

jas de tu espada y de tu espíritu una sola familia augusta, es decir, una sola cepa heráldica, indivisible bajo la gloria de tu nombre, quiso que la reunión de un Congreso Boliviano, bajo el mismo sol que iluminó tu cuna, realzara a toda luz la grandiosidad de la magna apoteosis ; y es así como en el día de tu glorificación hanse reunido en un solo abrazo, al pié de los monumentos en que Tenerani y Tadolini inmortalizaran tu efigie veneranda, antiguos neogranadinos, peruanos, ecuatorianos, bolivianos y venezolanos, del mismo modo que en los grandes días de la epopeya colombiana se unieran para confundir su sangre y su gloria bajo una misma tienda, y a la lumbre de un mismo vivac, para celebrar las victorias de la libertad americana.

Las Cortes de Cádiz (*)

—

Suspendida sobre la cumbre resplandeciente de los viejos tiempos heroicos de la tierra bravía del Cid y de Pelayo, y mecida indolentemente en los brazos divinos de la madre Gloria frente al mar que bendijera por dos veces las carabelas de Colón, Cádiz, la antigua ciudad fenicia, cuya gloria se dilata en un inmenso espacio de la historia deslumbrante de la Egregia España, prepárase a celebrar en estos días el primer centenario de aquellas renombradas Cortes en cuyo espíritu refugiárase el alma nacional cuando los cascos de fuego del caballo imperial de Bonaparte hacía rodar la corona de Carlos IV y de Fernando, y cuyo Código fué como la primera repercusión magnética del espíritu de la Colonia en el seno del liberalismo ibero; como la primera resonancia de la marsellesa americana en el alma del pueblo que en un solemne y grandioso momento de inspiración libertadora, trazara el abecedario de los derechos populares y diera la palabra de ¡alto! al consagrado absolutismo de la milenaria monarquía.

«Según aquella carta (1) la soberanía residía en el pue«blo; el gobierno monárquico con separación entre los tres «poderes; inviolable el rey, pero sin el veto absoluto, y «y la Cámara única. Las Cortes eran la reunión de «todos los Diputados elegidos por las Asambleas de Pro«vincias, compuesta de electores nombrados por asam-

(*) Artículo escrito con motivo de haber sido honrado el autor por la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes de Cádiz con el nombramiento de Miembro Correspondiente; lo es también de la Societé Acadèmique d'Histoire Internationale, de París.

(1) Cantú.

«bleas de Distrito, las cuales a su vez se componían de «electores nombrados por asambleas de parroquias. En «estas últimas tenían voto todos los ciudadanos que «hubiesen cumplido veinticinco años; los electores de «Distrito debían pasar también de esta edad, y para «ser Diputado a Cortes, se requería además una renta «suficiente. Cada setenta mil almas daban un Diputado «a Cortes, cuyo encargo duraba dos años. Las Cortes de«bían estar reunidas por lo menos tres meses en cada «año; votaban los impuestos y proponían las leyes que «el rey debía sancionar y hacer ejecutar y si el monar«ca negaba la sanción dos veces a una ley presenta«da en dos distintas legislaturas, a la tercera la cons«titución lo obliga a sancionarla.

«Competían al rey la guerra y la paz, el nombramien«to de magistrados, de obispos y beneficiados, de gene«rales y comandantes militares; pero no podía impedir, «suspender ni disolver las Cortes, ni salir del reino, ni «abdicar, ni contraer alianzas, ni hacer tratados con «las potencias extranjeras sin consentimiento de las Cor«tes. Estas nombraban asimismo los funcionarios pú«blicos, y a los soldados se les dió el derecho de exami«nar sus ordenanzas particulares y de tener su jurisdic«ción especial. Por lo demás, la constitución no podía «ser revisada sino con el dictamen de tres legislaturas «sucesivas y por decreto que no debía someterse a la «sanción real.»

Entre nosotros aquella constitución fué como una rápida fulguración de aurora en medio de aquella espantosa noche de sangre en que las hordas de Monteverde envolvieran el cadáver de la naciente República, muerta entre las manos, ilustres pero ya senectas, de Miranda, el Bautista americano.

El bárbaro vencedor cerró los ojos de pantera para no ver aquel fulgor de derechos que venía de las Cortes gaditanas y ahogóle entre nubes de lágrimas y sangre, como más tarde había de ahogarlo también el orgullo temerario del ex-prisionero de Valencay.

Y así tenía que ser, porque aquel Código hablaba de conceder derechos a los pueblos esclavos, y Monteverde no era sino un bebedor de sangre humana que ni siquiere tenía noción de la palabra derecho.—Aquel Código hablaba de división y limitación de poderes, de legislaturas, de asambleas, de sufragantes, de electores, y Fernando VII no era sino el monarca absoluto para quien no existía más que el derecho divino de la tradición asentado como un castigo sobre las espaldas encorvadas

de súbditos y esclavos. Así, cuando las Cortes le dijeron, presentándole la corona: «La debéis a la generosi-«dad de vuestro pueblo. La nación no pone a vuestra «autoridad más límites que esta constitución, aceptada «por vuestro representante. El día en que la traspaséis, «quedará roto el pacto solemne que os hizo rey», el ex-prisionero de Napoleón sintióse rebajado en su orgullo dinástico, y en su manifiesto de Valencia declaró que la constitución era un «atentado contra las prorrogativas del trono, cometido por un culpable abuso del nombre de la nación».

No obstante, de aquel reflejo de aurora algo de luz benéfica quedó titilando en los horizontes de la República, cuando en 1820 la Carta de Cádiz fué de nuevo aceptada y jurada por el monarca español, y fué aquel hermoso tratado de humanización de la guerra que siguió al armisticio propuesto por Morillo para dejar oír, por la primera vez, en medio de aquella lucha ciclópea que duraba diez años, la santa palabra PAZ. Y corolario inmortal de aquel magnífico tratado fué el memorable abrazo de Santa Ana, entre el Jefe Expedicionario de los Ejércitos de España y el deslumbrante Caudillo de América; abrazo convertido ya en admirable y sugestivo monumento de inmortalidad por la mano justiciera de la actual época histórica.

Todas las Repúblicas indo-hispanas habrán de estar gallardamente representadas en las grandes fiestas centenarias de las Cortes de Cádiz, y el espíritu noble y vigoroso de la raza habrá de palpitar fuertemente al recordar que si alma española fué la que produjo las luminarias de Zaragoza, de Bailén y Arapiles, alma española fué también la que produjo los portentos de Carabobo, de Pichincha y de Ayacucho.

El abrazo que se den los descendientes de Bolívar Magno y del Cid Campeador bajo el Hércules simbólico del escudo gaditano, frente al mar que bendijera por dos veces las carabelas de Colón, será como la ratificación, hermosa y solemne, del que, hace noventa años, diéranse bajo el cielo sonriente de América, los vencedores en Bailén y los vencedores en Boyacá.

Coro: octubre de 1912.

Fragmento

del discurso en la celebración del natalicio del Libertador, por la Logia de Coro, en 1913.

—

....

Bajo la bendición del sol que desflecara sus rayos de consagración deífica sobre la cabeza de Bolívar al recibir el beso de la vida, yo inclino hasta el suelo mi frente de fanático del Grande entre los Grandes de la Inmortalidad, y desgrano el rosario de mis salves sobre el manto de púrpura que, hace ciento treinta años, cayera encima de aquellos hombros de Atlante niño, sobre los cuales había de gravitar más tarde la bóveda luminosa de cinco naciones opulentas.

Cuando pensamos que un sol como el de esta fecha fué el que puso su bautismo divino sobre aquella cabeza forjada por Dios mismo para que los pensadores pudieran llamarla «la cabeza de los milagros», sentimos pesar en el alma porque nuestras facultades no sean poderosamente taumaturgas para hacer un ánfora inmensa donde guardar hasta el último rayo de esta luz generatriz y echarla a correr, convertida luego en agua de una extraña fascinación proceleste, por todos los caminos, por todas las llanuras, por todas las montañas de la Patria, para que a su contacto se poblaran de opulentas espigas de oro todos los árboles y todas las piedras, y para que, vívidos y sonrientes con ella todos los labios, no supieran sino del verbo que se hace carne de milagro en la conciencia de los pueblos por medio de las santas anunciaciones de la Paz y del Trabajo.

Si fuera posible a la inteligencia humana penetrar en el misterio de las palpitaciones de la naturaleza cuando llega a los puertos de la Vida la barca de velas de azul de un

Predestinado, qué de sensaciones divinas no invadirían nuestra alma ante el recuento maravilloso!

Así sabríamos acaso que en la noche que precedió al 24 de Julio de 1783 una legión de águilas cruzó por las gargantas del Avila dando a los vientos que dormían bajo el bochorno de la Colonia vibrátiles y extrañas anunciaciones; que las olas del mar que sirve de inmensa alfombra azul a la gentil metrópoli americana, se irguieron en oblación de espumas como queriendo traslimitar la empinada serranía para ir—impolutas reinas magas de un oriente insoñado—a la nueva tienda betlemita de la ciudad palatina; que en la sabana de Carabobo viéronse rondar fantásticos escuadrones de cíclopes dando voces estruendosas de batalla y de victoria; que un estremecimiento colosal hizo rugir las entrañas del Orinoco y un espíritu de fuego anuncióle que sus aguas se desbordarían hasta cubrir las crestas de los Andes, y que corriendo, corriendo siempre, irían a confundirse con las del Magdalena, el Apurimac y el Juanambú hasta formar la confluencia de cinco naciones soberanas; y que voces misteriosas, como venidas de las cuatro extremidades del Continente, pasaron anunciando que en los cielos de España habría un inesperado eclipse de sol que mantendría en tinieblas por muchos días los horizontes donde antes el astro de Carlos V no encontrara campo limitado para hacer la noche.

Señores:

La institución francmasónica, que es la más hermosa amplitud del ideal cristiano como es la más franca y sencilla interpretación de las democracias combatientes, ha tenido siempre, como su más alta devoción ante los íconos sagrados del honor y del deber, el culto de la Patria y la Bandera, que son las dos más hermosas consanguinidades de la conciencia y del espíritu para todos los hombres que saben a plenitud, por la medida de la dignidad y del orgullo, cuánto vale el humilde montículo de piedra o el tosco poste de madera bruta que marca las fronteras de la Patria, y cuán único y divino es ese pedazo de tela simbólica que ondea, como las alas luminosas de un angel triunfador, sobre nuestras torres enhiestas y sobre nuestras cimas más altas en un etéreo aleteo de sacra inmortalidad.

Como los soldados que llevan fusil, nosotros los francmasones, que somos también soldados de fusil cuando el honor nacional lo impone, como somos soldados de ideas incubadoras de bien y de amor humano, juramos, como aquellos, por la Patria y la Bandera y nos disputamos la atalaya más alta para montar la guardia de la honra de la República y de la paz de sus pueblos.

Y así se explica cómo la Respet.·. Log.·. Unión Fraternal Nº 17 del Or.·. de Coro, venga hoy a celebrar estos actos, como un homenaje de intensa devoción patriótica a la fecha natalicia de nuestro Padre Libertador, rendido con la misma unción con que no hace mucho celebrara las matrices efemérides del 19 de Abril y del 5 de Julio, fechas ya, como ésta, motivos de liturgia bajo los cielos, bajo las albas, bajo los soles que pusieron en la frente de Miranda la visión deslumbradora de los tres colores que forman la veste excelsa de nuestra Señora de la Libertad.

Fragmento

del discurso en la Recepción Oficial del Gobierno de Falcón, en su carácter el autor de Secretario General, el 24 de julio de 1916

—

Señores:

Tornan, una vez más, las bendecidas y siempre resplandecientes auroras de julio a traer al espíritu nacional los santos regocijos rememorativos de la natividad boliviana, y una vez más la Epopeya, la Gloria y la Justicia, como tres gigantescas y adorables cariátides forjadas con el oro más puro del viejo Olimpo, levantan el pesado cortinaje divino que oculta la cuna del niño dios libertador, para que pase la multitud de pueblos que surgieron libres de aquella cabeza de portentos, a tributarle el homenaje de gratitud y amor infinitos que constituye el culto de la Patria a aquella super-grandeza redentora.

Porque Bolívar, señores, a fuerza de agigantarse en la devoción de los pueblos redimidos por su espada y por su verbo, y en la admiración de las naciones que saben medir la grandeza de los Héroes por los portentos de su fuerza creadora y múltiple, por la efectividad de su obra maravillosa e indiscutible, puede decirse que ha perdido su estatura de humano para confundirse con la de otro dios derribador de tronos y de servidumbres, sojuzgador de tiranos, demoledor de fronteras para la libertad humana y creador de patrias en toda la amplitud del ideal democrático.

Porque Bolívar, señores, no se parece a ningún otro de los libertadores humanos. El reunió en sí todas las grandezas, aún aquellas que asustan a los espíritus endebles por el estruendo formidable que producen al derribar

los muros seculares levantados por la tradición implacable sobre la conciencia de la humanidad supliciada. Su grandeza tuvo la fuerza de todos los elementos en acción: la del fuego en medio de las batallas cuyo rayo sabía él manejar con la misma destreza que la brida de su corcel; la del aire para insuflar vida nueva en el organismo de una gran familia de pueblos agonizantes bajo la cuchilla de la tiranía ancestral; la del agua para romper todos los diques que interceptaban las corrientes de la libertad y la justicia hacia el mar azul y radiante del mundo colombiano; la de la tierra para decirle a las testas del derecho divino, como Dios al mar: «de aquí no pasarás».

Así, él iba siempre envuelto en los pliegues de la tempestad para producir el incendio con su rayo, el ciclón con su verbo, la catarata con su gesto, la onda sísmica con su pisada de coloso.

Y a no haber sido así, Hombre por sobre todos los hombres de su tiempo, y de más allá de su tiempo; Hombre por el modelo plutarciano; Hombre formado para llegar a ser semi-dios por la inmortalidad de su Gloria, BOLÍVAR no habría podido realizar su obra portentosa, teniendo que formarlo todo desde el pedazo de tierra que necesitaban para apoyarse los cascos de su caballo, hasta el soldado que fué preciso engendrar en el vientre mismo de las batallas, y hasta la idea de patria que las multitudes de la Colonia no entendían ni podían entender.

Al rememorar la fecha gloriosísima del natalicio del Grande Hombre, los pueblos hechos libres al conjuro de su espada y de su gesto no hacen sino cumplir con un mandato imperativo de la gratitud y la justicia hacia la memoria toda reflejos de grandezas sin nombre «del más grande de los libertadores de pueblos en los dominios de la Historia», como dijéramos no hace mucho en ocasión solemne.

Por una feliz coincidencia,—dijérase mejor y con más certeza, por una feliz concomitancia del destino de un pueblo con la gloria de una fecha,—este día rememora también el natalicio del Fundador de la Paz en Venezuela, del general Juan Vicente Gómez, cuya devoción por el Grande Hombre de la América española puede medirse por la altura en que ha colocado a su patria ante el concepto nacional y ante el concepto de los pueblos de allende, por la majestad que le ha dado a la Bandera, y por su magna obra de redención por la paz, por la unión y por el trabajo, haciendo así tangible el sueño anhelante del Padre de Colombia la Magna.

Porque el general GÓMEZ cree, con esa firme convicción de patriota que es la más alta característica de su persona-

lidad eminente, que la mejor manera de honrar la memoria toda llena de excelsitudes del Padre de la Patria, y de todos los que con su sangre contribuyeron a formarla, es haciéndola grande, próspera y altiva, y éllo por esas magníficas formas de administración ejemplar empleadas por él desde hace 8 años, durante los cuales todos sus afanes de guerrero, de político y de patriota, han estado tesoneramente puestos al servicio de la República.

Por eso, bien está aquí en este día la efigie del Hombre de Diciembre frente a la del Padre Libertador, como diciéndole: «duerme tranquilo tu sueño de inmortal porque en mí tienes el más celoso guardián de tu gloria, de tu nombre y de tu obra; y porque mientras yo aliente mis manos sostendrán en lo más alto del honor nacional, la insignia que llevaste, como un águila soberbia posada sobre tus hombros, hasta las tierras del sol».

Simón el Grande

—

En los bronces del tiempo y en el alma de la Patria tornan a vibrar intensamente las horas jubilosas y sagradas del 28 DE OCTUBRE, día bendito del excelso apóstol ya canonizado por los concilios de la libertad universal. El dia augusto de SIMON EL GRANDE como habrán de llamarle los nuevos cánones para distinguirle de Simón el Macabeo y de Simón Pedro, el Apóstol!

Fieles a la tradición que arranca de nuestros grandes días leyendarios, tradición que ha llegado a convertirse en culto sacratísimo en la devoción nacional, los venezolanos nos hemos acostumbrado a reverenciar en la fecha del 28 DE OCTUBRE, más que en la del 24 DE JULIO mismo, la memoria querida y veneranda del Gran Libertador. Y es que BOLIVAR no festejaba casi nunca su natalicio sino su onomástico, acaso recordando que su nombre había sido impuesto como un vaticinio por la voluntad paterna sobre la pila bautismal. Oleo de Macabeos fué el que en efecto cayó sobre la frente radiosa del futuro Libertador.

La inspiración del padre fué la paloma del símbolo cristiano revoloteando sobre la cabeza del Electo, del que había sido anunciado por los mártires de 1799, y entrevisto a la luz de ultratumba por José María España, cuando al caer su cabeza, en el sitio donde hoy se levanta la estatua del redentor americano, dijo: «En este mismo lugar en breve serán mis cenizas honradas por la Patria».

Y vino el Bautista, San Francisco el girondino, y el mesías anunciado fué a poco el Salvador de la América. Caracas fué su Jerusalén en 1813 como Santa Marta su Gólgota en 1830.

«Por eso para los americanos del sur Bolívar es un dios: tal le dijo un día Guzmán Blanco al escritor argentino don

Pedro S. Lamas, por vía de réplica final a la brillante, vigorosa defensa que aquel ilustre venezolano hiciera a las glorias del Libertador, puestas en tela de juicio por el argentino en su novela «Silvia» para destacar a San Martín más alto que los Andes y más caudaloso que el Amazonas.

A fuerza de agigantarse más y más esas glorias en el infinito de los tiempos y en el infinito de la inmortalidad, han llegado a convertirse en religión augusta, adorable y excelsa, ante la cual doblamos reverentes las rodillas y el espíritu y juntamos las manos en actitud hierática para decir la oración de nuestra gratitud inmensa.

Y nada importa que eminentes hombres de ciencia, imbuidos en muy discutidas teorías sobre la psicosis del genio, hayan intentado colocar al grande hombre sobre una pobre camilla de enfermo, víctima lastimosa de superexitaciones o anormalidades psíquicas; que allí estará siempre su obra portentosa diciendo a todos los tiempos, a las generaciones de todos los pueblos, que quien llevó sobre sus hombros de Atlante, por entre el oleaje enfurecido e implacable del poderío ibero, por entre las tempestades de la naturaleza y por entre ese otro oleaje no menos enfurecido e implacable de las traiciones y las cobardías, el peso de cinco naciones hasta colocarlas sobre la cumbre de la más firme y hermosa libertad, mal podía ser un enfermo sujeto a la inconciencia de fenómenos psicopatológicos que constituyen precisamente la negación de esa conciencia pura e intelectual de que nos habla Kant y que fué la que guió a Bolívar, paso tras paso, desde las tribunas de la Sociedad Patriótica hasta los templos del sol.

Nada importa, repetimos, ya que los grandes hombres han estado siempre, en todos los tiempos y en todos los lugares, sujetos al análisis severo y contencioso de las generaciones que se van sucediendo en torno de su nombre y de su gloria, y al concepto más o menos apasionado y adverso de los que van huroneando por entre los intersticios de los mausoleos para ver de que manera antiestética o ambigua se han reclinado en la tumba los Electos de la Inmortalidad. Pero ni ese análisis, ni ese concepto amenguar podrán nunca, ni en el más sutil reflejo de la gran luz, el fallo incontrovertible de la Historia que los ha consagrado grandes y eternos sobre el monumento de gloria portentosa levantado por ellos a la admiración de todas las edades y a la veneración de todos los pueblos; del mismo modo que en nada se amenguaría la gloria de Alejandro porque a algún novedoso escritor se le ocurriera decir que César envolviéndose en su capa al sentir el filo del puñal asesino y desplomándose al pié de la estatua de Pompeyo, ostenta más gallarda gran-

deza que el macedonio doblando tristemente la cabeza ante un miserable micrófito de los canales de Babilonia.

A Bolívar, «el hombre, el hombre verdadero, el Héroe», el Super–Hombre, no pueden aplicarse, según la afortunada frase de Unamuno, los procedimientos lombrosianos.

Gloria a tí, una vez más, oh Padre Libertador!

Por el vestíbulo de la Inmortalidad, donde sobre lecho de laureles siempre frescos duermes tu sueño de gloria resplandeciente y única, van desfilando las generaciones de los pueblos que hiciste libres y relevándose en guardia de honor magnífica y devota; y llenas las manos de flores opulentas y plena el alma de admiración y de respeto, saludan en tu gloria el símbolo radiantè de la libertad humana y reverencian en tu recuerdo la majestad de la Patria.

28 de Octubre de 1915.

Fragmento

del discurso de la apertura del acto de la Recepción de los Representantes del Distrito Federal y de los Estados de la Unión, en el Teatro Armonía, de Coro, la noche del 19 de Diciembre de 1916

—

....

Así, tras las vibraciones de marsellesa de nuestro «Gloria al Bravo Pueblo», mezcla de Rouget de L'Isle y Juan Landaeta, del pueblo del 93 y el del 19 de abril y 5 de de julio, resonarán los himnos de todos nuestros hermanos en la genealogía federal; y nuestra psiquis, saturada hasta lo más profundo de este ambiente epinicial, creerá escuchar el rumor de las ondas del grandioso ORINOCO, el Patriarca Padre de la Gran Colombia, como saludando al TORBES, cantor sonoro del Táchira opulento, cuna afortunada del Rehabilitador Venezolano. Y los dos lagos se dirán de cerca cómo vive en el cristal del úno el refllejo inmortal de Carabobo y en el otro el de la hazaña famosa de Padilla y el nombre rutilante de Urdaneta. Y el MANZANARES, con su blasón incomparable de Pichincha y Ayacucho, recordará al TURBIO el nombre del héroe famoso en Corpahuaico. Y el ARAUCA impetuoso, recogiendo el aliento de los viriles pueblos pamperos, diráles al NEVERI y al ARAGUA, que si ellos cantan el orgullo olímpico de la Casa Fuerte y el holocausto de San Mateo, él tiene la fortuna envidiable de mantener, como eternos fanales sobre sus ondas, los resplandores de la lanza de Páez y, a manera de perpetua visión astral, la mano nervuda de Aramendi sobre las flecheras de España. Y el GUAIRE, a úna con el TUY,– que tantas cosas de epopeya guarda de la Magna Gesta,–

el manso GUAIRE, soberano de una hoya que no tiene límites en la geografía de la Gloria, porque él tiene el título grandiosamente único de haber arrullado la cuna del «más grande los libertadores de pueblos», platicará con el soberbio MOTATAN para enviarle, en nombre de los manes de Bolívar, un recuerdo a Cristóbal Mendoza, en torno de cuya memoria ilustre trabaja la gratitud nacional para convertirla en viva carne de inmortalidad; y le dirá también cómo se regocijan con ellos al evocar el abrazo memorable de Santa Ana, esponja divina que alivió a su solo contacto la necesaria herida del Decreto de Trujillo. Y el PORTUGUESA serpenteará en torno del CAÑO COLORADO para testimoniar que si éste tiene grabados en las páginas de oro de su leyenda libertaria el heroísmo inenarrable de Maturín bajo el escudo de Piar, aquél ostenta en campo de diamante el cuartel todo fulgores de haber dotado a nuestro Olimpo con Páez el mitológico. Y las ondas bravías de Margarita, exornadas de perlas, buscando al ALBARREGAS le tomarán de brazo para recordarle la etimología de su nombre por la bravura espartana de sus hijos; y entonces la voz de los páramos y de los torrentes les dirán a su vez que Mérida, la regia matrona de real estirpe, fué la que puso sobre la frente del Gran Libertador el majestuoso y salvador pensamiento de Trujillo. Y el YARACUY, citando al CAUJARAO, le recordará su antigua fraternidad evidenciada siempre en el diario tributo que él rinde a nuestras costas procelosas; y el manso, pero a veces bravo río que besa la ciudad de Ampíes, enviará a todos, envuelto en la gloria de haber sido el primero en reflejar los colores divinos de la Bandera en las manos augustas de Miranda y de haber arrullado la cuna de Falcón y recogido las primeras dianas de la Federación Venezolana, una sonrisa de confraternidad y de gratitud muy profunda por haber ocurrido a esta cita bajo el sol resplandeciente del 19 DE DICIEMBRE.

Los señores Representantes de los Estados hermanos que prestigian con su presencia esta hermosa fiesta cívica, se servirán llevar hasta los nobles y dignos gobernantes que representan, la más expresiva palabra de reconocimiento del Gobierno y pueblo de Falcón.

Discurso

en la Velada literaria promovida por el Gobierno de Falcón, en el Teatro Armonía, en celebración del 5 de Julio de 1917

—

Así como la doctrina del Cristo y el culto de su nombre no llegaron a constituirse en religión augusta y ya para siempre inmortal en la conciencia de los pueblos sino tiempos después del Gólgota, por el resplandor de los milagros y por la supergrandeza del Evangelio, así también la doctrina de nuestra redención política y el culto por la memoria del Gran Libertador no han llegado a convertirse en religión intangible y veneranda en el espíritu de los pueblos redimidos, sino tiempos después de San Pedro Alejandrino, cuando es sólo la espuma de los mares en calma la que pone orlas luminosas en los bordes de la Historia, cuando no es la pobre materia en rebeldía la que habla o grita, sino el mármol, el bronce, el granito, y cuando no se oye sino el rumor de alta marea de los laureles gigantescos que brotaron de los surcos hechos por los cascos de los corceles libertadores desde las márgenes de los ríos que fecundan el vientre de nuestra rica y bella patria, hasta el filo de los riscos donde el sol era un águila incubadora de razas y de pueblos.

Así, creyente por la conciencia en la religión del Cristo y creyente por el espíritu en la religión de la Patria, yo me arrodillo ante esa efigie venerable y veneranda, intensamente adoratriz, y ante esa Bandera, grandiosa y única, gloriosamente soberana, para decir la oración con que las almas devotas saludan a cada día la majestad de la luz y la majestad de la gloria.

¡5 DE JULIO!..... Y se llenan de resplandores los cielos de la Patria al paso del astro a cuyo beso inmortal rom-

piera su crisálida la mariposa de la Libertad y se hiciera cóndor soberano en los dominios de la Victoria; y se entreabren las puertas de la Inmortalidad y asoman su cabeza divinizada los titanes que, soterrando el mito helénico, supieron escalar el olimpo de la reyecía para destruir los viejos dioses humanos; y se escuchan las arengas de aquella sesión famosa en que va a colocarse la suerte de un pueblo que sólo cuenta un millón de almas ataraxiadas por la esclavitud, frente a la antigua dominadora de la Europa, en cuyos dominios el sol, como un viajero fatigado, no alcanzaba la finalidad del horizonte para tender el manto de la noche; y vese atravesar la sala del grandioso areópago la figura majestuosa de Francisco de Miranda, con su continente de Bautista y su gesto de girondino; y escúchase la palabra austera y convincente del señor Unda lanzando, como un anatema contra las vacilaciones de los pocos que creían prematura la declaratoria de independencia, aquellas hermosas y solemnísimas palabras que habían de ser como la primera de las tres palmadas que iban a precipitar el gran duelo: «Subscribo, a nombre de Guanare, a la independencia de Venezuela». Y parece que vemos entonces al señor de Peñalver, aquella pálida figura de profeta que atravesó, como una salamandra, toda la tempestad de de fuego de la gigantesca lucha y «llegó al sepulcro puro y sin contagio,» levantarse para decir: «Subscribo igualmente por Valencia». Y Paúl dice: «seamos libres unidos si no queremos ser esclavos para siempre y demos al mundo que nos contempla un testimonio de que somos dignos del alto rango que vamos a ocupar». Y Maneiro dice: «Soy el que llevó a Margarita la noticia de la resolución de Caracas el 19 de Abril: los que entonces se adhirieron a ella y ahora me han constituido su representante conocían entonces como ahora la caducidad de los derechos de Fernando; siguen a Caracas y la seguirán siempre, y yo a nombre de ellos subscribo a la independencia». Y Palacio dice: «Todo cede al impulso de la libertad y las fuerzas del hombre libre sólo son comparables a su dignidad ..... Yo me opondría a los votos del pueblo y a los intereses de Venezuela, si no me explicara de este modo cuando en mis oídos suena continuamente esta voz: Venezuela será habitada por hombres libres o el sepulcro funesto de sus actuales moradores. Venezuela será un pueblo independiente o dejará de existir entre los pueblos de la Tierra». Y Roscio dice: «No hay duda que es obra de Dios que la América empiece a figurar en el mundo, y si el premio es igual al sufrimiento debe ser más feliz que la Europa, porque ha padecido más que élla. Dios

no quiere ni puede querer que padezcamos siempre ni su equidad ha de permitir que llegue el día del último juicio en que se queje de su providencia la mitad del Universo». Y Cabrera dice: «Cuando ella (la Regencia) respetaba nuestro Talismán, justo era que respetásemos el suyo; pero declarados insurgentes, tenemos que ser independientes para borrar esta nota»..... «Se acabó el tiempo de los cálculos y entró el de la actividad y energía: seámos, pues, independientes, pues que queremos y debemos serlo». Y Briceño, de Pedraza, y Rodríguez Domínguez, y Cova, y Pacheco, y Clemente, y Méndez, y Alcalá, y Fernández, y Sota, y Bermúdez, ponen también a cabalgar sus espíritus, inflamados en el sagrado fuego libertario, sobre el hipógrifo de su verbo incontenible y fascinante hacia la independencia absoluta del poder de España. «Y por sobre todas aquellas cabezas fulgurantes está toda la Francia revolucionaria en espíritu y en verdad, están todos los derechos del hombre en músicas de marsellesas: ¡está SIMON BOLIVAR! Sí, está BOLIVAR, sobre los hombros ya puesta «la cabeza de los milagros» y en la boca ya ungida «la lengua de las maravillas».

En efecto, señores, cuando evocamos el recuerdo de aquel inmenso día de claridades eternas, donde no hay un sólo segundo que no sea como una campanada de gloria, surge a nuestro espíritu la visión deslumbradora de una bandada de cóndores, con alas arcangélicas y cabezas de dioses niños, que rompiendo las capas etéreas en vuelo de flecha, y agitándose en un infinito de gualda, azul y grana, conviértense en astros que van a colgarse de lo más alto como lámparas maravillosas. Luego la visión se cristaliza y de las alas de los cóndores y de los rayos de los astros van surgiendo, lentamente, como de una incomparable cinta cinematográfica, las doce letras del nombre de BOLIVAR. Son las mismas doce letras del CINCO DE JULIO. La visión va haciéndose cada vez más diáfana y cada una de las letras del nombre sagrado va conviertiéndose en sol. Y son entonces doce soles de los cuales el primero surge de entre las aguas torrentosas del Magdalena para esconder a poco su disco centelleante entre las nieblas del Avila; y el último, el último es todo un incendio de volcanes, cuyo chisporroteo se escucha, al través de los continentes, coronando de relámpagos las cumbres del Cunduncurca.

De la primera a la última letra, és decir, de 1812 a 1824, el dios de las batallas no ha dejado un solo instante de cabalgar a toda brida sobre el corcel libertador y no le ha permitido descansar sino cuando borrada queda

para siempre la ruta de los conquistadores, extinguida para siempre la noche de la Colonia. Las letras del 5 DE JULIO habían dejado de formar una fecha para constituir un nombre, el nombre de un dios creador de pueblos altivos y fuertes, quien después de su Gólgota, había de dejar fijas en el nuevo sistema planetario de la América libre, hechas base de redención y de gloria eternas, las doce letras simbólicas como los doce signos de un nuevo Zodíaco de inmortalidad, como los doce evangelistas de un nuevo credo político, como las doce tablas de nuevas leyes sagradas.

Y disipada la visión, nuestros ojos encuéntranse frente a frente con la majestad resplandeciente del Padre Inmortal, acariciada la cabeza milagrosa por las franjas divinas de la Bandera, y en su torno, como otras tantas hijas arrulladoras y dulces, las cinco enseñas triunfales de los cinco grandes pueblos surgidos al conjuro de su espada y de su genio. Inclinadas así, creyérase que le cuentan al oído quien sabe qué historias de Olimpo al Padre Libertador, cuya mirada rediviva parece que se dilata y resplandece cual si escuchara de nuevo los triufales relinchos de Boyacá, las troyanas fanfarrias de Carabobo, el espartano pugilato de Bomboná, el estruendo formidable de Pichincha, el crujido silencioso de las lanzas de Junín, la explosión gigantesca de las trombas de Ayacucho.

Palabras

en el acto de ofrendar una corona ante la estatua de Bolívar, en Coro, el 28 de octubre de 1917

—

Detengámosnos antes frente al pórtico iluminado del templo augusto y digamos las frases unciosas con que los creyentes saludan la epístola del día; que es hoy 28 de Octubre, día de ofrenda y de intensa adoración ante los altares de BOLÍVAR, el Sobrehumano Creador de esta augusta trinidad de Patria, Independencia y Libertad ante la cual baten el incensario de su culto no sólo las cinco naciones nacidas del consorcio fulgurante del Héroe inmortal con la Victoria, sino todos los pueblos que hablan la lengua de la libertad, sienten con el corazón de la justicia y piensan con el cerebro del derecho humano. Sobre el pedestal de oro de esa trinidad sagrada y consagrada, fundada quedó una religión que a través de los tiempos habrá de llamarse la religión boliviana, con sus dogmas y sus símbolos, con sus evangelios y sus liturgias, con sus milagros y sus santos, con sus apóstoles y sus mártires. El 24 de Julio será de natividad para la América y el 17 de Diciembre de Ascensión. El Avila será como otro portal betlemita para los creyentes en el Padre Libertador; Boyacá y Carabobo las columnas de fuego que guíen a todos los pueblos que buscan redención; Pichincha el incensario que mantenga siempre densas y perfumadas las espirales de la adoración americana en torno a la memoria de los libertadores; el Chimborazo, el Potosí y el Cunduncurca los campanarios que repiquen eternamente la gloria boliviana.

Están de tal modo consagradas estas fiestas de la Patria en la devoción de los pueblos, que éstos, por propio

impulso del corazón, las celebran y glorifican sin que necesaria sea la declaratoria expresa de la ley; y es que por encima de las leyes escritas están esas otras de la justicia y la gratitud que no necesitan de formalidades legislativas para quedar confirmadas como altos y brillantes puntos de liturgia en los espacios del culto. Una ley de la República signó como de fiesta nacional el 28 de Octubre, onomástico del Grande Hombre Libertador, pero creímos después más cerca de la glorificación el 24 de Julio, natalicio de aquel Inmortal, y los signos pasaron a esta fecha por mandato de otra ley. Más, el culto patrio continuó viendo en el día de Octubre los dos signos anunciadores de la alta solemnidad en el calendario boliviano y a reverenciarlo se apresta a cada vuelta del sol de la tradición glorificadora como una no menos bella advocación del incomparable LIBERTADOR, ante cuyo recuerdo encienden todas las luces del santuario los guardianes de la Inmortalidad, las jardineros de la Fama despojan al viejo Olimpo de todas sus rosas, vibra el hacha de los dioses en los bosques de laureles milenarios, y el sol del Avila, a úna con el sol de los Incas, prepara el palio bajo el cual ha de pasar, del brazo de la Libertad, el domador de la Victoria.

Y como la actual época está siempre ampliamente abierta para todas las grandes externaciones del cultó boliviano, como que en ella vive flagrante el alma de Bolívar con sus radiosas visiones de Patria, de Paz y de Unión, se explican como hechos muy naturales los fervorosos entusiasmos con que en estos momentos celebran al unísono todos los pueblos de Venezuela el onomástico del Padre de la Gran Colombia, desde las cumbres de los Andes milenarios, donde las huellas del libertador viven flamantes y luminosas como bocas sibilinas prontas siempre a decir a las generaciones que van pasando los secretos del triunfo y de la gloria, hasta las del Avila soberbio donde duerme su sueño de Olimpo el coloso arrullado por los mismos bronces que repicaron su gloria en todas las notas de la deificación.

Las águilas del 5 de Julio

—

A ALEJANDRO FERNÁNDEZ GARCÍA.

Cada año, por este mismo día—dice una fantástica leyenda que tiene toda la belleza de las grandes cosas heroicas realmente vividas—una soberbia legión de águilas despréndese de las gargantas del Avila, detiénese un largo rato, en pose olímpica, sobre la cabeza de bronce del Gran Libertador como a decirle algún mensaje de las divinidades de la Inmortalidad, arropa con sus alas fulgurantes el monumento de Tenerani, besa el arca donde fulgura el Sancta Santorum de nuestra Independencia, y siguiendo las huellas del iluminado fugitivo de 1812, va a revolotear bajo los cielos de Caldas y Camilo Torres, para destejer luego con sus picos de fuego la vía láctea de la Campaña Admirable. Y trasmontando después, a ras de cielo, las gargantas de los Andes, aquellas donde los cascos del caballo de Bolívar grabadas en plancha de diamante mantienen una eterna claridad de aurora, detiénese sobre el campo famoso en donde surgiera la primera sonrisa de la Gran Colombia, como para externar un rito a la grandeza de aquel sitio, gigantesca puerta de gloria abierta a golpes de cíclope por los invencibles tercios del Hijo de Caracas; y luego de refrescar sus alas en las ondas tumultuosas del grandioso Orinoco, en cuyos cristales están de contínuo vibrando las arengas del Libertador engendradoras de la Magna Trimurti Colombiana, y de revolotear sin tregua sobre las cuatro avenidas del horizonte, dentro de las cuales no hay un solo punto que no responda a una interrogación de gloria,—como que el caballo de Bolívar signó casi toda la tierra hispana con la marca de fuego de los cuatro cascos indicadores de los cuatro puntos cardinales de la libertad continental,—endereza el rumbo hacia la sabana fulgurante empapada en maravilla de leyenda de antiguos dioses, remueve la tierra sagrada como para cumplir el mismo rito que en Boyacá,

o quien sabe si para dejar alguna nueva simitente de eterna glorificación sobre el recuerdo de los que allí cayeron para siempre arropados en la Bandera de Colombia con el santo orgullo de haber vencido a los vencedores de las águilas imperiales; y torna a volar, pletórica ahora de nuevas fuerzas, para detenerse esta vez en Bomboná y saludar con el revuelo de sus alas inmortales las majestades del volcán y del torrente en cuyas faldas bravías y en cuyas ondas tumultuosas vibra eternamente, apagando los ruidos formidables de esos monarcas de la naturaleza americana, la voz jupiteriana de Bolívar, y en donde se reflejan las sombras de Pedro León Torres, torrentoso como el Guáitara, y de Valdez, arrollando las huestes españolas sobre los riscos soberbios. Y siguiendo la línea ecuatorial, pósase sobre los volcanes, despierta los ecos del Pichincha en donde la sombra olímpica de Sucre paséase de contínuo haciendo converger hacia aquel sitio de maravilla la fulguración de los astros; y siguiendo hacia la llanura de Junín cumple el mismo rito que en Boyacá y Carabobo, para lanzarse al fin, inmensamente abiertas las alas fulgurantes y formidables, sobre la cima del Cundurcunca a la cual saluda con un soberbio estridor de victorias, que resonando por todos los ámbitos de la América va a decir a todos los pueblos de la tierra que Bolívar vivirá al través de los siglos con los contornos de un dios que ha ganado la divinidad a fuerza de ser hombre, mientras el nuevo mundo tenga cumbres como el Chimborazo, el Potosí y el Avila, ríos como el Amazonas y el Orinoco, volcanes como el Cotopaxi y el Pichincha, y mientras tenga bastante lumbre el sol de nuestros trópicos y palpite en nuestras venas sangre de libertadores.

Dícese que esa legión de águilas son las almas de los egregios patricios que el 5 de julio de 1811, encaramándose sobre las espaldas del destino y clavando en sus hijares las férreas espuelas del patriotismo ardiendo en santa cólera, fuéronse hacia el sacrificio, hacia la epopeya, hacia la gloria, hacia la inmortalidad, dejando convertido en cielo y mar y tierra su gesto incomparable de aquel día.

Ahora ellas recorren, bajo el divino sol de julio, los cuatro puntos cardinales de la Grandiosa Gesta y regresan a posarse sobre el maravilloso monumento que en uno de los más bellos paseos de Caracas inmortaliza la grandeza de Carabobo; de aquí ellas tornan a sus nidos en las gargantas del Avila para continuar montando majestuosa guardia de honor sobre la ciudad—cuna del Semi-dios americano.

Discurso

de apertura de las sesiones ordinarias de la Cámara de Diputados en 1916

—

Ciudadanos Diputados:

Creyentes fervorosos en la divinidad de la Patria, es fuerza que al entrar de oficiantes en estos templos de la República y la Ley, humedezcamos antes nuestras manos con el agua sacratísima que, como de una eterna fuente de redención, brota radiosamente de todas y cada una de las letras, de todas y cada una de las fases de esta fecha veneranda, primer ventanal de luz por donde asoman su gallarda cabeza de precursores los hombres admirables de 1810, para anunciar las primeras alboradas de la libertad en nuestros cielos; y que pongamos en actitud oblatoria el espíritu ante el recuerdo de la hazaña famosa, realizada con un gesto de antiguo sello romano por aquellos sublimes aventureros de gloria que se lanzan a la mar arcana y bravía, no en pos de tierras para completar un mundo sino en pos de cielos para formar otro aparte, del cual habría de ser soberano único, libertador y dios a un tiempo mismo por la excelsitud del credo libertario, por los atributos maravillosos de su genio y por la eficiencia milagrosa de la cruz redentora de su espada, BOLÍVAR, «el más grande de los libertadores de pueblos en los dominios de la Historia.»

Y cumplido el rito, hacedme el favor de permitirme que os presente el homenaje de mi palabra agradecida por el honor altísimo con que habéis querido exaltar la humildad de mi nombre en esta ocasión solemne; por la impagable bondad con que me habéis traído a esta altura tan cerca

de las nubes para mí, que no sé sino de las áridas llanuras de mi tierra, de aquella vieja tierra incubadora un día de hermosas epopeyas en los campos del heroismo, en cuyo seno quiero prender, como una flor de cariño y de recuerdo, el honor que me habéis dado. Si no atimare a corresponder a tanto favor la culpa será vuestra que me empujásteis a la cumbre y me negásteis luego la fuerza de vuestra experiencia, de vuestra experticia y de vuestras luces.

Honorables Colegas:

A pleno sol constitucional, bajo los santos auspicios de una paz que es ya todo-poderosa e invulnerable, y al amparo de la divisa afortunada que en un día memorable de Diciembre surgiera de los labios de un Caudillo cuyo nombre queda pronunciado cuantas veces se hable de Patria, de Paz, de Trabajo y Unión, torna a abrir sus puertas la Cámara de Diputados de la República en el segundo año de sus labores legislativas. Y tornamos a entrar por ellas, con la misma satisfacción con que saliéramos, porque tenemos la conciencia de que si ayer supimos cumplir con nuestros deberes como legítimos delegados de los pueblos en los estrados de esta Cámara y del Congreso, también los hemos sabido cumplir luego como ciudadanos en el seno de las colectividades que representamos, laborando afanosamente por la paz, primer artículo de fé de todo buen patriota, y llevando al plan general de la Rehabilitación, en la medida de nuestras aptitudes y de nuestras energías partidarias, el mayor contingente posible de buena voluntad, de fé patriótica y de lealtad sana y fuerte. Y crece de punto nuestra satisfacción al poder decir—porque lo hemos palpado con nuestras propias manos y lo hemos visto con nuestros propios ojos—que nuestra obra patriótica de ayer, cimentada en la elección que, como fieles intérpretes del ente Pueblo y de la representación de la Democracia, hiciéramos de Presidente Constitucional de la República, florece y fructifica, cada día con más fuerza, en el alma nacional en constante homenaje de admiración, de lealtad, de cariño y de gratitud hacia el hombre «fuerte y bueno» que, bajo las santas inspiraciones de la República y en medio a las convulsiones del patriotismo angustiado, trepó un día a lo más alto de su deber de magistrado y de repúblico, rompió de un solo golpe de luz la bruma amenazante, asomó su faz iluminada por el horizonte abierto, agitó sus brazos de guerrero, libres de espada y de fusil, y se abrazó a la Bandera, que desde aquel día,

y por virtud de la eficacia de aquel abrazo salvador, parece que flota más alto y que sus colores brillan con más intensidad cual si acabaran de salir de una fiesta de luz. Y no es efecto de óptica, de frágil espejismo o de simple visión partidaria. No. La bandera está más alta, sencillamente porque República está más alta; ha crecido vigorosa y opulenta en los siete años que acaban de pasar, porque bebiendo a toda hora la leche fresca y rica de la paz, ha podido distender sus músculos por el trabajo, que es la gran fuerza redentora así en los individuos como en los pueblos, y fortalecer todo su organismo por la fraternidad, que es el macizo cable de mil hilos de oro que ata con fuerza soberana el sentimiento de todos los hijos de la Patria en torno de la Bandera. Y los colores brillan más intensamente, sencillamente porque en el horizonte no hay una sola nube, nada que empañe la diafanidad ambiente, nada que robe al sol de la República ni un rayo de su lumbre. El vuelo de un pájaro por sobre las montañas andinas o las selvas de Guayana, refléjase al instante en las linfas del Guaire, evidenciando la transparencia imperturbable de la época; y un toque de clarín en los cuarteles de San Cristóbal o Ciudad Bolívar repercute en los de Caracas con frescas sonoridades que dicen cómo son de maravillosas las ondas rehabilitadoras del uno al otro confín de la República.

Y esta cristálica transparencia de la Causa y esta sutil vibratibilidad del ambiente nacional, no se limitan a los ámbitos del país, sino que se dilatan más allá de nuestros términos fronterizos, del otro lado de los mares, haciendo reflejar en extraños cielos, rientes y triunfales, las tres simbólicas franjas de la patria enseña, y haciendo resonar, con fuertes dilataciones de campanas victoriosas, las vibraciones de nuestro crédito, las actividades de nuestras industrias, las dianas de nuestros cuarteles, las revistas de nuestro ejército, las trepidaciones de nuestro progreso por ciudades, pueblos y aldeas y, por sobre todo, los clarines de esta paz nacional que es nuestro orgullo y nuestra fuerza.

Y esta paz ha sido, es y será.

Antes, el grito sedicioso de un aventurero cualquiera ponía en tensión los nervios de la República y todos creían que iba a estallar una revolución con extensos arraigamientos en el país; hoy, los pueblos se rien de tales gritos, cuando algún engañado compatriota se atreve a lanzarlos, y éllos mismos se encargan de castigarlo, condenándolo al aislamiento y al ridículo. La palabra «revolución» ha cambiado su antigua acepción en los léxicos de la República actual. Hoy no se entiende por revolución

sino la del trabajo y la de la industria; la del intercambio; la de nuevas empresas; la del capital ya libre de las antiguas, eternas desconfianzas; la del progreso, en fin, en todas las manifestaciones de la actividad humana. La tartarinesca fraseología del caudillismo ancestral es letra muerta en la flamante academia de la lengua rehabilitadora, y todos saben en Venezuela, los unos por propia experiencia y los otros por el reflejo de ésta, que la palabra «guerra» es la negación absoluta de toda idea de patria, de civilización, de garantías y derechos y únicamente escala para trepar por ella los que sólo piensan en la túnica del Cristo por el placer de jugarla.

Y todas estas transformaciones en el orden político, moral, y económico del país son—ya se sabe por propios y extraños—obra única y exclusiva del señor General Gómez, realizada en el estrecho lapso de un septenio. Dentro del nuevo período que termina en 1922, la magna obra alcanzará, sin duda, las inmensas proporciones que reclaman la amplitud misma de los grandes métodos puestos en práctica y el engranaje mismo de los fines y propósitos que integran la existencia de la Causa en su relación intensa y fuerte con la existencia nacional (1).

Unidos fuertemente nosotros, como lo estuviéramos ayer, honorables colegas, en el seno de esta Cámara y en torno de un solo ideal de Patria y de Causa, nuestra labor habrá de ser fácil al par que provechosa para los generales intereses de nuestros comitentes; y si ayer tuvimos fortuna de discutir y sancionar leyes cuyas reformas están dando los resultados apetecidos, debe esperarse que las que nos toque discutir y sancionar este año, habrán de ser no menos,—calcadas como habrán de estar en el espíritu liberal y altruista de la época,—punto de segurísimo apoyo y de inviolable refugio para todos los intereses que se desenvuelven y vitalizan a la sombra protectora de la ley, que es la única majestad cuando el orden y la paz, la justicia y el derecho dominan y cobijan por igual lo mismo al proletario que al potentado, lo mismo al aristócrata que al hijo del pueblo, lo mismo al hombre de negocios, que no teme lanzarse en hondas empresas bancarias e industriales, que al obrero, que ve y siente que sus brazos, por la misma liberación del capital, entran también como valores activos en las cotizacions de la bolsa.

Enriquecido alguno de esos trabajos con el estudio reposado y concienzudo de una selecta gran parte de los

(1) Los hechos cumplidos dirán con su abrumadora elocuencia si estuvimos o no en lo cierto al asentar estos conceptos en 1916.

jurisconsultos venezolanos, es de asegurarse que tal obra, realizada bajo las nuevas orientaciones del derecho, responda a los reclamos de los nuevos tiempos en sus amplias tendencias sociológicas y llene provechosamente los hondos vacíos existentes en nuestra legislación civil.

Vaya, antes de terminar,—y en esto bien me sé que traduzco con toda fidelidad el sentimiento de la Cámara,—una muy patriótica congratulación al ciudadano Presidente Constitucional electo, General Juan Vicente Gomez, Fundador de la Paz en Venezuela y amparador eficaz y respetuoso de las prácticas constitucionales; y al ciudadano Presidente Provisional, Doctor V. Márquez Bustillos, quien ha sabido corresponder noblemente a la confianza de que le hiciera depositario el Congreso de Plenipotenciarios, y dado prenda, en todo momento, de su lealtad a la Causa y al Jefe Benemérito.

Ciudadanos Diputados:

Invocando en favor de nuestras deliberaciones la gracia providente de los númenes que montan guardia bajo los pórticos de esta fecha inmortal, declaro solemnemente, por ministerio de la Constitución de la República, inauguradas las sesiones ordinarias de la Cámara de Diputados de los Estados Unidos de Venezuela en 1916.

Discurso

de apertura de las sesiones ordinarias de la Cámara de Diputados en 1921

—

Ciudadanos Diputados:

Tenemos la fortuna de llegar a este recinto augusto de la soberanía popular en días de culminaciones grandiosas para la República, en horas de cenit para todo lo que bien pudiera llamarse el sistema planetario de la patria en todo lo que la integra y la engrandece en su existencia de libertad, de riqueza, de fortuna, de dignidad, de nobleza, de cultura y civilización. Días y horas en que la Paz, blanco sol de vendimia opulenta en todos los labrantíos, yérguese ufana y poderosa convidando a todos los espíritus a celebrar a toda pompa los ritos de la patria en sus advocaciones de Trabajo, de Unión, de Orden, de Leyes y de Justicia; días y horas en que los manes venerandos de nuestros Libertadores se incorporan en sus lechos de mármol deífico para escuchar las dianas evocatrices de la leyenda, de la Gesta portentosa que creó una nueva mecánica celeste, la mecánica celeste de la Libertad, en el firmamento de la América colombina, desde aquellas que anunciaron la caída del bastón de Emparan al gesto de Madariaga hasta las que glorificaron el portento de Carabobo en un día divino del Junio inmortal de 1821.

Porque la evocación de nuestra grandiosa génesis nacional, punto de partida también de la independencia de los pueblos que cambiaron el habla hereditaria de Castilla por el idioma fulgurante de Bolívar, tiene hoy una más grande trascendencia en los dominios de la conciencia universal. Se trata nada menos que de la rotación de un

astro que, al través de ciento once años, surge por entre el relampagueante planetarismo de los nuevos tiempos, por sobre la montaña de superpuestos Chimborazos que forma la gloria boliviana, y detiénese de súbito a la mitad de los espacios infinitos para iluminar ambos hemisferios con la luz divina de un símbolo encarnado en la efigie de un hombre que no pudiendo tomar nombre de dioses, porque él iba a formar un reino aparte, se llamó Simón Bolívar, el Libertador, cuyos piés atravesaron mil mares rojos en plena turbulencia para libertar a una familia de naciones que vivía encorvada bajo el látigo faraónico de la conquista, y caminaron sobre otros tantos Tiberiades para llenar sus redes con una pesca opulenta de peces humanos que él arrancó del fondo tenebroso de la colonia para convertirlos en ciudadanos de una patria libre y bella.

La Bandera surgida hace más de un siglo, débil y temblorosa, de entre las manos de un puñado de apóstoles sobre una cumbre sinaica que se llama el Avila en términos geográficos y Bethleem de América en el simbolismo de la libertad; la Bandera que fué, de tumbo en tumbo, por sobre los mares, por sobre los ríos, por sobre las cumbres, por sobre los ventisqueros, por sobre las nubes, por sobre las tempestades, llevada sobre los hombros de Atlante del Hijo de Caracas hasta cambiarla por el sol de los Incas sobre el cielo de Ayacucho; la Bandera que fué desgarrada por los sayones de Colombia la Grande, por los iscariotes del Cristo de América, y cuyos colores se trocaron, en palidez de agonía el gualda, el azul en vaguedad temblorosa y arcana de crepúsculos muertos y el rojo en negrura de sangre en venas estancadas; la Bandera que durante cien años ha sido azotada por los huracanes de nuestras luchas fratricidas, pero que, como tejida al fin con hilos divinos, no podía morir porque llevaba en sí el espíritu de quien la engendró con su ideal de evangelista y de quien la nutrió con su sangre de Redentor; la Bandera que sólo esperaba una voz taumaturga que la dijera: «despiértate y ondea, como en tus grandes días triunfales, a vientos propicios y francos, porque cerrada está para siempre la zona de las tempestades, destruido para siempre el criadero de los huracanes que volcaban la nave de la patria»; esa Bandera, señores, irrumpe hoy más allá del Atlántico, en la otra América, allá en las tierras luminosas de Washington y de Lincoln, sobre los hombros vaciados en bronce de inmortalidad del mismo que la nutriera con su sangre de Redentor. Ese Enviado de Bronce olímpico, ese Augusto Embajador del Imperio de la Gloria que la Venezuela de Diciembre, la Venezuela de 1921, envía más allá de los mares, es el mismo que en 1810, Redentor en agraz, fuera en nombre de la República recién

nacida a pedirle a Albión, la poderosa, un poco de calor para sus músculos. Ahora va a llevar luminarias de gloria para darle calor al espíritu de todos los humanos. Ahora la efigie del coloso, cuya compañía estaba pidiendo a gritos la estatua de la Libertad que ilumina la gran bahía neoyorquina, como que fué El quien fecundó el vientre divino de la diosa para procrear esa gran familia de pueblos libres y poderosos que se agita sobre el dorso gigantesco del continente colombino, alzaráse desde allá, a la faz de los dos mundos, para proclamar la inmortalidad de su obra de Semidios, para testimoniar su grandeza única de Libertador de pueblos, para evidenciar la realidad fulgurante de sus maravillosas visiones de Político, de Legislador y de Estadista, al través de las cuales resplandece, como alba que rompe al fin el vientre de la noche para hacer el sol, la anfictionía de Panamá. Así, cuando el ilustre Presidente Harding descorra hoy el velo que cubre la estatua de SIMON BOLIVAR en el Parque Central de Nueva York, en presencia de los representantes de todas las naciones libres del mundo, quedará de hecho proclamada y consagrada, a la faz de la tierra, con toda la solemnidad de un acontecimiento que viene a poner nuevas y vibrantes sonoridades en la lira de oro de la libertad humana, la grandeza única del Hijo de Caracas como el Libertador, indiscutido e indiscutible, de la América Hispana.

Soberanamente orgullosa, con santo orgullo de madre divinizada por la concepción augusta del Grande Inmortal, Venezuela regala a la gran ciudad del Norte la estatua del Héroe como testimonio, dijérase, de gratitud a la gran nación por aquella sangre gloriosa con que un bravío y heroico puñado de sus hijos regó los primeros surcos del arado mirandino y como más valiosa prenda, sagrada e invulnerable, de la confraternidad que ha de ligar para siempre, con recio y brillante lazo de oro, a las grandes patrias del Libertador del Norte y del Libertador del Sur. Para hacer más perdurable este lazo el gobierno de la patria de Bolívar inaugura hoy la estatua de Washington en el hermoso parque que lleva su nombre, como nuevo homenaje de admiración y veneración de nuestro país a la memoria esclarecida del que fué «el primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos.»

Y extinguidas apenas las resonancias de la grandiosa apoteósis al Padre Libertador en las tierras del Norte, volverán a encenderse en las tierras del Sur todas las antorchas del patriotismo nacional; volverán a vibrar, de confín a confín y de corazón a corazón, todas las músicas del culto boliviano para celebrar ahora la apo-

teósis magna sobre el campo eternamente bañado por el sol de la epopeya, en donde los últimos tercios españoles en tierras venezolanas, aquellos recios tercios que pudieron llamarse de los vencedores de las águilas imperiales en Bailén y Arapiles, por su bravura y porque tenían la academia de Morillo el Pacificador, destruidos quedaron al golpe formidable de aquellos férreos ejércitos de Bolívar que él había formado y fundido en moldes lacedemonios al fuego de sus heroísmos portentosos, de sus arengas relampagueantes, de sus marchas torrentosas y de sus cargas ciclópeas.

Y en romería triunfal iremos a la sabana dos veces gloriosa para las armas de la República, y al toque de los clarines y al redoble de los tambores, al piafar de los caballos y bajo la fulguración de los cascos y entorchados de este nuestro flamante ejército nacional que un bravo heredero del viejo procerato épico y de la táctica egregia de los más descollantes ganadores de batallas comanda en la actual edad de oro de la patria para mantener en alto la tradición gloriosa, en alto el escudo donde el caballo del símbolo parece que piafa y que galopa y en alto la Bandera como acabada de salir de un baño de epopeya, sentiremos en nuestros espíritus y en nuestras retinas el deslumbramiento de la gran batalla con sus grandiosos episodios, con su epiléptico relampagueo, con su trueno formidable, con su prestancia homérica de lucha de titanes, al término de la cual agitan sus alas victoriosas, como águilas bravías después de la tormenta, las tropas republicanas, y triunfadora queda aquella Gran Colombia que, nacida del portento de Boyacá, irá a hacerse divinidad augusta sobre el volcán del Pichincha y sobre la cima de Ayacucho.

Y tánta invaluable conquista, tánto atesoramiento de gloria auténtica, tanto caudal de orgullo y de grandeza, tánta buena fortuna para la vida nacional, se la debe Venezuela a un patriota esclarecido, a un incansable laborador de paz, a un formidable apóstol del trabajo, a un recio tallador de mármoles en las canteras del progreso patrio, que durante doce años no ha tenido más voluntad, ni más pensamiento, ni más orientación, ni más afanoso empeño que la grandeza de la patria creada por Bolívar, para que sobre tan alta pirámide de luz se alce la majestad de este día en que Venezuela, ataviada con toda la opulencia de sus conquistas, va a una corte de gloria a exhibir la magnificencia de su heráldica, llevando en sus robustos brazos de madre espartana la efigie del que en vida fatigó a la gloria durante tres lustros y muerto ha

cansado a la historia durante cien años y cansará a la epopeya hasta el fin de los siglos.

Porque el General Juan Vicente Gómez, al tomar entre sus manos los destinos de la República, luego de las incruentas jornadas de Diciembre, quemó las viejas naves, aquellas donde albergádose habían nuestros odios banderizos y los resquemores de nuestras luchas fratricidas, y construyendo otras nuevas en los astilleros de la patria concordia dió al viento sus velas en busca de nuevos horizontes para la vida nacional. A la alteza de acción del hábil piloto correspondieron con toda fortuna, desde un primer momento, los buenos dioses del Exito; como que éste es aliado inseparable de las empresas heroicas y generosas. Y allí está a la vista de todos, de propios y extraños, la obra portentosa, empastada, con rica y fuerte pasta de oro, en doce grandes volúmenes que pueden leerse no sólo desde cualquier punto de nuestros horizontes diáfanamente azules, sino desde cualquier campanario de las naciones extranjeras, porque esos volúmenes, que—bien pudieran llamarse los doce palimpsestos de la Era Rehabilitadora,—han sido impresos sobre el lomo de las montañas, de los riscos, de los esteros y de los ríos para que sobre él pase la onda blanca y luminosa de las carreteras; sobre los campos ubérrimos para que el Trabajo, dios dispensador de gracias para todos los que le rinden culto, cuaje sus divinos frutos en cada rama de la humana actividad; sobre nuestro invulnerable talón de oro y nuestro bien cimentado crédito, para que nuestras arcas acusen el mayor depósito de valores auténticos que haya contado nunca la historia de nuestras finanzas; sobre el frontis de nuestra Cancillería, para que de él partan los mil hilos de seda que atan nuestra vida internacional, en comunión franca y cordial, a todas las naciones cultas de la tierra, cuyas banderas forman en nuestra urbe, en los grandes días triunfales, un brillante mundo de flamante gentileza diplomática; sobre los aires para que por ellos crucen las mugidoras alas de los aeroplanos rompiendo con su aliento de fuego los cielos que pusieron en los ojos de Bolívar la ignición soberbia con que había de romper en pedazos los hierros de la conquista; sobre las ondas hertzianas para que pase la maravilla de Marconi a llevar a los más lejanos extremos del globo las palpitaciones de nuestra vida; sobre el bronce y el mármol y el granito para perpetuar la gloria incomparable de nuestros héroes queridos y venerandos y la de aquellos cuya historia se incrusta a la nuestra por la similitud de su acción o por la gratitud que les debemos; sobre todos esos monumentos, en

fin, que, ya en el orden moral, político o social, ha levantado por donde quiera la mano incansable de la Rehabilitación Nacional, que es Juan Vicente Gómez en síntesis de Patria, de Paz y de Unión, las tres cariátides sobre las cuales descansa su gloria inmarcesible de patriota por antonomacia.

¿Y contra todo este magnífico conjunto que el más cabal y hondo concepto de patria y justicia denomina, con toda la justeza del término, Grandeza Nacional, es que los malos venezolanos, aquellos que en suelo extranjero malgastan su vida jugando a cara o cruz la suerte de la República sobre el tapete rojo de sus maquinaciones criminales, se revuelven airados y levantan los puños pletóricos de odio? Es que los que rastrean en la sombra odian la luz cuando penetra por los intersticios de sus covachas y los señala a la justicia en pleno conciliábulo; los que andan a caza de víctimas con revólver al cinto y puñales en las manos maldicen la acción del funcionario público que los detiene y castiga en nombre de la ley; los que quieren hacerse a honores y riquezas a costa de la patria y de la sangre y las lágrimas de sus conciudadanos, maldicen la mano que les cierra las puertas, les ata las suyas para el crimen y los condena al anatema de la conciencia pública. Es la eterna batalla del bién contra el mal, de la luz contra la sombra, de la virtud contra el crimen, de la lealtad contra la traición, de Jesús contra el escriba. Es la mueca de los demagogos contra la obra divina del Libertador cuando destrozaba cadenas y creaba patrias libres! Bendita sea, pues, la obra de Juan Vicente Gómez que así salva y engrandece a la República, que da a todos los labios la eucaristía de la Paz y del Trabajo y extiende sobre todas las cabezas el iris de la Bandera, impoluta y fuerte, inviolable y sagrada.

Ahora, la justicia y la verdad reclaman también de mi parte, como bien adivino que lo estáis reclamando vosotros, honorables colegas, la mención de un nombre que tiene conquistado en el seno de la Causa y en la conciencia de todos los venezolanos aura diáfana y sonora de simpatía, de respeto y de cariño por su noble y doble actuación de Primer Magistrado Civil de la República y colaborador inteligente, discreto y leal del Hombre «fuerte y bueno» de Diciembre en la realización de su grande y hermosa obra. Desde luego sabéis bien que me refiero al señor Doctor Victorino Márquez Bustillos, austero hombre de toga, de pluma y de gobierno que lleva a todo brillo el corte del antiguo patriciado y a quien bien puede llamarse el caballero-Magistrado, porque a su ex.

quisita cultura une una gran rectitud de principios y una gran nobleza de espíritu que hacen que en la curul de la Suprema Magistratura se le vea siempre como en marco propio, como nacido para el estrado de la República y para llevar la toga con toda la dignidad de un egregio patricio. La figura de este eminente hombre público bien está dentro de los moldes, amplios y radiosos de la Rehabilitación Nacional, cuyas inspiraciones sigue con ese altísimo concepto de patria, de deber y de lealtad que culmina en todos sus actos de Magistrado integérrimo.

Conferencia

en el salón presidencial del Palacio de Gobierno de Coro, el 19 de Diciembre de 1915

—

A MIS HONORABLES COLEGAS DEL CONGRESO NACIONAL

—

Gómez el 19 de Diciembre.—Patria y Unión. —El Decreto de la Paz.—La influencia de la Paz en la vida de las naciones.—La obra de de la Diplomacia.—La creación del Ejército Nacional.—Gómez trabajador.—Consideraciones sobre la guera europea.—Las resonancias de la Causa como genitora de industrias y tra bajo.—Gómez y Coro.—Ligeras consideraciones sobre economía política.

—

Un día, y en momentos de infinita ansiedad para el alma nacional, de esos momentos de suprema espera porque pasan lo mismo los individuos que los pueblos, y en que parece que los cielos se anublan para siempre y que los horizontes se cierran acogotados por la tempestad, un hombre apareció de súbito por las alturas en donde flota la Bandera, cubierto el pecho robusto con el escudo de la Ley, la mano armada con el cetro del Derecho, henchido el labio con el verbo de la Paz. Los centinelas de la sacra insignia diéronle el ¡alto! en aquella hora solemne y arcana, y él contestó impasible, con impasibilidad augustal: ¡Patria! Al pie de la Bandera él rindió la palabra de ritual y en todos los senos de la República escuchóse esta vibración, como una onda salvadora: Unión! Y «Patria y Unión» fué a poco la divisa de la nueva cruzada, la hermosa divisa trazada por los labios de Juan Vicente Gómez en las horas solemnes y augustas del 19 DE DICIEMBRE.

PATRIA! había dicho el Caudillo, pero ese PATRIA, no era la consagrada fórmula miliciana, sino la expresión consciente y viril de la Patria grande soñada por nuestro Padre Libertador. UNIÓN! agregó luego, pero no como una simple palabra de Ordenanza sino como la transubstanciación del anhelo infinito, del consejo divino del Grande Hombre en sus horas finales de San Pedro Alejandrino.

Nunca político o guerrero alguno mejor inspirado que éste en aquella hora suprema en que el Destino, con los ojos fuertemente fijos en los del austero Caudillo, parecía esperar solamente un signo suyo para decidir al instante de la suerte nacional.

El væ-victis de Breno no ha sido nunca, ni podrá serlo jamás, la fórmula redentora de pueblos y de hombres, mal que le pese a los que creen en la gloria y sobrevivencia de los triunfos de la Guerra y la Violencia sobre la Justicia y el Derecho, que constituyen el equilibrio de los destinos humanos; sobre la Conciencia, que debe ser libre y soberana, y sobre la Idea, que debe ser augusta e inviolable.

Triunfar solamente con la espada y el cañón es en verdad cosa fácil para los caudillos que solo ven en la sangre de los pueblos el color de la ambición y el símbolo de la conquista; pero triunfar con la palabra buena y santa de las divinas confraternidades cuando los vencidos tiemblan y las pasiones hierven y los odios enseñan su gesto trágico, es en verdad obra extraordinaria que se dilatará siempre en la conciencia de los pueblos con resonancias eternas, porque de los surcos del bien, aún cuando por ellos pasen las aguas pantanosas de los descreimientos, las deslealtades y las ingratitudes, siempre habrán de surgir las rosas blancas de la vida, la espiga providente hecha sonrisa luminosa de liberación y de amor.

«PATRIA Y UNIÓN», repitió el Caudillo de Diciembre, tendiendo la Bandera como un puente de oro, y los partidos diéronse al instante el abrazo formidable, y ya no hubo sino venezolanos caminando hacia el mañana apacible y sereno por una sola vía: la vía abierta por JUAN VICENTE GÓMEZ en las horas triunfales del 19 DE DICIEMBRE, día de piedra blanca en nuestros epiniciales palimpsestos porque ni una sola gota de sangre hermana cayó entonces sobre el altar de nuestros tradicionales sacrificios fratricidas.

Si GÓMEZ hubiera dicho solamente «PATRIA» acaso los pueblos no habrían recogido esta palabra sino como

la simple expresión del ritualismo militar o como una de tantas palabras con que los vencedores pretenden sugestionar el alma de las multitudes en las primeras febricitantes horas de la victoria; pero él agregó «UNIÓN» como el complemento solemne y fuerte del ideal político dentro del cual iba a levantar su altísima obra de Rehabilitación Nacional. «PATRIA Y UNIÓN», es decir, el estrechamiento de todos los venezolanos, sin exclusivismo alguno, bajo el palio sacratísimo del tricolor nacional, para hacer una sola masa palpitante y prepotente y constituir así el gran todo de la República con todos los atributos de la Democracia, de la Dignidad, de la Fraternidad, del Orden, de la Ley y la Justicia.

Al «DIOS Y FEDERACIÓN», fórmula oficial de la tradición gloriosísima, juntábase ahora el «PATRIA Y UNIÓN», fórmula política de los nuevos tiempos de la Era Rehabilitadora, para hacer una sola Gran Majestad de Patria que iba a ser piscina para todas las manos, eucaristía para todos los labios y óleo para todas las frentes. Pero esta Gran Majestad necesitaba un pedestal no sólo magnífico y soberbio, sino también único e inquebrantable, y entonces el hombre de las blancas jornadas de Diciembre, trepando a la cima más alta del patriotismo é invocando los sagrados principios de la civilización universal en su verdadera significación de fuerza creadora y múltiple, humanitaria y próvida, enfiló la pluma del Magistrado a úna con la espada del guerrero, y decretó la Paz como quien decreta un monumento de imponderable grandeza.

Sí, señores,—tal como suena—GÓMEZ decretó la Paz y ya sabemos cómo su Decreto se ha mantenido incólume, con incolumidad soberana y floreciente, durante el glorioso septenio que festejamos hoy. Las vagas amenazas de incendio que ha soplado la ambición impenitente, desde el arrecifal extranjero, no han hecho sino encender más las letras de ese Decreto para ser mejor vistas desde todos los puntos del horizonte. Sí: el guerrero triunfador en cien combates, el hijo bravío de los campamentos y de las batallas, el auténtico General creador de ejércitos, que parecía no poder vivir sino en atmósfera de metralla cabalgando sobre los cañones encendidos, decretó la Paz y llamó a las potencias del Progreso, de la Industria y del Trabajo para que reconocieran de hecho y por derecho, la soberanía de su creación. Si otros decretan la guerra—se dijo el héroe—¿por qué no he de decretar yo la paz?

La Paz! «En el seno de todas las religiones, de todas las sectas, de todas las razas civilizadas,—dije un día

en ocasión memorable,—esta palabra tiene la grandeza de un símbolo intangible y la excelsitud de un dogma luminoso. Ella resplandece, como un sol, en el infinito de todos los cielos, y resuena, como una música divina, en el fondo de todas las conciencias. El paganismo, cuando quiso divinizar a la hija de Júpiter y de Témis dióle por atributos un ramo de olivo, un caduceo y un cuerno de la abundancia; y cuando el espíritu divino calma sus cóleras para salvar a la raza de Adán, hácela agitar sobre el mundo castigado en la forma blanca y radiosa de una paloma cuyas divinas alas van a reflejarse más tarde sobre las linfas del Jordán para convertirlo en fuente inagotable de redención para todas las culpas y en consuelo para todas las penas. En el pico de esa paloma redentora hay un ramo de olivo como lo hay también en la mano de la divinidad olímpica. Es el divino símbolo a cuya sombra estrecha sus brazos la humanidad entera, sin exclusivos de razas ni de cultos, para proclamar un nuevo ideal de redención, ya que las naciones no llegarán jamás a ser efectivamente grandes y fuertes sino por la influencia bienhechora de la paz, que es la maga que hace fecundos todos los senos, fructíferos todos los surcos, propicias todas las tierras, férreos todos los brazos, ricos todos los graneros, ubérrimas todas las industrias, magníficos y redentores, en fin, todos los forcejeos del brazo humano en el campo bendecido del Trabajo.

En el mito olímpico ese símbolo surge a un golpe contra el suelo de la lanza de Minerva, y en la leyenda bíblica al suave contacto con los mundos del ala de una paloma; es decir, el golpe que fecunda y el contacto que redime: el símbolo salvador hecho palabra que entienden todos los pueblos y todas las razas, todas las religiones y todas las sectas. Así las épocas de verdadera grandeza de los pueblos más grandes de la tierra no nacen sino a la sombra bienhechora de ese símbolo.

Atenas, la egregia matrona helena, esa que en nuestros sueños de poeta hemos contemplado como la madre divina del arte y la belleza, llevando un bosque de olivos por ceñidor, en los labios las mieles de su Himeto y en el cuerpo los mármoles de su Pentélico,—no se destaca del gigantesco lienzo de la Historia envuelta en las luminarias de una grandeza inmortal, sino llevada de la mano de Pericles, cuyo nombre toma su siglo para fijarlo como un astro en los espacios infinitos de la civilización universal; y Roma, la gran señora que de niña se alimenta con leche de loba, de púbera con sangre de sus propios hijos y de adulta con la sangre del mundo,

no impera con resplandores de verdadera soberana de pueblos y de lenguas sino cuando Augusto coloca sobre sus hombros el manto estrellado de su siglo de oro ».

Paz, dijo el inspirado de Diciembre, y empezó el reinado sereno y austero de las Instituciones en medio de una atmósfera saturada de esperanzas, y todas las inteligencias y todos los talentos y todas las aptitudes fueron llamados, con estímulos de triunfos dignos y nobles, a los estrados del Nuevo Régimen.

Y realizada la obra de la confraternidad interior, el General Gómez ocupóse con especial ahinco de la confraternidad exterior, es decir, de estrechar más y más las relaciones internacionales adquiridas, establecerlas con aquellas naciones con quienes aún no se tenían, y reanudar, bajo el pié del más alto decoro, las que habían sido alteradas durante el régimen pasado. Glorias indiscutibles del Jefe Rehabilitador habrán de ser siempre en el campo de la Diplomacia y el patriotismo el ruidoso triunfo obtenido por la Nación en el tan debatido asunto del Protocolo franco–venezolano, la reunión del Congreso Boliviano y el que Caracas cuente hoy en su seno el Cuerpo Diplomático más numeroso que haya tenido jamás la Nación, prueba elocuentísima ésta de la extensión de relaciones de nuestra Cancillería con las Potencias extranjeras. Es en verdad un magnífico miraje el que ofrece la ciudad palatina en los grandes días clásicos de la Patria, cuando ondulan a los vientos del Avila, en el frontispicio de las Legaciones, las mil banderas amigas: diríase un enjambre de mariposas de gloria de todos los climas agitando la alegría triunfal de sus colores en homenaje de admiración y simpatía a la rutilante mariposa mirandina, la que fué, posada sobre la cabeza milagrosa de Bolívar, a libar la miel de todas las victorias sobre los picos más altos de la libertad continental.

Otra gloria importantísima del Gral Gómez, otra conquista que arranca del seno fecundo de la Causa cuya génesis celebramos hoy, es la organización del Ejército Nacional, digo mal, de la creación del Ejército Nacional, porque lo que tal nombre llevaba no era sino una informe montonera de hombres en su mayor parte arrancados a las más bajas clasificaciones de la masa analfabeta y glebaria, comunmente manchados con sangre de crímenes y lodo de vicios. De aquí el desprestigio en que había caído nuestra milicia y la repugnancia, muy natu-

ral en justicia, de las clases cultas y selectas de permitir a sus jóvenes ir a servir en el Ejército. Luego los cuarteles eran como una sucursal de los antros de cuyo seno habían salido esos hombres: se explica por esto la costumbre muy frecuente de comparar la hampa con el cuartel. «Aquello parecía un cuartel» ha quedado el decir cuando se hace referencia a una vivienda pecaminosa. «Ese hombre es un soldado», es otra frase muy frecuente cuando se quiere designar a un individuo en cuyos labios está siempre el vocablo canallezco y socz.

Hoy el Ejército de la República lo es con brillante autenticidad, pues a la perfecta academia de que bien puede enorgullecerse y que lo iguala a un ejército europeo, aúna educación y compostura excelentes. El oficial venezolano de hoy puede ir a codearse con el más distinguido oficial de Santiago de Chile, y digo Santiago de Chile, porque chilena ha sido la instrucción militar de nuestro ejercito, lo que vale tanto como decir instrucción militar alemana. Los apellidos de las más linajudas familias venezolanas suenan hoy en el escalafón de nuestra milicia.

Y los cuarteles de la capital, como ya muchos de las capitales de Estado, son centros en donde, al par con la más austera academia, brilla la más perfecta obra cultural, y con la más científica higienización corre parejas el más exquisito confort de vida civilizada.

Fiel a sus antiguos hábitos de trabajador infatigable, el Gral. Gómez quiso él mismo sentar el paradigma y fundó escuela de trabajo a donde todos los que quieran pueden ir a ver cómo es que se hace fructificar el labrantío, cómo se puebla la dehesa, cómo se forma el cortijo, cómo se funda la granja, cómo se logra la selección pulcra y valiosa de los distintos especímenes domésticos para el mejoramiento de las razas; cómo se aclimata una industria igualándola en organización y proventos a las mejor establecidas y regidas en los más acreditados centros productores del extranjero; cómo se extrae el agua desde lo más recóndito de la tierra y cómo se hace con ella convertir los eriales en campos coronados con el oro de la espiga; cómo se traza una avenida y cómo se corta a pico la roca soberbia y rebelde para que pase la carreta con los productos del comercio y de la industria, para que pase el automóvil borrando distancias con su racero de fuego para estrechar las ciudades, los pueblos,

los caseríos y los individuos en un amplio abrazo de fraternidad y civilización.

Yo he visto de cerca a este egregio conductor de pueblos, a este noble guerrero civilizador, en el seno de los valles opulentos en donde ha plantado su tienda de trabajador incansable y tesonero, sencillamente trajeado de lienzo, sin ningún distintivo de su alta gerarquía de Jefe Supremo de los Ejércitos, explicando a cuantos le oyen sus conocimientos de agrónomo práctico y de selector inteligente y fervoroso; y con la fina amabilidad que le es ingénita mostrar orgullosamente los distintos magníficos ejemplares raciales que él ha obtenido con el acoplamiento del espécimen criollo con el extranjero. Y de sus labios brota entonces el himno a la paz, como quien sabe a conciencia, con su conciencia de patriota, que la paz es la única redentora porque en su seno es que se hace verbo divino el trabajo, que es la llave de oro que liberta a los individuos y a las colectividades del cerrojo de la miseria, entraña siempre propicia al engendramiento de todos los vicios y de todos los crímenes. «Todo lo que es grande en el hombre,—dice Samuel Smiles,—procede del trabajo: grandeza en el arte, en la literatura, en la ciencia. El saber,—alas con que volamos hacia el cielo—solo se adquiere por medio del trabajo. El genio solo es la capacidad de trabajar intensamente, la facultad de hacer esfuerzos grandes y permanentes. El trabajo puede ser un castigo, pero lo es glorioso. Es dignidad, deber, nombradía e inmortalidad para aquellos que trabajan con los más elevados objetivos y con los propósitos más puros».

Estas palabras del gran sociólogo norteamericano parecen haber sido escritas expresamente para delinear la personalidad del General Gómez como guerrero de la paz y como apóstol del trabajo.

Sí, señores; hay que repetirlo siempre en los tonos más altos: la paz es la única redentora porque es la única que crea, la única que salva, la única que liberta. La redención por la sangre es el estado primitivo, el estado salvaje de los pueblos; la redención por la paz es la forma revolucionaria del siglo, es decir, la redención por el trabajo, la redención por la ciencia, la redención por el verbo.

No lo han entendido así los pueblos de la vieja Europa y todo lo que la civilización y la cultura habían acumulado en un siglo ha sido ofrecido como contribución voluntaria a la obra de la barbarie con todo su cortejo de matanzas, de incendios, de pillajes, de viola-

ciones y de todo cuanto no pudieron pensar nunca los más bárbaros bebedores de sangre de la Historia desde Herodes hasta Atila, desde Atila hasta Boves y desde Boves hasta Pancho Villa.

¿A qué oscuro rincón de la tierra, a qué cueva de troglodita habrán ido a refugiarse, en estos espantosos días de tragedia, el Derecho y la Diplomacia, la Justicia, la Caridad, el amor de Dios y el amor humano? ¿Sobre qué nuevo Ararat habrá al fin de detenerse el arca de la civilización vencida, violada y mutilada, cuando cese ese diluvio de metralla que cae sin misericordia desde los campos de la Champagne hasta las estepas de Rusia, desde las orillas del Rhin hasta el estrecho imposible desde cuyos fuertes se divisan las cúpulas de Stambul?

Las naciones de América, señores, de la América de Bolívar, impasibles espectadoras del gran incendio, habrán de ser mañana, por la fuerza natural de los sucesos, por la acción ineluctable de esas fuerzas que reglan el equilibrio de los pueblos, campo obligado para que por él se deslice caudal copioso de esas corrientes que ha desencauzado la furia epiléptica de la tempestad. Y a nuestras montañas habrán de venir en busca de la rama salvadora quién sabe cuántas palomas escapadas del diluvio de fuego; y será entónces cuando, erguido sobre la cumbre del Avila, Juan Vicente Gómez podrá decirles a los que vengan a nosotros en busca de hogar, de reposo y de trabajo: yo tengo aquí bosques de olivos para todos los hombres de buena voluntad, yo tengo aquí pan y sal para todos los que vengan a sentarse a la sombra generosa del hogar venezolano, porque, mientras vuestros soberanos empujaban al fuego y a la muerte sus grandes ejércitos, yo creaba, con vida sana y robusta, el de mi patria y lo dotaba con todos los atributos de la dignidad y del decoro para hacerlo merecedor de revistarse bajo la Bandera que Bolívar el Grande convirtiera en águila divina para que revoloteara eternamente por los cielos de la América; porque, mientras vuestros generales trazaban planes gigantescos de campaña, casi imposibles, yo trazaba inmensas carreteras casi imposibles también; porque, mientras vuestros soldados cavaban la tierra para la trinchera mortífera, yo la cavaba para extraerle el agua bienhechora y hacer con ella del yermo campiña floreciente, o para extraer el mineral sangre opulenta de la industria y del progreso modernos; porque mientras vuestros oficiales ordenaban la destrucción de los más grandiosos monumentos del arte y de la gloria, yo iluminaba los de mi patria con la luz votiva del cul-

to más intenso y fervoroso; porque, mientras allá se arrasaban con el hierro y con el fuego ciudades y pueblos enteros, yo los dotaba aquí de los beneficios del progreso y la cultura del siglo; porque, mientras allá los más fuertes rompían tratados y violaban fronteras, yo aquí no solamente renovaba los antiguos sino que signaba otros nuevos y hacía inviolables las fronteras nacionales; porque, mientras allá, en fin, se invocaba ante el mundo entero el derecho de la fuerza, como único agente de civilización y de grandeza, yo asentaba aquí sobre bases inquebrantables la fuerza del Derecho como suprema y única razón de la Ley y la Justicia.

Y he aquí, señores, trazada a grandes cuadros la obra magnífica de la Causa nacida hace 7 años en un día blanco de la Historia.

Para escuchar en cualquier momento las resonancias de esa obra bastará que a ras de tierra pongamos el oído y el corazón; y oiremos y sentiremos cómo por las antiguas cortaduras pétreas llamadas caminos que llevaban a San Cristóbal, pasa ahora el automóvil como pasar pudiera por las blancas avenidas de Caracas, llevando todos los últimos refinamientos del lujo a la hoy opulenta urbe tachirense; cómo crujen las maquinarias de los Centrales azucareros desde las andinas regiones hasta las márgenes del Coquivacoa y desde éstas hasta las del Tacarigua en Carabobo y Aragua; cómo silban las modernas ruecas de las hilanderías desde los Puertos de Altagracia hasta las orillas del Manzanares; cómo canta la sirena de nuevos tranvías eléctricos desde la egregia capital carabobeña hasta la histórica y noble Cumaná.

Y Coro, que cuenta ya con el máximo beneficio de su gran dique—resucitado en hora bendita por la mano de Gómez,—y con su carretera a Cumarebo, pronto, sin duda, concluida, habrá de sentir en no lejano día nuevos impulsos providentes de esa mano cuando nuestras riquísimas hulleras tengan la organización científica que reclaman y cuando nuestro pobre puertecito de La Vela se convierta en puerto moderno cuyas aguas puedan saludar la bandera de los trasatlánticos en su crucero de Panamá. Pero para tener derecho a esperar estos y otros beneficios es preciso que nuestros hombres de dinero,—que sí los tenemos,—imitando a los demás de la República, aprovechen las poderosas corrientes industriales de la época y comprendan que el capital debe movilizarse de acuerdo con las leyes de economía política que rigen en todos los países productores, y que es ya tiempo de concluir

con esas miserables y rastreras operaciones de usura, para alentar y realizar amplias y fuertes iniciativas de vigorosas empresas que den vida a la colectividad y sean como el complemento eficaz de las nobles iniciativus de la Administración pública en pró de la industria y del trabajo.

En la franca distribución del capital, de acuerdo con las leyes del trabajo, está el principal fundamento de la economía en general. Cuando el capital llega a ser una tiranía para el industrial y el obrero, la existencia económica de los pueblos puede decirse que ha concluido.

Hagamos, pues, un llamamiento a nuestras propias fuerzas, a esas fuerzas que guardan siempre los pueblos que, como el nuestro, tienen el orgullo de su nombre y de su historia, y tengamos fé en la influencia bienhechora de la Causa política que está realizando el efectivo engrandecimiento de la República y en el hombre superior que la encarna y la dirige.

Ciudadano Presidente del Estado:

A las numerosas felicitaciones que ha recibido Ud. en este día de patriótico regocijo nacional, en representación del ciudadano Presidente Provisional de la República y del Benemérito Jefe de la Causa Rehabilitadora, Presidente electo de Venezuela, úna Ud. las mías muy patrióticas y cordiales, como Diputado al Congreso Nacional por esta Entidad Política y como coriano agradecido. Sean también estas felicitaciones muy especiales para Ud. por la brillante celebración de estas fiestas, para Ud. que tan digna y noblemente desempeña la primera Magistratura de Falcón; y, por su órgano, para nuestro distinguido conterráneo el General León Jurado, Presidente Constitucional del Estado, uno de los más leales Capitanes del Caudillo Rehabilitador y uno de los más activos e inteligentes hombres de trabajo con que cuenta el Estado.

He concluido.

Don José Heriberto García de Quevedo (1)

—

AL GENERAL MARIANO GARCÍA.

I

Para 1819, año que resplandece en nuestra portentosa historia con las fulguraciones del Congreso de Angostura,—concepción maravillosa de Bolívar para convertir en realidad deslumbrante y grandiosa la República nacida en 1810,—con el portento casi mitológico de «Las Queseras del Medio» y con aquella estupenda campaña que surge de la «cabeza milagrosa» y revienta como un rayo en Gámeza y Pantano de Vargas, homéricos prolegómenos de Boyacá, Coro conservaba todavía incólume su hermosa presea de «Muy Noble y Muy Leal Ciudad Mariana» que donádole había la para entonces todopoderosa Majestad de España, pues vanos habían sido hasta aquella época los empeños hechos para atraerla a la Causa de la Independencia, imbuidas como estaban sus clases raciales, los tres factores de su constitución étnica, en la obediencia ciega a la corona conquistadora. Aún revoloteaba en sus labios de dama esparciata el gesto de repulsa lanzado por ella al Bautista de la Libertad en 1806 y su resuelta actitud pugilaria ante el Marqués del Toro en 1810.

Algunos historiadores creen encontrar la razón de tal desafecto a la Causa de la Independencia en la influencia que en el espíritu de los corianos, ya se llamaran blancos,

(1) Este opúsculo fué escrito expresamente para ser leído en la celebración del centenario de este ilustre coriano, pero circunstanciae especiales se lo impidieron a su autor.

indios o pardos, había ejercido la prédica sacerdotal, explotando en los unos el orgullo de descender de la raza conquistadora, en los otros su característica sumisión, y acaso, como sesudamente opina el sabio Doctor Arcaya, la creencia, trasmitida de padres a hijos, en una alianza celebrada por el cacique Manaure con los conquistadores; y en los últimos, el recuerdo inextinguible de los terribles castigos sufridos por la insurrección de 1795 conocida en la Historia con el nombre de «levantamiento de los negros» y que fué la primera chispa del gigantesco incendio que, años más tarde, habría de envolver a la América toda bajo el gesto jupiteriano de BOLIVAR, para producir a un tiempo mismo las mañanas de la libertad desde el Alfa de hierro del Avila genésico hasta el Omega de oro del incaico Potosí.

Todos estos motivos han podido influir, sin duda alguna, para la empecinada abstención de Coro a tomar parte en la grandiosa gesta libertadora, más hay quienes opinan que tal enemiga debe atribuirse más bien a su encono con Caracas por el arrebato de su Sede en 1636 en cuya posesión estaba ella desde 1531. Acaso tengan razón los que tal piensan, pues el traslado de la Diócesis no fué decretado sino a gestiones del Cabildo de Caracas, [2] habiendo sido vanos todos los empeños de nuestra egregia ciudad ante las Cortes españolas para readquirir lo que tan de derecho y de justicia le correspondía por haber sido la primada del Evangelio en Venezuela, pues, como todos sabemos, fué bajo la umbría de un cují milenario,—acaso el preferido por el Cacique, aquel suave y dúctil Cacique que se llamó Manaure, para sus estivas siestas cuando el sol de las llanuras y de los breñales lo azotaba inclemente, y para atraer bajo su sombra, al bronco són del caracol salvaje, a la tribu caquetía,—que se alzó por vez primera, bajo el límpido azul de nuestro cielo, el símbolo divino de la cristiana religión.

Desde entonces el cují quedó consagrado para el coriano como el más puro emblema de fuerza, de resistencia, de inmortalidad y de virtud. El hacha del leñador puede acosarlo hasta sus raíces más profundas sin dejar otro vestigio de su existencia que un resquebrajo árido y triste o un tronco interrogador; pero no bien el agua del cielo cae sobre esa fosa o sobre ese torso abatido, cuando ya le vemos,—eterno lázaro de las forestas del trópico,—alzarse convertido en vívido briznaje de esmeralda, como diciendo: «aquí estoy; yo soy inmortal como la cruz y grande y fuerte como todas las ideas de libertad y redención.

---

[2] General Landaeta Rosales. Obispos y Arzobispos de Venezuela.—G. R.

Yo soy el alma del aborigen, yo soy el alma del caquetío de habla sonora; yo soy el alma de aquel Cacique altivo y noble que, huyendo del Alfínger y seguido de su tribu, va a formar la leyenda del Dorado bajo las mansas aguas de una laguna misteriosa; [3] yo soy el alma de la ciudad bravía que un día se abrió las venas para dar su sangre por la libertad».

Como el cují de su misa y de su cruz, Coro conservó su obediencia y su lealtad a la corona de España, hasta 1821 en que del alma de una mujer y de un notable grupo de republicanos en la Península legendaria, surgiera la primera palabra que habría de lanzarla en los brazos de la grandiosa revolución redentora; más, esa obediencia y esa lealtad no han sido nunca condenadas por la Historia, porque las grandes virtudes, aún cuando tengan por origen errores, hijos más bien de los tiempos y de las cosas que de la voluntad y el sentimiento, conservarán siempre su alteza de virtudes, tal como el agua al bajar de la montaña por entre riscos, zarzales y precipicios, conserva intacta la virtud de su pureza al llegar a la hondonada.

Pero si bien Coro había mantenido sus manos y sus labios cerrados a todos los reclamos de la Magna Gesta, no obstante que algunos de sus hijos habían llevado a ella su contribución de sangre como Alonzo Gil, Juan Garcés y José González, de los triunfadores en Ayacucho, no así sus entrañas de matrona augusta, pues de ellas habían surgido, en brote fuerte y glorioso, cuando la República culminaba en cumbres de victorias estupendas y los cascos del caballo de BOLIVAR resonaban en el corazón del Continente presintiendo a Carabobo, dos genios que, al correr de los tiempos, habían de ser, el uno águila de vuelo poderoso en el infinito de la idea y el otro paladín de gesto romano en el campo de una idea; ambos de espada y pluma y ambos grandes y poderosos por el heroísmo y por el númen: JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO Y JUAN CRISOSTOMO FALCON.

El úno lleva el nombre venezolano, y con éste el muy legítimo orgullo de la nativa Provincia, a tierras de fama y de grandeza por el arte y por la idea, inscribiendo el suyo en el arco de triunfo de la más alta lírica castellana; y el otro fué el héroe famoso de una cruzada política que complementó, en gran parte, por los lados de la democracia, de la justicia, del derecho, de la razón y de la ley, la obra divina de la Independencia Nacional. De modo que si a Coro pudo alguno acusarla de haber permanecido estacio-

---

[3] Carvajal. «Descubrimiento del Río Apure». Cita de Arcaya.

naria y adversa en el grandioso pugilato de la Cruzada Boliviana [4] ella quedó reivindicada desde luego ante la conciencia de la Patria y de la Historia por haber engendrado en su seno a estos dos genios y sido la primera en lanzarse al asalto, con la bandera del pueblo entre las manos y el canto libertador entre los labios, a luchar por el triunfo de aquel magnífico ideal político que es hoy verdad tangible y luminosa en nuestros códigos y en las prácticas austeras y solemnes de la verdadera República, de esta nuestra República, hecha Patria poderosa y grande por la voluntad incontrastable y el patriotismo incorruptible de Juan Vicente Gómez, en quien el bastón del Magistrado ha sustituido a la espada del guerrero para las fulgurantes maravillas de la paz y los portentosos milagros del trabajo.

García de Quevedo nació en la ciudad mariana de Coro en marzo de 1819, de padres cuyo abolengo arrancaba de la nobleza colonial, nobleza que tenía sus raíces en la antigua española, en el seno de la cual lucía rica flor blasonaria aquel famoso Don Francisco de Quevedo y Villegas. El siempre diáfano azul de nuestro cielo puso en sus pupilas la ondeante dilatación de los horizontes infinitos; el sol reverberante del trópico bravío en su cerebro la potente inspiración de los númenes dilectos; la brisa canglorosa de nuestras llanuras en su espíritu la recia trepidación de las ideas victoriosas del siglo; la modulación tempestuosa de nuestros mares en su carácter la combatividad típica de la raza; el oro y grana de nuestros crepúsculos en su mirada las fulguraciones del arte hecho maravillas en la palabra y en la estrofa; y las emanaciones calcinantes de aquella tierra nuestra en todo su sér el aliento engendrador de las empresas nobles y generosas que él realizó con el gesto de un altivo paladín de los tiempos caballerescos.

II

Dice Lamartine que «las nubes toman la forma de los países por donde pasan, y que vaciándose en los valles, llanuras y montañas conservan su figura y la reproducen en los aires». Tal podría decirse parodiando al gran poeta francés, de los hombres de genio: que toman al nacer la forma, tonalidades y palpitaciones del país en que

---

[4] Como bien se sabe, Maracaibo resistió también por largo tiempo a la obra redentora de la Grandiosa Revolución, pero el vacío de aquella época lo llena y lo rebosa el laurel opulento de Urdaneta y el mirto luminoso de Baralt: el laurel de Esparta y el mirto de Atenas.

reciben la primera luz y que vaciándose en su espíritu conservan estas expresiones y vibraciones de la vida ambiente y las reproducen luego en las corrientes de su inteligencia.

Aplicando este orden de ideas, no fué razonable el ilustre Don Eduardo Calcaño cuando dijo que García de Quevedo no fué un poeta venezolano sino un venezolano poeta, «porque ni su educación, ni sus letras, ni sus inspiraciones las adquirió en la patria que le dió el sér». A aceptar como cierta esta expresión del celebrado poeta y tribuno, Miranda no sería un héroe venezolano sino un venezolano héroe porque, adolescente apenas, dejó la patria que le dió el sér y fué a nutrir su grande alma de futuro redentor bajo extranjera escolástica y a aquilatar, que no a buscar, las inspiraciones de sn destino bajo la comba de otros cielos y al rescoldo de otras tierras: que los genios, como las águilas, necesitan para la libertad de sus alas los grandes horizontes, los espacios infinitos, las grandiosas claridades del cielo, las fulgurantes vecindades de los astros. Y Bello y Baralt tampoco serían poetas venezolanos sino venezolanos poetas, pues que ellos no culminaron sino fuera de la patria, cuya historia y cuya grandeza cantaron en páginas inmortales que constituyen, y constituirán siempre, rica herencia de gloria para la madre inmortal, porque, ¿cuándo, en qué latitud y bajo cuál forma de gobierno el hijo perdió el dulce derecho al gentilicio por haber abandonado el nativo lar y buscado la sombra de extraña pero amiga bandera, ni la madre el de su maternidad siempre legítima y augusta ante las leyes de la naturaleza y ante el concepto humano? Y, ¿cómo podría tampoco perder ese derecho si la patria viaja con el hombre a todas partes: en el habla, en el nombre, en la sangre, en el espíritu, en la visión, hasta en el perfume que acostumbramos porque nos recuerda la tienda en que solíamos comprarlo y uún la calle en donde estaba ésta?

García de Quevedo dejó muy niño, es verdad, la tierra nativa (nuestros cielos empezaban a iluminarse con el sol de Colombia surgiendo en un grandioso amanecer de oro por los lados de Angostura), pero la patria se fué con él entre el convoy del hogar que se alejaba; en el regazo de la madre que le daba el calor de su alma en la dulzura de sus besos; en las rodillas del padre que le daba en sus caricias, al par que la esencia de su afecto, la iniciación de esas prácticas sencillas y austeras que constituyeron la más alta característica del viejo lar patricio; en las costumbres de la materna Provincia, via-

jera en los arcones de la familia peregrina; en los chisporroteos de la cocina solariega; y en esa incomparable armonía de la oración materna cuando el Angelus se anuncia en el campanario vecino y nos trae el adorable y triste recuerdo de aquel otro que arrulló nuestro espíritu en las mañanitas de la vida.

Atravesando el pequeño desierto que separa a Coro de la vecina península nuestra,—ilustre desde que dió a Falcón y a León Colina,—la pequeña familia patricia ganó un puertecillo del antillano mar (5) y escapó a Puerto Rico en donde el futuro gran poeta pasó su adolescencia para ir luégo a nutrir en los pezones siempre opulentos de esa eterna madre espiritual que se llama la Francia,—de esa otra patria de todo hombre moderno según la feliz expresión de Juan Vicente González,—su amplio cerebro de pensador en agráz y a tomar esa fuerza de expresión intensa y vibrátil que se siente en todos sus poemas y sus dramas, expresión que es siempre para el poeta lo que para el pintor el colorido, para el escultor la línea, para el músico la nota, para el escritor la idea, para el tribuno el gesto.

Así, el niño venezolano que en 1826 deja por fuerza el viejo alero nativo, es el mismo gran poeta venezolano que, años más tarde, vése brillar por sus talentos en la Corte de España, a par con aquel eminentísimo José Zorrilla,—de los líricos españoles de aquel tiempo, acaso el más leído y admirado por tierras de América,—con quien forja mano a mano, en el oro más puro cuajado en su espíritu por este sol nuestro, padre de ese famoso El Dorado que los conquistadores no encontraron, pero que vive oculto aún en la opulencia incomparable de nuestras tierras libres por la piqueta de Bolívar, aquellos famosos poemas al través de los cuales centellea, bajo una eterna luz de admiración y de leyenda, la más vigorosa inspiración como de olímpico estro, el más vibrante silabear como de bíblicos cantares. «En cada uno de los cantos que le corresponden en las referidas obras,—dice un celebrado escritor y poeta venezolano,—no sólo emula a su maestro y compañero, sino que en ocasiones lo aventaja.»

Sí; es el mismo poeta venezolano cuyo cerebro y cuya pluma, en consorcio bullente y radiante como el del ánfora y el vaso, estallan en chorro cristalino para apagar la sed de todos los ideales de arte y de belleza en los espíritus devotos, convertido en vino del místico lagar; y surge entonces la oda, forma en que el poeta parece

(5) Puerto Escondido.

que aquilata su factura literaria, como la aquilatan Campoamor en sus «Doloras», Becquer en sus «Rimas», Heine en sus «Lieders», Byron en sus «Poemas», Martí en sus «Versos Sencillos»; y hace del drama campo vastísimo para su nombre, que refulge y tabletea en la escena en alterno elegante y viril con los más esclarecidos autores de la época; y el poema brota de su estro hecho clemátida de oro; y la novela, la novela de carne sonrosada y palpitante como entonces las novelas de Lamartine, se incrusta a su bagage literario con firmeza de pórfido. Así, su musa ha recorrido todas las zonas de la flora literaria como su planta los más lejanos puntos de la tierra extranjera. Romántico y caballeresco cual los trovadores medioevales, así como repleta las ánforas de la Musa con la más pura Castalia, pone en su maleta de viajero botellas con agua del Jordán para la Reina de España, bello rasgo de gentileza en que palpita el caballero modelado a la antigua pleitesía y trasciende la más noble poesía de un alma exquisita. La Castalia y el Jordán! ¿No son ambos fuente de poesía divina para los espíritus adoratrices del ideal, de ese ideal impecable que es uno mismo en los altares de la belleza y en los altares de la fé? El mito heleno forja la fuente maravillosa en que han de abrevar todas las almas sedientas de idealidad y de pureza, y la fé cristiana el río milagroso en que han de purificarse todas las almas sedientas de perdón y beatitud.

III

Rugían en España las pasiones políticas en torno del trono de Isabel II, cuando García de Quevedo regresó de sus viajes a la capital ibérica. De qué parte habían de estar su pluma y su espada, no era para dudarse, y fué así como se le vió, noble y valiente cual cumplía a su estirpe, tomar la una y la otra en defensa de la dama amenazada y ofendida en su alteza de reina y en su dignidad de mujer; y la pluma vibró y fulminó desde las columnas del periódico sobre las cabezas amenazadoras, y la espada salió de su vaina para castigar, en lid de honor, a más de un atrevido adversario. Herido una vez el gallardo paladín, su sangre rubricó el cartel y un halo de leyenda, gentil y bravía, quedó en torno de su nombre.

Enviado a Venezuela en 1857 como Encargado de Negocios de España y Parma, su actitud fué por demás discreta y hábil en el grave incidente con motivo del

Protocolo Urrutia, referente a la seguridad de la persona del ex-Presidente Monagas, asilado en la Legación de Francia al entrar en Caracas el ejército triunfador de Julián Castro. Para García de Quevedo el asunto era más difícil que para los demás miembros del Cuerpo Diplomático firmantes del Protocolo, porque estaba de por medio el decoro de la Nación que representaba y el de la suya propia: «fué así como su opinión, guiada por un sereno y diáfano espíritu doctrinario de razón y de derecho, vióse acogida por sus demás colegas,—excepción hecha de los Ministros de Francia y de Inglaterra que dieron sesgo distinto a la cuestión,—y acatada quedó la jurisprudencia sentada por el Ministro del Exterior, señor Toro».

De cómo García de Quevedo supo hacer amable y buena su actuación diplomática, dícelo el siguiente fragmento de la Exposición que el Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores dirigiera al Congreso en 1860: «El caballero Don José Heriberto García de Quevedo puso en manos del Secretario de este Departamento sus letras de retiro el día 22 de febrero del año próximo pasado. El buen comportamiento del señor García de Quevedo, durante su permanencia en Venezuela, ha dejado un recuerdo grato a la República».

Antes de regresar a España nuestro poeta quiso visitar la tierra nativa y fué a Coro en donde, como era natural tratándose de una gloria muy propia, fué largamente agasajado por todos.—*Causeur* elegante y atildado, según nos lo revela el Doctor Calcaño y según hemos podido apreciar en labios de caballeros y matronas que son vivientes testimonios del clásico abolengo, su decir seducía por la gracia peculiar que lo exaltaba y por la sencillez con que narraba y describía, sin tocar nunca los extremos de la *pose* académica o la *sansfaçón* plebeya; dones éstos que sólo a los escogidos les es dado poseer aún cuando se tengan los de muy ameno y fácil escritor, de exquisito poeta u orador elocuentísimo.

Pocos años más tarde García de Guevedo tornó a la Provincia madre, ávido, sin duda, de hacer nuevo acopio de recuerdos, de añorar su niñez a la luz del mismo sol que calentó su cuna y puso en su cerebro y en sus pupilas la inmensa dilatación del pensamiento y la reverberación fulgurante de nuestros horizontes incendiados, y de nutrir de nuevo su espíritu y sus músculos con el aliento resurrectivo de nuestros cielos triunfales y con la savia milagrosa de nuestros montes altivos.

Cinco años después de su vuelta a España, un golpe de guerra civil arrojó del trono a Isabel II y obligóla a tomar

el camino del destierro hacia París, a donde acompañóla él con la devoción que tuvo siempre por aquella augusta mujer coronada. En la capital francesa encontróle aún el pavoroso desastre de Sedán y ya se sabe que, como buen hijo espiritual de Francia, alistóse al punto en los ejércitos del vacilante imperio, en cuyas filas combatió con el denuedo y la bravura con que supieron y sabrán siempre combatir los descendientes de Bolívar el Grande. Una bala comunista hirióle una noche en que, temerariamente, dirigíase, bajo el plomo de las barricadas, a la Embajada de España, y, víctima de ella, apagóse aquella vida meritoria y luminosa hecha de leyenda y de epopeya.

Venezuela aumentaba así su haber de gloria en el libro de oro de la Francia inmortal, amortizando, si cabe, su deuda de gratitud para con élla por haber sido el espíritu iconoclasta de su grande y portentosa revolución el que prendiera en nuestros futuros libertadores el fuego sagrado de las nuevas ideas, desde Gual y España, los protomártires, hasta Miranda el Bautista y Bolívar el redentor.

En nuestro altitonante Gloria al Bravo Pueblo vibran las notas sublimemente épicas de la grandiosa Marsellesa. El ambiente que se respira en las salas de la Junta Patriótica y del gran Congreso del julio sagrado es de Gironda en plena tempestad, cuando la palabra de Vergniaud y de Barnave hace temblar las Tullerías.

Con la sangre de Sánchez Carrero, caído de cara al cielo en defensa de las libertades francesas y de la santa causa de la Democracia universal, y con la de Luis Camilo Ramírez, Ismael Urdaneta y demás compañeros que, más afortunados que el héroe andino, sobrevivieron a las pavorosas hecatombes, ese haber glorioso hase convertido en cifra de imponderable valor que podrá mañana divisarse desde cualquier punto del tiempo y de la Historia como símbolo de hermandad indisoluble entre la Patria de Simón Bolívar y la de Napoleón Primero.

Gloria eterna a tu nombre, poeta ilustre, hijo de aquella tierra bravía y eternamente joven, que te dió su savia de montaña para la idea y su aliento de león para la lucha. Parodiando a Vargas Vila ante la tumba de Diógenes Arrieta bien pudiéramos decir ante la tuya: « Moriste en una tierra en que fuera glorioso haber nacido ».

IV

Afianzó el Doctor Calcaño su calificación de *antivenezolanismo* contra García de Quevedo en el hecho de que éste se revelara español en algunos de sus versos, y cita

al efecto aquellos en que, dirigiéndose a una dama que le regalara una relojera tejida con los colores de España, le dice:

De mi Patria los colores
Veo en tu precioso dón;
De hoy más en mi corazón
Serán los tuyos, Dolores.

No vemos ningún pecado en esta expresión del poeta que nos ocupa, porque, de serlo en él, lo sería en todos aquellos que, así ayer como hoy,—hoy con más entusiasmo por las añoranzas de la raza,—han llamado y llaman a España la Madre Patria por la maternidad del idioma, de la religión y de las costumbres. En García de Quevedo había algo más que este sentimentalismo racial para llamar su patria a España y era su arraigamiento, desde muy niño, en tierra española, su vida de elección entre la aristocracia del arte y de la idea en la metrópoli ibérica y los honores de que la Corte le hiciera objeto como alteza del talento y de méritos altísimos, de lo cual fué buena prueba el haber sido distinguido por la Corona con el cargo de Representante de España cerca de nuestro Gobierno, como también lo fuera cerca del del Ecuador en 1859.

Visto el caso bajo otra faz, ¿de qué manera más bella podía el poeta, galante y gentil, expresar sus sentimientos a una dama que le obsequia un objeto de arte tejido por sus propias manos con los colores de la bandera cuya nación representa y personifica?

Por otra parte, ¿constituía una renunciación a la nativa patria, en su nombre y en su amor, el que llamara en unos versos su patria a España? De que no hay tal dícelo sonoramente esta estrofa de su canto a Caracas:

Casi extranjero en el solar nativo
Peregrino y obscuro trovador,
Arde en mi corazón, empero, vivo,
El puro, patrio amor.

Y de cómo arde y palpita en el alma del cantor coriano su amor a la tierra nativa, dícenlo estas bellísimas estancias de su canto a «María»:

Feliz el hombre cuya vida pasa
Dulce y serena en el solar nativo;
Feliz aquel mortal que no traspasa
El límite extranjero siempre esquivo:
Feliz aquel que en la paterna casa
Al frío invierno y al calor estivo
Respira el aura que meció su cuna
Hasta el fin de su vida y su fortuna!

Que no le asustan de contraria suerte
Los fieros y rudísimos rigores,
Cuando a su embate opone un alma fuerte
Que defienden los célicos amores
De patria y de familia: Y ni la muerte
Con su tren de fatídicos terrores,
El corazón espanta enflaquecido
Del que muere feliz donde ha nacido!

¿No es verdad que a través de estos versos mírase toda entera, exquisita y sensitiva, el alma del bardo peregrino, tiernamente abierta al recuerdo de los nativos lares, de la casa solariega, del aura natalicia, del sol hermano, del camarada infantil, del patio amigo, del huerto generoso y cómplice y de todas esas encantadoras fosforescencias que el hada evocatriz prende en nuestros cerebros para iluminar el alma de las cosas que rodearon y encantaron nuestra lejana niñez?

Consecuentes con estos arranques del poeta, están sus dos visitas a la nativa provincia, de las cuales ya hemos hecho mención. Y a propósito nos es grato referir,—y esta referencia la debemos a un apreciable deudo político del gran poeta,—que habiéndosele preparado por sus familiares y amigos un gran banquete de bienvenida, él les dijo, jovial y cariñoso: «Nó, mis amigos, yo no quiero banquetes, yo lo que quiero es comer una costilla de chivo asada».

¿Cabe más ingenua y gráfica expresión de intenso y puro corianismo? Porque el chivo es a nuestra fauna lo que el cují y el cardón a nuestra flora. Son como símbolo o reflejo de la raza; como una eterna respuesta de la tradición autóctona a las interrogaciones de los nuevos tiempos; como el espíritu del aborigen flotando al través de las edades sobre la característica bravura del tipo étnico.

Carcía de Quevedo, rindiendo homenaje al rey de la fauna coriana, revelóse más coriano que si dicho lo hubiera en las más ricas armonías de su estro.

En lo que sí estamos de acuerdo con el ilustre Doctor Calcaño,—aún cuando nos parece un tanto exagerado—es en su aserción de que si García de Quevedo hubiera permanecido en su patria no habría conquistado el renombre con que culminó en los estrados de las letras castellanas, porque «la fama, como la moda—dice—de fuera ha de venirnos: Aquí ni se fundan trompas ni se estampan figurines. Figurines? han de ser de ojos azules y cabellera rubia. Glorias? han de estar saturadas del acre ambiente del Atlántico y trascender a ese perfume sutil de pino embalado que despide la mercancía que viene de lejos».

Aparte del cargo de españolismo que el eminente literato caraqueño formula a García de Quevedo, su elogio, alto y sonoro, con la alteza y sonoridad de aquella palabra autorizada, no se hace esperar en torno de la obra literaria de este poeta, dramaturgo y novelista de renombre universal.

«García de Quevedo,—dice en su prólogo a un tomo de poesías de éste publicado en Curazao,—entra en docena con los primeros poetas del siglo actual. Su inspiración siempre alta; su versificación siempre armoniosa; su colorido, siempre apropiado; y el brillo artístico y proporciones esculturales que sabe dar a sus odas, son documentos abastados para obtener el laurel que ya da sombra a su tumba, y la fama que esclarece e inmortaliza su nombre!»

Y el no menos eminente Don Felipe Tejera dijo de él que como lírico no tiene quien lo rivalice en Hispano-América

Y Torres Caicedo uno de sus más sesudos y autorizados biógrafos dice: «entre los modernos poetas españoles García de Quevedo ha conquistado por sus talentos y sus luces uno de los puestos más distinguidos. La España ha sabido honrar sus ricas dotes intelectuales y morales, y en más de una ocasión los más eminentes literatos de la Península le han dado públicos y espléndidos testimonios de lo mucho en que estiman sus obras.»

Y Emilio Constantino Guerrero, una de nuestras más encumbradas y auténticas glorias literarias, personalidad muy distinguida, además, en el Foro, en la política y en la diplomacia (6): «Heriberto García de Quevedo nació en Coro. Dos coronas se ha reservado la naturaleza para los hijos de esta tierra afortunada: el valor y el talento. El valor ha producido militares capaces del heroísmo; el talento escritores y poetas dignos de la gloria. García de Quevedo vino a la vida con ambas coronas. Trajo en el corazón todas las energías del luchador; en la mente todos los esplendores del ideal. Nació con una pluma y una espada.....

.....

García de Quevedo llevó a Madrid la caballerosidad venezolana, la energía de las tempestades del Caribe, la poesía de los cielos antillanos, las ideas del pueblo francés. A haber nacido en los tiempos de Píndaro, habría

(6) Con la muerte de este eminente venezolano, desaparecido recientemente en la plenitud de su fecunda vida intelectual, perdió la patria uno de sus más altos representativos en la diplomacia, el derecho y la literatura.

cantado también a los vencedores en el Estadio. Más antes, como Tirteo, habría conducido a los Esparciatas al triunfo con el poder de sus divinos cantos. Tenía, sí, la majestad viril del primero y la enérgica expresión del segundo.»

Y Gonzalo Picón Febres, escritor y poeta de alto blasón en la heráldica de las patrias letras, tempranamente arrancado por la muerte de entre el boscaje de laureles que ya había conquistado: «Mayor, mucho mayor poeta que Baralt, alcanzó a serlo José Heriberto García de Quevedo, por la riqueza de su fantasía, por su fecundidad maravillosa, por los atrevimientos de su inspiración, por su torrencialesca expresión lírica, por la abundancia de su vocabulario y porque no se encerró en estrechos límites, sino que trabajó obras magníficas de poderoso aliento. Con él no rivalizan, en semejantes sobresalientes cualidades, sino muy pocos de nuestros más altos poetas. Fué poeta épico, poeta leyendario, poeta eminentemente lírico, y en todos los géneros que se atrevió a invadir con su talento y arrogancia, puede decirse que triunfó. Su educación esmeradamente clásica le sirvió para jamás abandonar el culto de la forma bella; pero el no se valió del clasicismo sino de un modo indirecto, modernizándolo con amplitud completa e independizándose de su manera arcaica, de su vocabulario antiguo y de su alambicamiento sin brillo, sin hermosura y sin fragancia. «No fué un poeta relamido sino un poeta elegante sin ninguna afectación.»

Y muchos otros poetas y escritores de altísima nombradía aquende y allende, entre ellos Menéndez Pelayo y Don Juan Valera, han tenido también para el excelso literato venezolano las más altas y sonoras frases de admiración y encomio.

Las citas que dejo hechas no lo han sido únicamente para exornar este trabajo, pobre de suyo, pobre en extremo tratándose del altísimo cerebro que tan vibrante concepto dejó grabado en el pensar y en el sentir de las gentes sabias adoradoras de la majestad de la belleza en sus divinas formas de idealidad y de pureza, si que también por vía de testación,—aunque de hecho lo está en la virtualidad misma de la obra realizada,—a la opinión de uno de nuestros más renombrados historiadores y críticos, que al mencionar un día a García de Quevedo, colocóle, entre despectivo e indiferente, en la fila de los poetas de segundo o tercer orden, reclamando para su obra la piedra tumularia del olvido.

Pero como la obra del genio es inmortal, como el tiempo es más bien agua de siempre fresca juventud para

las rosas divinas del arte y de eternas blancuras para los mármoles de la idea; como la gloria tendrá siempre altares mientras haya en el mundo mármoles y pórfidos, músicas en las liras, perfumes en los rosales, cánticos en las frondas, blancura de plata en las albas y oro y azul en el infinito de los cielos, la obra de García de Quevedo perdurará y brillará en la plancha luminosa de las letras castellanas, como perdura y brilla, por sobre los tiempos y las escuelas, la trama de oro purísimo de los versos de Hugo el divino, de Musset el doliente, de Baudelaire el trágico, de Poe el fantástico, de Becquer el sensitivo, de Heine el soñador, de Byron el trashumante.

Enorgullécese el autor de este trabajo con la fortuna de haber sido él quien iniciara, como Secretario General del Gobierno de Falcón, la celebración, en marzo último, del Centenario de García de Quevedo, de que su efigie se inmortalizara en la dureza del mármol, y de que así el nombre del excelso poeta, del hijo esclarecido de la Coro letrada y heroica, se alce ante la conciencia nacional revivido y consagrado con los más puros fulgores del recuerdo apoteósico.

Caracas.—1919.

Fragmento

del discurso de orden pronunciado en la inauguración de la Plaza «Gil» el día 5 de Julio de 1909, en homenaje del gran tribuno Dr. José María Gil

—

....

SEÑORES:

Ha sido siempre virtud característica de los grandes pueblos, de los pueblos que se nutren con médula de recuerdos heróicos y tradiciones leyendarias, rememorar sus gloriosas efemérides glorificando al propio tiempo la memoria augusta de sus grandes héroes y sus grandes pensadores; como que es deber ineludible, por sagrado, de sociedades y Gobiernos mantener vivo y vibrante en el alma de las generaciones el ejemplo luminoso de los que supieron morir por la Patria con un ritmo de marsellesa entre los labios y un girón de bandera entre las manos, y los que hicieron gloria inmarcesible y fulgurante plantando mirtos y palmas en los campos fecundos de la idea, y echaron a volar el verbo por los espacios de la verdad como un ave muy blanca mensajera de paz y redención.

Comprendiéndolo así el ilustrado y patriota Gobierno que preside el benemérito General Mariano García, e inspirándose siempre en la noble política de reparación y de justicia que el Supremo Magistrado de la Nación, el notable patriota General Juan V. Gómez, ha logrado implantar en la República para bien de ésta y para gloria de él; comprendiéndolo así el Gobierno del Estado, repito, y poniendo una vez más en evidencia sus altos sentimientos de patriotismo y de justicia, ha colocado, entre los festejos de esta fecha magna, la inauguración de la plaza que, por iniciativa de la Junta Directiva de la Apoteósis del Doctor José María Gil y por voluntad popular, lleva

el nombre querido y venerado de este coriano perilustre que hizo fecundos todos los senos de la idea con la virilidad portentosa de su talento múltiple y dió a la tierra heróica que le vió nacer una eterna fulguración de gloria, en compensación valiosa y bella de la savia generosa con que ella había nutrido su gran cerebro de pensador profundo e irreductible.

Así las flores pagan con sus aromas a la tierra el jugo que les ha dado, las aves con su canto a la naturaleza sus ritmos no aprendidos, el arroyuelo a la selva con sus murmullos el follaje que lo oculta.

Bien está la celebración de este acto, que es como la primera campanada de la apoteósis que se prepara, en este excelso día de la Patria; bien está el recuerdo del tribuno incomparable bajo el sol reverenciable del 5 de Julio ante cuya lumbre arrodillóse siempre aquella grande alma de apóstol para entonarle psalmos a la Libertad y glorificar la memoria de los que crearon la Patria con la potencialidad de su sangre y con la esencia de sus almas.

Todas nuestras plazas, todos nuestros sitios públicos, todas nuestras almas están llenas del recuerdo del gran tribuno, porque su palabra sonora de apóstol valeroso y noble no faltó nunca a ninguna cita de la Patria, no vaciló nunca en ningún momento solemne de la Republica, no se hizo esperar nunca en ninguna fiesta del progreso, no dejó de vibrar nunca en ningún acto civilizador, caritativo y generoso.

Si las cosas tienen alma, el alma de los edificios que circundan estos sitios deben vibrar a cada momento con el recuerdo de una de las últimas arengas del tribuno. Eran los días en que la garra británica amenazaba con posarse sobre el seno opulento de nuestra Guayana; días solemnes en que cada minuto podía ser el mensajero que viniera a decirnos que había sonado la hora de una nueva gesta por la patria independencia.

Como en todos los pueblos de la República, el patriotismo coriano púsose de pié; y fué entonces cuando la palabra dantoniana de Gil vibró en nuestros aires como un clarín de combate, poniendo en todas las almas rumor de marsellesa y en todos los labios oblación de patriotismo.

Las multitudes que lo escuchaban lo aclamaron delirantes, lo llevaron en triunfo, lo estrecharon en sus brazos en delirio de apoteosis.—Asi bajaba él siempre de la tribuna: así bajaba también Mirabeau cada vez que sobre las gradas del trono de San Luis repercutía la tempestad de su palabra libertaria.

Porque él era la expresión fuerte y luminosa de su tiempo, la personificación viril y heroica de su tierra. Gil llevaba en sí el alma coriana como un ateniense de Plutarco el alma helena; y de tal modo vibraba en su sér que hasta en sus pláticas más íntimas cualquiera podría encontrar la modalidad característica de un pueblo altivo que lo mismo sabe de las luchas homéricas que dan gloria como de las justas caballerezcas que dan honor.

En su mirada aguilina espejeaban gloriosamente nuestros horizontes infinitos caldeados de sol tórrido; en su palabra castelariana vibraba siempre la brisa canglorosa de nuestras llanuras pletóricas de leyendas; en su ademán tribunicio palpitaba siempre la majestad radiosa de nuestros médanos imponentes y levantisticos, y en toda su actitud arrebatadora y tempestuosa la expresión tradicional de una raza de pújiles sembradores de epopeya en los campos de la libertad.

Como hombre de causa, Gil era el prototipo del pundonor y la lealtad; y así, viósele siempre, cualesquiera que las circunstancias fueran, predicando en todos los tonos el verbo liberal y convirtiendo en dogmas los ideales de la Democracia.

Pero su credo y sus principios políticos debían chocar con los hombres y las corrientes de su época, y cayó vencido sobre el aúreo escudo, pero cayó agitando en lo alto su ideal de combatiente y enseñando impoluta su bandera de cruzado.

Como todos los genios, como todos los que han emprendido, con la espada o con el verbo, misión redentora, Gil también sintió caer sobre su frente luminosa la corona del martirio.

Unos días más, y tras la merecida Apoteósis que en breve celebrarán nuestro Gobierno y nuestro pueblo, unidos estrechamente en un nobilísimo pensamiento de soberana justicia, alzaráse en esta plaza el busto en bronce con que el amor y la gratitud de todo un pueblo perpetuarán la memoria del esclarecido pensador coriano cuyo nombre glorificamos en este momento.

Y aquí vendremos en amable romería a platicar en espíritu con el tribuno inolvidable y a contemplar de nuevo su gesto señorial de triunfador excelso, revivido luminosamente en una milagrosa refracción de apoteósis cada vez que nuestras auroras y nuestros crepúsculos pongan su beso de gloria sobre aquella frente que fué nido de la idea y sobre aquellos labios que fueron cauce del verbo.

Caracas

A Andrés Mata.

—

En la falda de un monte que engalana
Feraz verdura de perpetuo Abril,
Tendida está cual virgen musulmana
Caracas la gentil.

García de Quevedo.

Y antes y después del celebrado poeta venezolano, cuya cuna mecieron las brisas canglorosas de Coro la egregia, prosadores y poetas de aquende y allende el Atlántico, han tenido cláusulas y rimas de diamante, engastadas en oro purísimo de admiración y galantería, para la deslumbrante ciudad palatina que el Avila custodia con toda la fiereza de un coloso que tuviera celos del viejo mar cantor, o como un águila que temiera un rapto de las nubes, eternas rondadoras de la majestuosa eminencia americana.

Y todas esas músicas de viejos y nuevos bandolines, que saben a moriscas serenatas en las rejas de Granada al rumor de las ondas del Darro y del Genil, han vibrado en los oídos de la opulenta Metrópoli como el homenaje que los príncipes del arte rinden a la que es reina por su belleza, reina por su historia, reina por su cultura y reina por la gracia incomparable de sus mujeres, en cuyos ojos puso Dios los destellos de sus primeros luminares, en los labios el rojo del primer terebinto y en las manos la blancura de las primeras nieves.

« Emperatriz del mar de las Antillas—Ciudad sacra » llamóla, en clásica música de versos impecables, Francisco Guaicaipuro Pardo.

«Ciudad de los portentos» escribió para ella, en rimas sonorosas, Domingo Ramón Hernández.

«Mansión augusta
Del poder, de la gloria y de la ciencia», fueron notas que brotaron, triunfantes y rientes, de la lira siempre núbil de Ildefonso Vázquez, el viejo cantor de las leyendas del Coquivacoa, del lago siempre azul en cuyos diáfanos cristales ríe siempre, con risa límpida y cantante, el espléndido cielo americano, y en cuyos cocoteros repican de contíuuo sus músicas más dulces las brisas tropicales.

Y Pérez Bonalde, el inimitable cantor trashumante cuya «Vuelta a la Patria» es la eterna vuelta del Ensueño y del Amor a las regiones del Sentimiento y del Arte, llamóla, apenas divisó sus cúpulas bizantinas:

«Odalisca rendida
a los piés de un Sultán enamorado».

«La Atenas gentil del Coloniaje», dijo de ella el chileno Vicuña Mackenna en su magnífico aunque un tanto parcial paralelo entre Bolívar y San Martín. La Atenas del Placer y del Encanto la hemos llamado todos los que, desde niños, hemos soñado con la «Virgen Musulmana» de García de Quevedo o la «Odalisca rendida» de Pérez Bonalde.

Pero la verdadera grandeza de Caracas no está sino en su corona resplandeciente de madre augusta del Semi-Dios americano. Entonces sí es ella la «Ciudad Sacra» que dijera el lacustre apolonida, la ciudad divina cuyo manto se vuelve de púrpura cuando el sol, como si bajara de la cúpula de San Pedro, envuelve devotamente la efigie de bronce del Gran Libertador. Así, ella se enseñorea sobre el Continente y pontifica sobre la Historia, sobre el tiempo, sobre las almas que viven de rodillas ante la majestad de la Patria.

Otra faz rutilante de la ciudad pontificia del Avila es su fraternidad, su intenso amor humano. En medio de sus fiestas deslumbrantes, de sus fastuosidades, de sus fragilidades de Urbe opulenta, fanática adoradora del país de Lutecia, ella tiene una sonrisa generosa y buena para los que sufren y le piden llorosos un rayo de su lumbre. Entonces ella tira las bridas sobre el lomo humeante de sus corceles impetuosos, salta como una colegiala de la asiática carroza, recógese la púrpura y pone el oro de su caridad en las manos suplicantes.

Coro, la egregia ciudad leyendaria, la vieja Metrópoli Ex Sede, sabe bien de esta virtud de la ciudad palatina.

Un día, el hasta entonces inofensivo Caujarao rugió contra el granito del gran dique sus soberbias cóleras, y la

obra magna cedió al ímpetu de las aguas desbordadas, convirtiendo en eriales el labrantío opulento, en ruinas y miserias mil cabañas felices y en grita sitibunda la alegría de todo un pueblo (1). Caracas fué entonces la primera que extendió sus manos señoriales con la escarcela de la caridad y promovió una fiesta suntuosa en la cual, además del oro de la moneda, brilló no menos fúlgido el oro de la palabra, que es no menos rico que aquél cuando viene de las canteras del sentimiento extraído por la piqueta del Arte. Diógenes Arrieta, aquel señor del verbo que tanta miel ática sabía extraer de los rosales de la idea, fué en aquella noche el tirano de la tribuna, el conquistador magno del aplauso apoteósico.

Y hoy, no bien la Península histórica, azotada implacablemente por una sequía devastadora que ha extendido las negruras de la miseria y de la muerte entre aquel su cielo siempre azul y aquel su suelo enantes próvido, toca a las puertas del sentimiento nacional, cuando ella aprés-tase, generosa y buena, a llevar por todas partes el platillo de la cuestora, que a poco se colma de monedas providentes que ella envía presurosa a los hermanos en desgracia.

Bendita para siempre sea tu gloria y tu belleza y tu grandeza, ¡oh ciudad gentil! que te reclinas, como una reina, sobre el dosel de la Historia, como una pitonisa sobre la trípode del tiempo, y como una «Virgen Musulmana» a los pies del Avila milenario que te custodia con toda la fiereza de un coloso que tuviera celos del viejo mar cantor, o como un águila que temiera un rapto de las nubes, eternas rondadoras de tu majestuosa eminencia americana. (2)

Coro: 1912.

---

(1) Merced a la munificencia del General Gómez la gran obra de Falcón fué reconstruida.

(2) Por haberse extraviado los originales al tiempo de darlos a las cajas, no van estas dos últimas piezas en el lugar correspondiente conforme a fechas.

Algunos juicios sobre el libro "Prosas" que su autor ha sabido agradecer profundamente, así por lo espontáneos como por lo generosos.

Prosas. — R. Cayama Martínez.—Tipografía Ramírez.—Coro.

Este gentil opúsculo que nos llega de la heroica villa occidental, cuidadosamente impreso y prologado por la pluma exquisita y dilecta de Antonio Smith, es una cordial indemnización que el brillante talento de Cayama Martínez ofrece al público venezolano, que yá se obstina de la publicación de tanto volumen trivial conque en estos últimos tiempos han atiborrado la bibliografía nacional algunos patrios escritores.

Prosas es una noble colección de artículos en la cual su autor borda maravillas verbales en el maravilloso lienzo del estilo, con esa gracia *sui géneris* que le ha conquistado prestigio y fama entre los círculos literarios de la América. Una serpentina vibración repica las mil campanillas de la harmonía en esas encantadoras prosas que simulan, entre el rudo vivir nuestro, la magia de un bouquet expandiendo el sortilegio de su fragancia sobre la abierta desolación de una llanura enferma de sol y de silencio.

Para el compañero lejano tenemos un saludo efusivo y cordial y para su hermoso volumen literario un puñado de alabanzas escogidas con cariño y afecto en nuestro hermético huerto laudatorio.

Alba del Trópico.—Maracaibo.

Que el señor General R. Cayama Martínez es un buen escritor y un elocuentísimo orador; que es el renombrado occidental un artista de la palabra, un habilísimo prosador de cuya pluma brotan las bellas frases y las cláusulas esculturales, magistralmente construidas, cinceladas con pasmosa habilidad, es verdad harto conocida de cuantos en Venezuela se ocupan poco o mucho de literatura y de periodismo.

En cambio, pocos son los que saben que Cayama no concede importancia alguna a sus hermosos trabajos literarios; que para él, empeñado casi siempre con todo el ardor de su nervioso temperamento en las luchas políticas, cuanto extraño a éstas produce su fecundo y poderoso cerebro, son fruslerías de las que apenas conserva recuerdo, días después de escritas.

Por esto nos ha sorprendido hallar reunidos en el libro *Prosas*, que acabamos de leer con verdadera delectación, una docena de preciosos artículos que bastarían para hacer la reputación de un literato de primera fila.

«Bajo la escarcha»; «Mi mayor triunfo», «La bandera nacional», cualesquiera de estos artículos que al azar se tomen de este libro, son verdaderas joyas de mérito singular.

Al dar las gracias a nuestro querido amigo el general Cayama por el ejemplar de su bello libro que, con cariñosa dedicatoria, se sirvió remitirnos, nos es muy grato felicitarle por este su nuevo y brillante triunfo literario.

El Mirandino.—Ocumare del Tuy.

Prosas.—R. Cayama Martínez.—Coro.

—

El autor recoge en estas páginas, como en un cofre de recuerdos, todas esas ideas y esos sentimientos que doran la vida de luz y la esmaltan de ensueño. El arte es una de las condiciones más esenciales de la naturaleza humana, suerte de genio protector que va delante del poeta trocando a sus conjuros en rosas de púrpura la sange que arrancan las espinas del camino, y despertando anhelos de algo mejor a cada chatura moral que pudiera tornarnos pesimistas. Todo libro desinteresado contiene en sí mismo una vasta reserva de ensueño, y este libro que viene de la vieja ciudad colonial, poetizada aún en la aspereza de sus nopales y el ardor de sus dunas bajo el sol eternamente fogoso, esparce el perfume de la tierra cálida, donde las alondras anidan en la melena de los poetas.

Menos feliz que el gran Darío el de los hallazgos idiomáticos, el autor intitula «Prosas» lo que en realidad no ad-

mite el plural en este caso, pues el maestro latino-americano empleó el vocablo con toda propiedad, aplicándolo a sus versos profanos.

Por lo demás, el hermoso libro de Cayama Martínez nos ha proporcionado horas de placer con sus hermosas lecturas y le somos deudores de gratas emociones.

El Universal.—Caracas.

NOTA.—¿Cree el buen amigo, bibliógrafo que fué de este ilustrado diario capitalino, que con el título de «Prosa» habría mi libro expresado menos o más que con el de «Prosas»? Pues no. Habría dicho lo mismo que si hubiera escrito Broza o Brozas, que fue mi primera intención y como, de seguro, lo habrán entendido los que han tenido la paciencia de leerlas. Prosa o Prosas: cuestión de número en la escala gramatical.

Lo que sucedió fué que el autor de esta nota bibliográfica no se fijó en que yo había dividido mi libro en tres clases de prosa; todas malas por supuesto, pero que no por esto quedaban fuera del plural.

Por lo demás muy agradecido, no sólo por las generosas frases consagradas a mi pobre libro, sino por el honor altísimo que me dispensara al poner mi humilde nombre en contacto con el del inmenso poeta continental, bendición de gloria con la que nunca soñé. Ya vé como sí fuí afortunado con el título de mi libro.

EL AUTOR.

DR. PEDRO M. ARCAYA

saluda atentamente a su muy distingnido amigo General R. Cayama Martínez avisándole recibo del ejemplar que se dignó remitirle de su hermoso libro últimamente publicado y por el cual Arcaya lo felicita muy cordialmente, porque es una colección de vibrantes e intensamente pensadas producciones, escritas en terso y brillante estilo. Arcaya dá las más expresivas gracias a su amigo Cayama Martínez por el ejemplar que le envió y le reitera las protestas de su amistad.

Caracas: 1917.

«PROSAS»

Prestigiado por la sonora verbosidad de Antonio Smith, he recibido de Coro, de la gentil ciudad de Polita, impreso con gusto en la bien dirigida Tipografía Ramírez, y con una amistosa dedicatoria, la última producción del tantas veces aplaudido escritor Sr. R. Cayama Martínez, «Prosas».

Apenas he hojeado el libro y saboreado párrafos de sus páginas, y me he sentido ávido de todo el gustar de las creaciones de la pluma exquisita del conocido intelectual coriano.

Doy las gracias por este fino recuerdo que se me hace, absteniéndome de, expresamente, probar el contenido que encierra este búcaro fragante en donde duerme un sueño vivo de belleza el rosal florecido del alma del artista.

Romeo Vandick, Cronista del *Eco Industrial* de Barquisimeto.

« PROSAS »

Con este nombre acaba de enriquecer la patria bibliogrfía con su último magistral producto la bien tajada pluma de nuestro apreciado amigo el General Rafael Cayama Martínez, gala y blasón de la literatura falconiana.

A nuestra mesa de redacción acaba de llegar, con rosada cubierta, a modo de una ánfora de porcelana paramentada con las joyas de la idea y perfumada con el oriental orobias del estilo, el generoso presente del pensador amigo, que se empeña en sembrar en nuestra desolada aridez la exhuberante pompa de sus rosales.

Vayan a él las protestas de nuestra gratitud, juntó con los parabienes por los innumerables aplausos que indudablemente despertará su nueva producción.

El Comercio.—Maracaibo,

Mi estimado amigo:

He gozado un bello momento lírico con la lectura de su obra « Prosas », que es algo más que prosas: es una filigrana.

Yo le agradezco mucho el envío, y así mismo la bondadosa dedicatoria, la que me honra en gran manera por haber sido escrita por pluma tan galana como es la suya.

Reciba, pues, mis más cordiales felicitaciones, y que la Musa lo siga inspirando tan generosamente.

Lo saluda afectuosamente.

Su amigo affmo.

S. Carvallo Arvelo.

Mi estimado amigo:

No hago juicio de sus « Prosas » sino con el corazón: con su lectura he sentido descender sobre mis horas de belleza la bendita paz del Ensueño.

Alabada sea la obra del Arte!

Suyo afectísimo amigo y admirador,

E. Smith Monzón.

Mi querido amigo:

Conmigo el bello obsequio de sus magfinícas «Prosas» que llamo libro de oro, porque oro comienza úno a tocar desde el Prólogo, trazado por nuestro querido Antonio Smith, el más falconiano de nuestros poetas, hasta la última página de esa obra, toda púrpura y armonías de pájaros. La fértil pluma de usted es una especie de pincel y de lira, porque canta como un ruiseñor y porque vierte en cada cláusula rica coloración que fulge.

Mi abrazo de felicitación por ese nuevo triunfo.

Su amigo affmo.

José F. Fortique.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Hemos sido favorecidos con el envío del libro «Prosas» que acaba de publicar en Coro el distinguido escritor R. Cayama Martínez, a quien agradecemos debidamente el recuerdo.

Prologa el libro el doctor Antonio Smith, intelectual que goza de fama por sus originalidades; y a decir verdad, no nos placen sus renglones liminares, porque creemos firmemente que ha podido hacer algo más acertado y justificar sus títulos de buen escritor.

En la obra de Cayama Martínez resaltan por sobre todas las demás producciones «Mi mayor triunfo» y «La bandera nacional», sin decir por esto que ellas hacen el libro. Son las más nobles y las más sentidas, ya que las une el hilo fúlgido del amor.

«La flauta de Pan» es otra bella página de literatura nacional, a pesar de su título, que releímos con agrado.

Bastantes aplausos ha conquistado con «Prosas» el brioso polígrafo coriano; más a buen seguro se hubieran centuplicado aquéllos si nos regala con un tomo de esa sonora literatura en que descuella magníficamente entre la intelectualidad venezolana.

Alma Criolla.—Valencia.

«PROSAS»

De Coro hemos recibido un libro, autorizado por la firma, por cierto valiosa, de R. Cayama Martínez.

El libro está prologado por el joven poeta Antonio Smith.

Leeremos esta producción del señor R. Cayama Martínez, con el mismo interés con que hemos leído sus muchos artículos y discursos, que ha publicado.

Dámosle las gracias, expresivas y cordiales, por el envío de sus « Prosas ».

El Tiempo.—Caracas.

CAYAMA MARTÍNEZ

Este conocido periodista de prosa fuerte y elegante, nos regala esta vez con un libro de arte, donde ha recogido, con esmero exquisito, mil rosas de su lírico jardín, donde el Ensueño se dilata en un intenso florecimiento de belleza !

En las páginas de « Prosas » bebemos rico vino de ilusión y alegría ; ilusión que aleja la crueldad de la vida, y alegría consoladora que nos vuelve menos dolorosos.....

Gracias, poeta !

El Siglo.—Maracaibo.

« PROSAS »

El brillante escritor coriano, señor R. Cayama Martínez, ha tenido la galantería de dedicarnos un ejemplar de su obra titulada « Prosas », impresa con esmero y gusto en la Tipografía Ramírez.

Agradecemos el fino obsequio, cuyas páginas nos proporcionarán grata y sugestiva lectura.

El Fonógrafo.—Maracaibo.

NOTA LITERARIA

Desde la ciudad de Coro, donde fué editado elegante y lujosamente en la Tipografía Ramírez, taller que goza de justa fama, nos ha enviado su autor, con atenta dedicatoria que sabemos agradecer, un tomo de artículos escogidos que intitula « Prosas ».

Nos referimos a la última producción literaria del señor doctor R. Cayama Martínez. cuyos trabajos en ese género como en los demás que constituyen la moderna literatura, han sido recibidos por el público lector con especiales muestras de distinción y significativo empeño.

Viene ese libro, pues, a enriquecer el acervo literario venezolano y a revalidar los títulos que en el mundo de las letras se ha ganado su ilustrado autor, a quien damos gracias por su fino obsequio.

*El Heraldo Industrial.*Caracas.

UN NUEVO LIBRO

Cayama Martínez nos ha obsequiado con sus fulgurantes « Prosas », recopiladas en nítido libro sugestionador por las altas bellezas de su contexto fascinante.

Nuestro espíritu se ha solazado dulcemente con la lectura de tan exquisita obra de Arte; porque « Prosas », de Cayama Martínez—como dice Antonio Smith—es un bello rosal en el camino de la vida, un gesto augusto de sembrador de quien tiene conciencia de que la mejor ofrenda que se puede hacer a la patria es la ofrenda del talento, de quien tiene conciencia de que las manifestaciones del Arte son la expresión más genuina de la cultura de un pueblo.

Y ha dicho muy bien el inteligente e ilustrado Dr. Antonio Smith en sus « Renglones liminares » con que prologa a « Prosas » del culto escritor coriano.

Al felicitar al amigo Cayama Martínez por este otro triunfo, ganado como bueno, en el camino de las patrias letras, le significamos nuestras más expresivas gracias por el envío y fina dedicatoria de su espléndido libro.

El Conciliador.—Coro.

« PROSAS »

Lujosamente editado en la afamada Tipografía «Ramírez», adorna nuestra humilde mesa de trabajo, un bonito opúsculo intitulado PROSAS, cuyo autor es el ya conocido hombre de letras general R. Cayama Martínez.

Prologa el bello libro el doctor Antonio Smith, galano prosador que con gusto ático canta la personalidad literaria de Cayama Martínez,

«PROSAS» es una preciosa obra de arte,—tanto por el exterior como por su interior,—en cuyas brillantes páginas se leen exquisitas producciones, donde el alma se dilata saboreando con placer helénico el dulzor de la frase tersa y bien tallada, muy digna de su autor.

La Prensa.—Coro.

BIBLIOGRÁFICA

«Prosas».—R. Cayama Martinez.—Tipografía Ramírez.

Cratamente impresionados por un exterior exquisitamente nítido, abrimos un nuevo libro que tiene por autor una de las más altas mentalidades corianas: R. Cayama Martínez.

Demasiado conocido en el mundo de las letras es el nombre de Cayama Martínez, cuya brillante pluma ha hecho conocer que también en Coro, junto a las arideces de nuestros cardonales y las desolaciones de nuestras llanuras, corre—fresca y murmurante—la clara linfa del talento y rompe de continuo el cristal de su garganta el pájaro del verso.

Trae el libro de que nos ocupamos un brillante prólogo de otra alta mentalidad regional, el doctor Antonio Smith, poeta y prosador encumbrado.

«PROSAS» es un nuevo triunfo para Cayama Martínez, y otro lauro para su frente de pensador, por lo cual le felicitamos, al darle cumplidas gracias por la amable dedicatoria con que nos distinguiera.

Nardos.—Coro.

« PROSAS »

Con sumo placer acusamos recibo de «Prosas», simpático libro que el inspirado escritor Cayama Martínez ha dado a la luz pública contentivo de exquisitas prosas de su fecundo numen. Antecede a las bellas prosas un poético prólogo de otro escritor ilustrado, el doctor Antonio Smith, que versa con bello estilo sobre la personalidad del poeta y del orador Cayama Martínez.

Expresamos nuestras más gratas gacias al respetado amigo General Cayama Martínez por su fino presente a la par que nuestras sinceras felicitaciones por este nuevo y rico triunfo de su brillante mentalidad.

Auras de Occidente.—Coro.

« PROSAS »

De esta nueva obra del elocuente orador coriano, General R. Cayama Martínez, distinguido amigo y colaborador nuestro, hemos recibido un ejemplar delicadamente impreso en la Tipografía «Ramírez» y con honrosa dedicatoria que sabemos agradecer. Siéntese al leer las páginas de «Prosas», acariciado el espíritu por las frescas brisas de mañanas primaverales, trasportado a las puras ilusiones de su juventud, y atraído a las dulces escenas del hogar feliz, a cuyo dulce calor quémanse las alas de amargos desengaños.

Hoy honramos nuestras páginas con el bello *Mi mayor triunfo*, tomado del citado libro, para proporcionar a nuestros lectores un rato de solaz y dicha con su lectura;

y a la vez que damos al General Cayama nuestras expresivas gracias por su obsequio, felicitamos a la ilustre Coro por este nuevo triunfo de uno de sus hijos.

Diario de Coro.—Coro.

« PROSAS »

Así, sencillamente, titula el notable escritor General R. Cayama Martínez, el bello y exquisito libro que acaba de publicar y que viene a afianzar o aumentar más, si cabe, la envidable posición que ocupa como literato el ilustrado autor de « Prosas ».

Nos congratulamos con el distinguido amigo, por la merecida acogida que ha tenido su producción y mucho le agradecemos el envío del ejemplar con que bondadosamente nos ha obsequiado con muy atenta dedicatoria.

La Farmacia.—Coro.

« PROSAS »

Con un precioso libro que lleva este título acaba de enriquecer la literatura nacional, el afamado y esclarecido escritor coriano, el señor General R. Cayama Martínez.

El libro contiene 104 páginas, a cual más brillante de ellas, páginas dignas de la bien tajada pluma de quien como prosador ocupa puésto muy preeminente entre los notables escritores de la República.

La precede un bello prólogo del acreditado poeta regional Doctor Antonio Smith, quien con su estilo siempre fresco y lozano, dice al concluir; « Prosas de Cayama Martínez es un bello rosal en el camino de la vida, un gesto augusto de sembrador, de quien tiene conciencia de que la mejor ofrenda que se puede hacer a la Patria es la ofrenda del talento, de quien tiene conciencia de que las manifestaciones del Arte son la expresión más genuina de la cultura de un pueblo ».

Adonde quiera que vaya « Prosas » y haya verdaderos admiradores de cosas de Arte, allí conquistará este libro justicieros aplausos.

El libro es editado en la Tipografía Ramírez, y prólogo de Smith.

La Cítara.—Coro.

PRÓLOGO DE « PROSAS »

El trabajo que antecede, prologa el bello libro « Prosas » de nuestro apreciado amigo Rafael Cayama Martínez, a quien agradecemos el valioso obsequio que de aquel libro nos ha hecho. La gallarda pluma de Antonio Smith hace estricta justicia a la personalidad y a la labor literaria del talentoso autor de « Prosas ».

Mes Literario.—Coro.

« PROSAS »

Lleva este título una obra del meritorio y notable hombre de letras, del fecundo intelectual R. Cayama Martínez, del exquisito en la palabra.

« Prosas » nos trae « las caricias de la musa » de Cayama, y nos induce amar más y más a la poesía por su lenguaje claro como sublime.

Sus liminares son de Antonio Smith, el poeta que expresa en las dulces y canoras melodías del verso lo que mira, lo que siente y lo que sueña.

Enviamos al señor Cayama Martínez, acompañados de nuestro agradecimiento por el envío de la obra, nuestros parabienes por este otro triunfo suyo en el luminoso camino de las letras.

El Fénix.—Puerto de Cumarebo.

« PROSAS »

Con atenta dedicatoria ha venido a embellecer nuestra oficina de redacción, este fragante rosal de rosas ideales, desprendidas del númen exquisito del renombrado escritor coriano R. Cayama Martínez.

R. Cayama Martínez, inteligencia luminosa, imaginación de potente vuelo, ha surcado los espacios infinitos de las letras en muchas direcciones, recogiendo átomos de éther dispersos en lo azul.

En el pedestal augusto de la tribuna, domina, atrae con el mágico poder de su elocuencia subyugadora, y cuando ungido por las aguas divinas del Parnaso, hace vibrar su estro maravilloso como en « Prosas », el alma se siente arrullada por cánticos de armonías inimitables que la transportan a un paraje de extrañas fascinaciones.

El prólogo de la bella obrita está firmado por el delicado bardo, Doctor Antonio Smith, que con la belleza sugestionadora de su estilo, conduce al lector por una

senda tapizada de gardenias y lilas odorantes a las márgenes del lago azul donde bogan los cines del ensueño.

El Condor.—La Vela.

« PROSAS »

Cayama Martínez, el atildado prosador que tantas conquistas ha alcanzado con su pluma fulgurante, ha reunido en hermoso libro algunas de sus « Prosas »; libro que *es como un rosal florido y fragante en una llanura tediosa, una gota de agua fresca en labios sitibundos*, como acertadamente dice en los « Renglones liminares » Antonio Smith, tan conocedor de las exquisiteces del estilo.

Decir que « Prosas » son páginas de arte esculpidas en este libro por el buril delicado y diamantino de Cayama Martínez, es decir sencillamente la verdad, y decirla para que los que gustan de la buena literatura abran este libro y saboreen sus mieles ambarinas.

El libro impreso en la imprenta de Emilio Ramírez es obra acabada en el buen gusto tipográfico.

Germinal.—Coro.

« PROSAS »

En el límpido cielo de la literatura nacional, ha aparecido un nuevo astro, cuyos intensos resplandores producen súbitos deslumbramientos en las almas. Ese astro recibido por los fanáticos adoradores de la belleza con fervoroso cariño, admiración y aplausos, es el libro publicado últimamente en esta ciudad, por el inspirado y sobresaliente intelectual coriano, General Cayama Martínez, con el modesto título de « Prosas ». Hermoso libro, en cuyas magníficas páginas, percíbese algo así como el lírico rumor de alas de la Musa elegantemente aristocrática de Cayama Martínez, en su vuelo majestuoso hacia los infitos espacios del ideal. Hermoso libro, decimos, escrito todo él, en estilo fluido y vibrante, donoso y terso, soberbio y encantador. En ese áureo cofre de altísimos pensamientos, en esa ánfora de orientales y embriagadoras esencias, todo es música inefable, deliciosa placidez de ensueños, cautivadora armonía, fulguración tropical.

Educado en la pura e insuperable escuela del clacisismo, en la cual ha seguido siempre con notable inspiración, aprovechamiento y éxitos, las huellas luminosas, las acertadas orientaciones de los maestros impecables del riquísimo idioma de Castilla, Cayama Martínez, escritor serio

y correcto, ha sabido conquistarse con su talento, una envidiable y sólida reputación literaria entre sus compatriotas. Su frente pensadora, ennoblecida de continuo por el aliento fecundo y creador del arte, ha sido ungida más de una vez, en ruidosos y civilizadores torneos de la inteligencia, con el óleo consagrador del triunfo.

Trae dicho libro un famoso prólogo trazado por la galana y experta pluma del castizo y erudito escritor, doctor Antonio Smith, en el cual hace éste con sutil y profunda observación, un juicio concienzndo y sintético, sobre el mérito intrínseco de las selectas páginas de « Prosas ». En la nueva y brillante generación de insignes escritores patrios, ocupa sitial de honor el Doctor Smith, por la exquisita delicadeza del sentimiento, por la diáfana claridad de su criterio, por la noble alteza de sus ideales, por la rotundidad de la frase, por el sello de novedad que llevan sus producciones y, por las potentes facultades de su espíritu.

Agradecemos debidamente al General Cayama Martínez, la atenta y afectuosa dedicatoria con que ha tenido la hidalga gentileza de distinguirnos, al honrarnos con el envío de su precioso opúsculo, y lo felicitamos efusivamente por ese nuevo y excelente trabajo, que ha venido a robustecer y a consolidar más, si cabe, su merecida fama de aventajado cultivador del pensamiento.

R. CASTILLO ARÉVALO.

Penumbra.—Coro.

« PROSAS »

Con atenta dedicatoria que debidamente agradecemos, a nuestra oficina de redacción ha llegado el bellísimo libro del brillante y vigoroso intelectual coriano General R. Cayama Martínez.

Prologa la exquisita obra el aplaudido poeta Dr. Antonio Smith Monzón; y puede decirse que, desde el hermoso y elegante prólogo comienza a palparse el oro rico de una literatura fresca y oliente como sonrosada manzana.

Las « Prosas » de Cayama Martínez son como una labor de tisú. Desgrana en ellas su potente y creador cerebro, todas los tesoros con que lo enriqueció pródigo númen.

Adonde quiera que vaya « Prosas » le acompañará el grato murmullo del aplauso. Su belleza literaria y su tipográfica donosura, se imponen.

Gracias por el envío de esa rica obra.

Violetas.—Coro.

INDICE

INDICE

Dedicatoria 3
Al lector 7
Descubrimiento y Redención 9
Adoración y Ofrenda 12
Patria 15
La Bandera 17
La Visión de Ayacucho 19
Discurso en la inauguración de una estatua de Bolívar, en Coro, el 5 de Julio de 1811 26
Las Cortes de Cádiz 33
Discurso en la celebración del natalicio del Libertador en 1913 36
Discurso en la celebración del mismo en 1916 39
Simón el Grande 42
Discurso en la Recepción de los Representantes de los Estados, en Coro, el 19 de Diciembre de 1916 45
Discurso en la velada promovida por el Gobierno del Estado Falcón, el 5 de de Julio de 1917 47
Palabras al ofrendar una corona ante la estatua del Libertador, en Coro, el 28 de Octubre de 1917 51
Las Aguilas del 5 de Julio 53
Discurso de apertura de la Cámara de Diputados en 1916 55
Discurso de apertura de la misma en 1921 60
Conferencia en el Palacio de Gobierno de Coro, el 19 de Diciembre de 1915 67
Don José H. García de Quevedo 77
Discurso en la inauguración de la Plaza Gil, en Coro 91
Caracas 94
Juicios sobre el libro «Prosas» 97

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00032408154